



Scaranello
PROBLEMA

CATHERINE BROOK

Maravilloso problema

Serie Familia Allen — Libro 1.º

Catherine Brook.

Contenido

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10.](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12.](#)

[Capítulo 13.](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 17.](#)

[Capítulo 18.](#)

[Capítulo 19.](#)

[Capítulo 20.](#)

[Capítulo 21.](#)

[Capítulo 22.](#)

[Capítulo 23.](#)

[Epílogo.](#)

[Nota de autora.](#)

Capítulo 1.

Inglaterra, Enero de 1820.

Estaba en problemas.

Lady Angeline Allen observó por tercera vez el paisaje que tenía frente a sí.

Una mansión de piedra blanca, diseñada al estilo neoclásico, se alzaba en el centro de mil hectáreas de verde paisaje, que constituían la propiedad de su hermano y su hogar de toda la vida. Árboles, colinas, llanuras, e incluso un lago en la lejanía, adornaban el hermoso lugar, y proporcionaban una agradable y mágica imagen para el que tuviera el privilegio de verlo desde donde ella se encontraba.

El ambiente natural, casi no tocado por la mano del hombre, era el tipo de paisaje que un artista estaría encantado de immortalizar en papel, y si Angeline hubiera tenido aptitudes para la pintura, puede que lo hubiera hecho; pero como no era el caso, se limitaría a observarlo mientras esperaba que un alma de Dios apareciera y la ayudara a salir del pequeño problema en el que se hallaba.

Cualquier persona dotada con un poco de sentido común hubiera sabido que la flexibilidad muscular a los veintiún años no era igual que a los quince, por lo que subirse a un árbol a esa edad no era buena idea; sobre todo si se tenía en cuenta la diferencia de peso entre ambas edades. Sin embargo, los Allen, y ella en particular, no habían sido dotados de ese sentido esencial, así que, hizo caso omiso a la dificultad principal que experimentó al subir e insistió hasta que logró llegar a esa rama en la que siempre se montaba cuando quería pensar.

Contemplar la belleza de su hogar con frecuencia sirvió de ayuda para

tranquilizar las inquietudes que pudieron haberla aquejado durante toda su vida. Esa certeza fue la que la impulsó a subir la pequeña colina en el límite de la propiedad, y escalar de forma dificultosa el viejo árbol. Tenía la esperanza de que la bella vista de su propiedad siguiera siendo tan buen remedio como en otras ocasiones.

Desde hacía varios días, la consciencia de que pronto comenzaría su cuarta temporada en Londres había empezado a inquietarla. Cuatro temporadas era el límite aceptable para la sociedad londinense, y Angeline estaba a punto de llegar a él; siendo lo peor de todo, que aún no había encontrado marido, o específicamente, al amor de su vida.

Romántica como era, tenía la firme creencia de que las personas debían casarse por amor, de otra manera, el matrimonio estaría destinado al fracaso. No obstante, solo le quedaba una temporada para encontrar esposo o sería declarada de forma oficial una solterona; las propuestas desaparecerían y la posibilidad de tener un final de feliz de novela sería nula. Pasaría a ser una solterona amargada entre tantas, que no tendría más oficio que chismear e incordiar a la gente con su presencia. Angeline no deseaba eso, no llegaría a eso. El problema consistía en que para escapar de ese terrible futuro, debía contraer matrimonio ese año, y no quería hacerlo al menos que estuviera enamorada. Todo era muy complicado. La sociedad lo volvía así con esas estrictas reglas que definían la edad elegible de una mujer.

Durante esos años en sociedad, Angeline recibió al menos dos propuestas aceptables de matrimonio; un logro si consideraban que no pertenecía a la flor y nata de Londres. Ella era bonita, sí, pero no precisamente hermosa. Además su apellido era Allen, y todos sabían que a los Allen los consideraban «la familia problemas», no habían salido de un lío cuando ya estaban en otro. Eran pocas las personas que querían unirse a una familia así,

por más que su hermano fuera un conde y ella tuviera una dote considerable, escaseaban los valientes. Si fuera inteligente, hubiera aceptado una de esas propuestas y no estaría en ese momento con aquel dilema, pero haberlo hecho habría significado dejar a un lado sus sueños y eso estaba fuera de discusión. Se casaría por amor, y si el destino la quería un poco, el hombre de su vida haría acto de presencia ese año o terminaría loca, no solo ella, sino también su hermano, Julian, conde de Granard; que por algún motivo desconocido tenía especial interés en librarse de su hermana. No entendía por qué, ella un encanto de persona.

Su boca formó una sonrisa maliciosa.

Nacer en una familia con tres hermanos mayores hombres, había hecho que el carácter de Angeline se volviera un poco autoritario. No negaba que era algo difícil de trato; sin embargo, cuando se vivía en un sitio donde predominaba el sexo masculino, se debía tener un carácter fuerte si quería hacer valer su opinión. Muchas veces llegó a pensar que su temperamento podía tener algo que ver con la falta de pretendientes, pero no le concedió mucha importancia al asunto porque el hombre que la amara, debía quererla con todos sus defectos. Solo esperaba que no tardara mucho en aparecer o tendría que seguir viviendo en esa familia de locos en la que había nacido.

Los Allen eran, sin ninguna duda, una familia especial y única. Nunca lo dirían en voz alta y afirmarían lo contrario ante cualquiera, pero se querían mucho y estaban muy unidos. Por ejemplo, si no fuera porque la quería, Julian ya la hubiera casado con el primer hombre que pidió su mano, solo para deshacerse de su mandona hermana. En lugar de eso, esperaba con paciencia a que ella se decidiera. Aunque puede que su cuñada Sapphire tuviera algo que ver con su paciencia, Angeline prefería pensar que su hermano la quería.

Cansada, se movió un poco para intentar encontrar una posición

cómoda en la rama, pero desistió cuando esta empezó a crujir. Lo menos que necesitaba era que se rompiera y ella fuera a caer de bruces al piso.

Resignada a pasar un rato más allá arriba, giró la cabeza a su izquierda y contempló las tierras de su vecino. La propiedad del lado estaba tan bien cuidada como la de ellos, y era igual de hermosa. Como ya estaba cansada de ver la suya, se dedicó a observar la del lado, y fue entonces que lo vio. Su salvación, materializada en un hombre que montaba un hermoso purasangre negro, paseaba por los límites de su propia propiedad, lo suficiente cerca para que pudiera escuchar su grito de ayuda.

Esperanzada, abrió la boca para gritar, pero la cerró de repente. Su necesidad de ayuda se enlazó en una pelea con su orgullo. Estar sentada a horcajadas en una rama, con la falda subida hasta las rodillas, no era la posición que más le agradase para ser vista por un caballero; mucho menos por Elliot, que la vería, arquearía una negra ceja, diría en tono de mofa: «Otra vez en líos, Angeline Allen», la bajaría, y luego la reprendería por su imprudencia como a una niña pequeña; tal y como lo había hecho en todas las ocasiones en la que la había sacado de un embrollo similar, pues el hombre siempre parecía estar cerca cuando ella se metía en un problema.

Elliot Miller, conde de Coventry, era la perfección personificada. A diferencia de los Allen, los Miller eran una familia con una reputación intachable. En su árbol genealógico no había ningún escándalo que manchara el apellido, y todos los condes de Coventry tenían la obligación de mantener limpio el linaje; motivo por el cual, el viejo conde de Coventry, que en paz descansa, siempre había mantenido a su hijo Elliot lo más alejado que pudo de los Allen, temiendo que fuera contaminado por la mala influencia que este apellido representaba. Fue un tanto difícil, ya que sus casas no solo eran vecinas ahí, sino también en Londres, pero lo logró. O al menos, Elliot no se

había contagiado de la mala suerte y la tendencia a meterse en problemas.

A pesar de que no se habían tratado mucho, como vecinos mantuvieron una buena relación todos esos años. Elliot había formado cierta relación de amistad con su hermano Richard, ya que eran más o menos de la misma edad; siempre manteniendo las distancias, claro, porque el que se juntaba mucho con un Allen, corría el riesgo de verse pronto en líos.

Angeline había tratado con Elliot las suficientes ocasiones para tener la confianza de llamarlo por su nombre. Él incluso había llegado a sacarla de líos parecidos a esos, como la vez que el pelo se le quedó atascado en una de las ramas de ese mismo árbol, cuando tenía catorce años, por ejemplo. Si era sincera consigo misma, admitía que en esa época sintió un fugaz amor platónico hacia él, pero nada que no haya acabado tan rápido como llegó, al comprender que eran tan diferentes como el día y la noche. Elliot se había vuelto frío, cortante y antipático...bien, siempre había sido así, solo que ahora lo era más; y ella...ella seguía siendo ella misma, Angeline: impulsiva, problemática, y un poquito mandona. No, no congeniarían ni en un millón de años.

Centrándose en su problema, Angeline decidió sacrificar su orgullo sobre la base de salvar su vida. No sabía cuánto más podía aguantar esa rama, y no pensaba averiguarlo.

Tomó aire, se enderezó en la rama, y gritó a todo pulmón:

—¡Elliot!

El sujeto, que en ese momento paseaba muy cerca de la valla que dividía ambas propiedades, detuvo el caballo, alzó la cabeza y la movió para localizar la dirección del grito.

—¡Elliot! ¡Aquí, en el árbol de los Granard!

Elliot desvió la vista hacia el árbol y la buscó con la mirada; cuando la encontró, echó la cabeza hacia atrás. Angeline sabía que había blanqueado los ojos, pero no pareció en lo absoluto sorprendido de verla ahí.

—¡Necesito ayuda! —gritó y él puso a trote al caballo.

El animal saltó con facilidad la corta valla que dividía las propiedades, y en pocos segundos él estaba frente al árbol, arqueando una negra ceja y diciendo con voz ronca:

—Otra vez en líos, Angeline Allen.

Era justo lo que Angeline esperaba, pero eso no significaba que el tono de mofa dejara de ser molesto. Ese era el tipo de momentos en los que tenía sentimientos encontrados, no sabía si quererlo como amigo, u odiarlo por antipático y pretencioso. Se inclinaba por la segunda.

—A mí también me da gusto verte, Elliot —dijo sarcástica.

En los últimos años, fueron pocas las veces en las que se topó con él. Lo había visto en una que otra fiesta en Londres, pero no habían hablado directamente, solo se habían saludado con la cabeza. Tenía entendido que él estaba cortejando a lady Georgina Birch, joven de buena cuna, afable, sumisa, con reputación intachable...la mujer perfecta para el hombre perfecto. Hacían buena pareja, sin embargo, Angeline no acababa de imaginárselos juntos, no sabía por qué.

Elliot no respondió a su comentario, en cambio, sus ojos oscuros fueron a parar a sus pantorrillas descubiertas. Era inmoral enseñarle las pantorrillas a un hombre, pero él era Elliot: todo un caballero, incapaz de un acto deshonesto. Si sus hermanos la encontraran a solas con él, jamás pensarían nada malo. Elliot nunca sería capaz de robarle ni un beso, y no solo porque era un caballero, sino porque ella no era el tipo de mujer que le

gustara, o al menos eso creía. No obstante, no sabía que pensar de que él todavía no hubiera apartado la vista de la porción descubierta de sus piernas.

—Elliot —lo llamó para captar su atención.

Él parpadeó para volver a la realidad. Movi6 imperceptiblemente la cabeza, como si se reprendiera algo, luego alz6 la vista y la mir6.

—¿No estás un poco mayor para subir a los árboles? —pregunt6.

Angeline resopl6. La reprimenda debería venir después de ayudarla a bajar, no antes.

—Me vas a ayudar ¿sí o no? —se exasper6 la rubia.

—Debería dejarte ah6 para que aprendas a no meterte en tantos líos —coment6 él, y se permiti6 esbozar una pequeña sonrisa—. ¿Por qué te subes a un árbol si no sabes cómo bajarte?

—Sabía cómo bajarme —rebatí6 Angeline mientras se cruzaba de brazos y lo fulminaba con sus ojos verdes—, pero la rama que me servía de apoyo se parti6 cuando lo intentaba —explic6 y señal6 el pedazo de madera partido que estaba en el piso.

Él mir6 la rama rota en el suelo y luego volvi6 a mirarla a ella.

—Ya veo.

No lo dijo en voz alta, pero Angeline estaba segura de que él pensaba que había sido muy estúpido de su parte subir a un árbol a los veintiún años; y sí, lo había sido, solo que no necesitaba que nadie más se lo recordase.

—¿No te cansas de meterte en este tipo de problemas?

Si Angeline hubiera tenido algo en la mano, se lo hubiera lanzado. El desgraciado se estaba burlando de su apuro, no lo demostraba, pero ella

estaba segura de que se burlaba, y además, no hacía el mínimo intento por ayudarla. Después de todo, no era un caballero.

—Viene en el apellido —replicó ella.

Todos lo sabían: los Allen no buscaban los problemas, los problemas buscaban a los Allen; a excepción de los mellizos, ellos sí buscaban los problemas.

Él hizo una mueca despectiva.

—Solo es la excusa que usan para justificar su comportamiento escandaloso.

A esas alturas, Angeline ya había perdido la paciencia.

—No todos podemos ser la perfección en persona, el mundo sería muy aburrido de ser así.

Golpe bajo: acababa de llamar al conde de Coventry aburrido y no sentía el más mínimo remordimiento por ello. Lo merecía por irritante.

—Entonces, ¿dices que soy aburrido? —preguntó con un vago tono de incredulidad.

Una persona sensata hubiera dicho que no, y hubiera inventado una disculpa; después de todo, ella era la que seguía en el árbol y él era su única salvación, pero ella no era sensata, era una Allen.

—Sí, te llamé aburrido.

Con eso se iba su salvación.

—Muchacha irrespetuosa —masculló el conde dirigiéndose a su caballo—. Creo que no te haría mal quedarte ahí un rato.

Angeline no dijo nada, segura de que él no la dejaría ahí; es decir, era

un caballero, y un caballero no dejaba una dama en apuros para que se enfrentara sola al dragón, ¿verdad? Al ver que Elliot se montaba en el caballo, supo que él sí la pensaba dejar ahí. ¡Estúpido orgullo masculino!

—¡Elliot! —lo llamó—. ¡Elliot, regresa aquí! ¡No seas pesado! ¡Vuelve! ¡Maldita sea! ¡Elliot!

Él giró la cabeza al escuchar su maldición, pero no desmontó.

—Esas palabras Angeline —reprendió y chasqueó la lengua—. Tus hermanos deberían enseñarte a moderar el lenguaje.

—¿Dónde crees que lo he aprendido? —replicó—. Regresa aquí. ¡Ahora! Un caballero no deja a una dama en un árbol pidiendo ayuda.

Él sonrió burlón.

—Una dama no debería estar en un árbol, en primer lugar.

—¡Elliot! —gritó de nuevo al ver que él se alejaba.

El caballo se detuvo, y después de un gruñido por parte del jinete, se volteó y se dirigió de nuevo hacia ella.

Angeline soltó un suspiro de alivio cuando él desmontó, se acercó a ella, y le tendió los brazos para ayudarla a bajar.

Sin decir nada, Angeline sacó una pierna del árbol y fue deslizándose poco a poco hasta que las manos de él la tomaron por los tobillos, justo en el momento exacto en que la rama se partió. El cuerpo de ella se deslizó entre sus manos y por instinto, él se echó hacia atrás para evitar recibir un golpe en el pie por la rama, pero no recordó que la acababa de tomar a ella en brazos y perdió el equilibrio, lo que provocó que los dos cayeran al piso, ella encima de él.

Elliot soltó un juramento al recibir un golpe en la espalda y Angeline

solo pudo agradecer que no rodaran colina abajo.

—¿Estás bien? —preguntó la joven con cautela.

Él gruñó y la fulminó con la mirada.

—Tú, Angeline Allen, eres un problema andante y un problema para la humanidad.

Sí, estaba perfectamente bien.

Angeline soltó un chasquido, y luego fue consciente de que seguía encima de él y se apresuró a levantarse, pero por algún extraño motivo, echó de menos el contacto. La calidez de su cuerpo tocando el de ella había sido agradable. No recordaba haber experimentado algo similar.

—Ustedes los hombres se quejan mucho —espetó la rubia sacudiéndose la tierra de su vestido de mañana, confeccionado muselina verde—, y luego afirman que nosotras somos débiles.

Elliot no dijo nada y empezó a levantarse con cuidado. Soltó una serie de improperios en voz baja al sentir el dolor palpar en su espalda. Cuando al fin logró ponerse de pie, se dirigió a su caballo sin decir nada.

—Gracias por tu ayuda, Elliot. —Él soltó otro improperio al subir al caballo, ella sonrió con malicia, y dijo en tono de mofa—: Esas palabras no se dicen frente a una dama, milord. —Dicho eso, desapareció colina abajo, y dejó al hombre con unas indescriptibles ganas de matarla.

Elliot respiró hondo varias veces para suprimir el impulso de ir tras ella y retorcer su lindo cuello; cuando lo logró, emprendió el viaje de regreso para alejarse de la tentación.

Un problema andante, eso era Angeline Allen, un problema andante. Él debería haberse imaginado, en el momento en que se acercó a ayudarla, que no

saldría ileso de la situación, solo que nunca pensó que la recompensa por un acto de caballeridad fuera un golpe fuerte en la espalda. Debió haberla dejado allí en el momento en lo llamó aburrido. ¡Aburrido! La muy descarada se había atrevido a llamarlo aburrido en su cara. ¿Desde cuándo una persona correcta, que respetaba las reglas, era aburrida? ¡Claro que no lo era! Por supuesto, si se comparaba con una persona revoltosa que parecía incapaz de mantenerse alejada de los líos, cualquiera era anodino.

Elliot azuzó su caballo e intentó borrar los recuerdos de tan desagradable encuentro, pero no pudo, no pudo borrarla a ella.

Eran pocas las veces en las que se topaba con Angeline Allen en sociedad. En esos momentos, solo se habían saludado con una inclinación de cabeza; sin embargo, eso no significaba que la hubiera pasado por alto, aunque lo intentó, no pudo.

Cada vez que entraba en una velada, y ella estaba ahí, algo le advertía de su presencia, y le hacía imposible obviarla. Era una locura. Desde que esa niña había sido presentada en sociedad, convertida en una mujer, algo había cambiado. La veía de forma diferente. Seguía siendo la misma revoltosa e imprudente de siempre, pero desde su punto de vista no era la misma; y hoy, cuando la vio en el árbol y cayó encima de él, sintió algo extraño. No sabía como explicarlo, posiblemente porque no lo entendía.

La posibilidad de que ella le gustara estaba descartada, por supuesto. Eso era imposible. Él tenía demasiada sensatez y sentido común para sentir cualquier clase de atracción hacia alguien que no era para él. ¡Una Allen!, ¡por el amor de Dios!, ¡una Allen! Tendría que estar loco para fijarse en ella. Era todo lo que un Miller no buscaba resumido en una palabra: «Escándalo». Una unión con esa familia significaría arruinar su buena reputación y eso era impensable. Su padre se revolcaría en la tumba si eso sucedía. Su único hijo,

su heredero, arruinando de esa manera la reputación de la que tanto se enorgullecían los Miller. No, lo de Angeline Allen era...era...no sabía que era, pero no era ninguna clase de interés.

Lo mejor sería que dejara de pensar en el asunto, llevaba mucho tiempo analizándolo y no había llegado a ninguna conclusión lógica, así que si dejaba de pensar en ello, dejaría de hacerse interrogantes absurdas y pronto se olvidaría de ella. Cuando llegara a Londres, seguiría con su cortejo a lady Georgiana, se casaría con ella, y Angeline Allen, y lo que sea que pasara con ella, quedaría en el olvido.

Capítulo 2.

Cuando Angeline llegó a su casa, aún seguía pensando en su encuentro con Elliot.

En su opinión, la caída había sido un aspecto muy cómico de su encuentro, aunque él no debía de pensar lo mismo. No obstante, no rememoraba una y otra vez la escena por eso, sino por algo más, pero no sabía qué nombre ponerle. Era complejo de explicar. Cuando él la había mirado en el árbol, y luego cayó encima de su cuerpo, había sentido algo...raro que distinguía ese encuentro de los otros, y no era, definitivamente, encontrarse encima de un árbol. No sabía como describirlo, y como ella no era de las que buscaban explicación a lo inexplicable, decidió olvidar el asunto y se convenció de que eran alucinaciones suyas.

Entró a la casa, atravesó el vestíbulo en dirección a la escalera que la llevaría al primer piso, e hizo caso omiso de la joven castaña sentada en medio de esta; que tenía los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos, y una expresión melancólica en la cara.

Una buena hermana se habría detenido, habría preguntado: *¿qué sucede, Clarice?*, y hubiera ayudado a resolver el problema; pero no es que ella no fuera una buena hermana, sino que esa era Clarice Allen, y cualquiera que conociera solo un poco a Clarice Allen, sabía que nunca podían confiar en su cara de ángel. Podía tener trece años, podía haber madurado solo un poco, pero no dejaba de ser Clarice Allen: miembro femenino de los famosos «Mellizos Allen» e instigadora de la liberación de los perros de caza en el almuerzo de lady Milford hacía ya cinco años. Así que, prefiriendo no arriesgarse, pasó por su lado y siguió subiendo las escaleras, al menos hasta que recordó algo.

—Clarice —dijo con cautela—, ¿no deberías estar ahora con la señorita Smith?

Clarice se encogió de hombros, y sin dedicarle una sola mirada, respondió con voz neutra:

—Renunció.

A Angeline no le sorprendió en lo absoluto la noticia. Las institutrices no duraban más de un mes cuando de los mellizos se trataba.

Arriesgándose, bajó las escaleras y se situó a su lado.

—¿Renunció?, ¿o la espantaste?

Clarice la miró con sus tiernos ojos avellana y sonrió con inocencia.

—Solo le he colmado un poco la paciencia, no es mi culpa que no tenga vocación para enseñar. Dijo que vendría más tarde en busca de una referencia y su último sueldo.

Angeline blanqueó los ojos.

—¿Qué ha dicho Julian?

—No lo sabe. Salió con Sapphire temprano y no han regresado. La señorita Smith se ha ido hace poco.

—No le gustará la noticia —advirtió.

Clarice se encogió de hombros.

—Tal vez ahora quiera mandarme a estudiar con Edwin.

Y ahí estaba el fondo de la cuestión.

Edwin, el hermano mellizo de Clarice, había sido enviado a principios de mes a Eton para que comenzara sus estudios formales. Inseparables como

eran, la joven no había tomado nada bien el distanciamiento del que había sido su compañero de aventuras —o travesuras— durante años. En palabras de Clarice: *Le había quitado a su otra mitad*. Aunque intentaron explicárselo, la obstinada joven no quería entender por qué no podía ir a estudiar con su hermano; cosa que, si le preguntaban a Angeline, diría que era una suerte por varias razones. Primero, separados los mellizos Allen mayores, las cosas eran un poco más tranquilas en la casa; y segundo, si fueran juntos a Eton, ni este, con todo su estricto reglamento, podría evitar que acabaran con la escuela: la echarían a bajo. Esas criaturas eran un peligro andante, lo de lady Milford era solo uno de los muchos ejemplos.

—Clarice, te hemos explicado que ese colegio es solo para hombres —dijo Angeline con paciencia.

—¡No es justo! —exclamó la joven y se cruzó de brazos—. Soy igual o más inteligente que Edwin, me desenvolvería perfectamente ahí.

Ella no lo dudaba, los mellizos Allen eran unos genios, si no lo fueran, su vida hubiera sido más tranquila y normal.

—No lo dudo, pero eso no tiene nada que ver. No aceptan mujeres.

—¡Eso no es justo! —repitió casi en voz de grito—. Nosotras podemos ser tan buenas como ellos, pero nunca lo sabrán si no nos dan la oportunidad de demostrarlo.

Angeline se sorprendió un poco con las palabras tan vehementes de su hermana. De unos meses para acá, Clarice se había comportado de forma extraña. Después de la partida de Edwin, se había encerrado largos días en su habitación. La familia incluso la creyó enferma, y solo mostró cierta mejoría cuando Julian llegó con un ejemplar del libro prohibido de Mary Wollstonecraft: *Reivindicación de los derechos de la mujer* —Angeline no

tenía ni la menor idea de cómo lo había conseguido, ni tampoco cómo Clarice se había enterado de su existencia— Después de eso, no había vuelto a ser la misma. Tenía ideas poco comunes, y sus pensamientos eran distintos.

—Estoy de acuerdo contigo hermana.

Alguien normal, hubiera reprendido esas ideas para que la joven no creciera con ideales que pudieran perjudicarla, pero vamos, Clarice tenía razón, y Angeline no se la pensaba quitar.

—Sin embargo —continuó no deseando que eso llegara a mayores—, nosotras dos no podemos hacer mucho si los demás no cambian de opinión. No podemos iniciar una revolución, Clarice.

—¿Por qué no? —preguntó la melliza mientras se levantaba—. Los hombres tienen derechos y las mujeres solo deberes. ¡Eso no es justo! ¡Somos tan buenas como ellos! Debemos exigir igualdad de condiciones. Si no cambiamos nuestra forma de pensar, si no somos conscientes de lo que valemos, ellos jamás nos tomaran en cuenta. El mundo jamás cambiará si no cambiamos nosotras.

¡Jesús bendito! ¿Eso había sido dicho por su hermana de trece años? Angeline tenía el presentimiento de que se avecinaban problemas; así como también sentía que había instado inconscientemente una posible revolución a favor de los derechos de la mujer. ¿Se metería en problemas por ello? No lo sabía, lo que sí sabía era que Julian terminaría manteniendo a dos hermanas solteras, porque con esos pensamientos, Clarice jamás se casaría.

A pesar de las consecuencias que podrían traer esas ideas en un futuro a su hermana, Angeline no se atrevió a reprenderlas ni intentó convencerla de que las olvidara, pues Clarice no decía más que la verdad, y obligarla a seguir el patrón de reglas de la sociedad era, en su opinión, un pecado, y una pérdida

de tiempo. No es como si alguien pudiera hacer desistir a uno de los mellizos de hacer algo. Angeline no tenía duda de que si alguien podía iniciar una revolución, esa era Clarice Allen. Si la haría en un futuro o no, prefería no descubrirlo. Quizás debería hablar con Sapphire, ella sabría qué hacer. Sapphire siempre sabía qué hacer.

—Sabes Clarice, creo que Julian...—Se detuvo cuando oyó el sonido de algo romperse—. ¿Qué fue eso? —preguntó temiendo lo peor.

—Los mellizos Louthy.

Los mellizos Louthy no eran otros que los hijos de Sapphire y Julian. Como si no hubiera bastado con los que ya tenían, su cuñada y su hermano tuvieron el poco tino de traer al mundo a otro par de mellizos, que por si fuera poco, no solo llevaban la sangre Allen, sino también la Louthy, lo cual daba un resultado nada favorecer. Louthy era el apellido de soltera de Sapphire, y habían decidido llamar así al segundo par de mellizos para diferenciarlos de los primeros. La reputación de las antiguas Louthy rivalizaba con los Allen, y aunque no le ganaba, sí daba batalla. En resumen, había altas posibilidades de que este par de mellizos fueran peores que los primeros. Angeline solo rogaba no estar ahí para averiguarlo.

—¿Dónde está su niñera?

Clarice sonrió. Eso no auguraba nada bueno.

—Es bastante cómico. Renunció junto con la señorita Smith.

Angeline soltó algo parecido a un lamento.

—¿Cómo unos niños que apenas cumplirán tres años pudieron correr a una niñera?

—Les enseñé como usar tinta para dibujar sobre la niñera y su vestido.

Son unos niños muy inteligentes —declaró con orgullo—, creo que ni siquiera se mancharon. Han roto record. Edwin y yo corrimos a la primera cuidadora a los tres años.

—Julian te matará —aseguró Angeline casi escuchando a su hermano mayor despotricar en cinco idiomas distintos.

Clarice se levantó y suspiró.

—Lo sé, pero Edwin y yo prometimos ser sus maestros. Que Edwin no esté no significa que yo no pueda hacerlo. No pueden decir que Clarice Allen no cumple una promesa. Además, estaba aburrida. Creo que iré a dar un paseo. ¿Cuánto crees que tarde en pasársele el enojo?

Angeline lo pensó.

—Al menos un día entero.

—Bien, en ese caso, robaré comida de la cocina. Adiós.

La joven desapareció antes de que Angeline pudiera reaccionar.

Si fuera una buena tía, iría a comprobar que los mellizos no hubieran salido heridos con lo que sea que hubieran roto, pero no es que no fuera buena tía, sino que su instintito de supervivencia le decía que no se acercara a donde sea que hubiera ocurrido el desastre. La señora Carper debía estar con ellos. Su ama de llaves jamás los dejaría solos, al menos hasta que Julian y Sapphire llegaran. Sí, ella no permitiría que les pasara nada malo.

Convenciéndose de ello, fue a encerrarse en su cuarto.

Aproximadamente media hora después, fue consciente de la llegada de su hermano y cuñada por la serie de gritos en latín, francés, italiano, inglés y español; todos seguidos del nombre «Clarice» y alguna que otra blasfemia en los mismos idiomas. Sapphire, por su parte, debía estar intentando calmar a su

esposo pero también debía estar contando hasta diez en los mismos idiomas — sumando alemán, griego y ruso— para calmarse ella.

Angeline hizo todo lo posible por concentrarse de nuevo en su novela, pero como los gritos interminables se lo impedían, decidió pensar en el vestido negro que se pondría para el funeral de su hermana.

Julian siguió gritando por al menos cinco minutos más hasta que el nombre de «Clarice» fue sustituido por el de «Angeline» para que fuera a dar testimonio. Decidió que apelaría a favor de su hermana, pero solo porque su muerte significaría retrasar un año más su última temporada y cuando regresara a sociedad ya sería más vieja que Roma.

Con fastidio, bajó las escaleras para encontrarse a su hermano y a su cuñada todavía en el salón. Julian respiraba hondo para calmarse y Sapphire tenía una mano en la barbilla en posición pensativa. Conociéndola como la conocía desde hacía cuatro años, Angeline estaba segura de que buscaba la mejor forma de tratar el asunto sin que se avivara más la rabia de Julian; después de todo, Sapphire siempre había sido una mujer sensata...hasta que se casó con su hermano, pero aún tenía un poco de sentido común. Angeline estaba segura de que todos los días se preguntaba que pecado estaba pagando, y si no amara con locura al conde, hacía tiempo se hubiera ido del continente para que nadie la encontrara.

Apenas la vio, Julian abrió la boca para hablar, pero Angeline se adelantó:

—No sé nada. Soy inocente. Salí a dar un paseo y cuando regresé el daño estaba hecho.

Angeline se fijó entonces en que los mellizos Louthy también estaban en el salón. Marian y Chase, rubios como su madre, miraban fijamente con sus

ojos verdes un jarrón al lado de la puerta, y si se parecían un poco a los mellizos Allen, consideraban la mejor forma de romperlo.

—¿ A dónde ha ido? —preguntó Julian con aparente calma, sus ojos verdes eran los únicos que delataba su molestia ahora.

—No lo sé —mintió Angeline.

En realidad, sí lo sabía. Lo más probable es que haya ido a la cabaña que usaban todos los Allen para esconderse cuando hacían una de las suyas. Era el escondite oficial de la familia, pero Julian desconocía que los mellizos sabían de su existencia; como si algo les pasara desapercibido a los mellizos Allen. Dos años atrás habían descubierto la cabaña, pero por obvias razones, nunca lo dijeron. En fin, ella no diría nada, no quería guardar un año de luto.

Julian gruñó.

—No puedo creer que haya conseguido correr a otra institutriz y a la vez haya logrado que los mellizos molestaran a la niñera. ¡El mismo día! ¿Qué clase de mente logra eso?

La mente maquiavélica de Clarice Allen, se vio tentada de responder, pero prefirió callar, él ya lo sabía.

—Estoy segura de que hay una explicación razonable para todo esto —intervino Sapphire con su natural pragmatismo—. No ha tomado bien la separación de Edwin, esto es solo una manera de demostrar su inconformidad. Lo que ha hecho está mal —admitió—, y merece un castigo, pero tenemos que intentar entenderla.

—¿Y lo de enseñar malas costumbres a Marian y Chase? ¿Qué me dices de eso? Está corrompiendo a nuestros hijos —afirmó Julian a su esposa.

—Llevan tu sangre —objetó ella—. No necesitan ser corrompidos.

—También llevan la tuya —le recordó—, y aún no se sabe cuál de las dos es peor.

—La rama de mi familia era sensata...—dijo, aunque no parecía muy segura, y como a Sapphire no le gustaba perder, expresó—: Nos estamos desviando del tema.

Julian sonrió, pero volvió a su expresión seria al recordar el verdadero problema.

—Como sea, no necesitamos que alguien le enseñe más malas mañas de las que posiblemente tengan. Cuando Clarice regrese, me escuchará. Angeline, llama a Richard y a Alexander, quiero saber si ellos saben algo.

—Richard salió esta mañana a Londres, quiere estar ahí antes de que comiencen las sesiones del parlamento —informó refiriéndose a su hermano de veintiocho años que se dedicaba a la política—; y Alexander se fue con él por un asunto de negocios. —A su hermano de veintiséis le gustaban las inversiones, y vivía de ellas, para disgusto de la sociedad que reprobaba el comercio. Ambos tenían su propia casa en Londres, un conjunto en Albany, para ser específicos, y libraban así a la casa de la presencia de algunos Allen.

Julian gruñó, y después de murmurar algo que sonó como: *¿qué pecado estoy pagando?*, desapareció por el camino hacia su estudio.

—¿Clarice morirá hoy? —preguntó Angeline a Sapphire, mentalizándose para pasar un largo año de luto. Aunque, ¿por los hermanos no eran seis meses?

—No digas tonterías —reprendió Sapphire—. Él no la matará —aseguró, aunque no parecía muy convencida—. Solo está molesto, con buen motivo. Es sorprendente que haya logrado correr a la institutriz y a la niñera el mismo día.

—Estamos hablando de Clarice Allen —recordó Angeline—, ¿en verdad crees que es sorprendente?

Sapphire negó con la cabeza.

—Tienes razón. Creo que él sí la matará. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Dónde está? —repitió Sapphire haciéndole saber que no le creía. Ella mentía bien, pero Sapphire era demasiado lista para el gusto de muchos.

—En la cabaña que es el escondite oficial de los Allen —respondió Angeline— ¿La conoces?

Sapphire se ruborizó.

—Sí, la conozco. ¿Dijo cuándo regresaría? —se apresuró a desviar el tema.

—Esperaré a que a Julian se le pase el enojo, creo que incluso llevó provisiones.

—¿No estará pensando en pasar ahí la noche? —El tono de incredulidad en su voz dejaba claro que no podía creer que Clarice fuera tan imprudente.

—Bueno...

Sapphire masculló algo en otro idioma.

—Démosle unas horas; si no regresa cuando empiece a anochecer, vamos por ella —dijo y luego se giró hacia los mellizos—: Marian, Chase, vamos. Tenemos que hablar de por qué no se puede bañar en tinta a una niñera.

Los niños, tan pequeños como astutos, comprendieron que iban a ser regañados y miraron a ambos lados buscando la mejor forma de huir.

—Marian, Chase...—La voz de Sapphire tan suave como firme hizo desaparecer cualquier plan de escape, y los niños, soltando un suspiro al mismo tiempo, la siguieron por las escaleras.

Diciéndose que esa mujer había venido a salvar a su familia, Angeline los siguió y tomó el camino hacia su habitación, donde retomó la lectura de su novela.

Sapphire era una persona tranquila y sensata que siempre sabía la mejor forma de llevar un asunto. A diferencia de su hermano, que tenía especial interés en librarse de ella y no se molestaba en disimularlo, Sapphire siempre le decía que debía esperar a la persona correcta y no apresurarse, pues según sus propias palabras: *El matrimonio no era algo que se pudiera tomar a la ligera*. Cada vez que escuchaba a Angeline quejarse de su fracaso, la consolaba y le decía que pronto aparecería alguien. Para tener solo tres años más que ella, era bastante madura y alguien con quién se podía conversar. A Angeline le había caído bien desde que la vio por primera vez, y aunque la relación con Julian había sido poco común, definitivamente el destino la había mandado para que pusiera un poco de orden en esa familia de locos; no lo había logrado del todo, pero al menos gracias a ella los mellizos habían dejado de hacer peleas de barro.

Angeline cerró la novela y suspiró. Quería ser tan optimista como su cuñada y pensar que todo estaría bien, pero esa era su última temporada. ¡La última! Si no se casaba, podía ir comprándose media docena de gatos para que le hicieran compañía, porque nadie se querría casar con ella después. Tenía que encontrar a alguien, ¡no!, encontraría a alguien. No podía ser tan pesimista. Esta temporada encontraría al amor de su vida y se casaría con él como que se llamaba Angeline Allen.

Capítulo 3.

Abril 1820.

La iba a matar.

Emerald Louthy moriría ese día, y es que lo que había hecho no se le hacía a una amiga. Desaparecerse de la fiesta de lady Dartmouth y dejarla a merced de su tutora era una falta de carácter imperdonable. Para colmo, se le acababan las mentiras para justificar su ausencia, y aunque la duquesa de Richmore podía parecer ingenua, Angeline estaba segura de que no lo era y pronto empezaría a sospechar, si es que no lo hacía ya.

Emerald Louthy era su mejor amiga y un año menor que ella. Era prima de Sapphire y pupila de los duques de Richmore desde que los padres de las Louthy murieron en una tragedia. Emerald era otra versión de Angeline tanto física, como emocionalmente. Ambas no solo poseían el cabello rubio y los ojos verdes, sino que también compartían los mismos ideales de encontrar al amor de su vida. En el momento en que fueron presentadas, congeniaron de inmediato, pero en ese instante deseaba ahorcarla, lo que hizo no se le hacía a una amiga.

La duquesa de Richmore era una persona muy agradable, pero todo Londres la conocía como la más insistente casamentera del reino. Las pobres Louthy, ahora tres de ellas casadas, padecieron de primera mano sus intentos de buscar al partido ideal, y ahora le tocaba a Emerald, que había desaparecido justo para descansar un poco de las tretas de la duquesa. Angeline no la culpaba por eso, pero tampoco podía perdonarle que la hubiera dejado a ella a su merced.

Desde que fue presentada en sociedad por Sapphire, la duquesa insistió en hacerse cargo de Angeline debido a su experiencia de casamentera.

Al principio, esto le había parecido a la joven conveniente, pero pronto descubrió que hubiera sido mejor arreglárselas sola. La mujer no era una mala persona, solo que carecía de toda discreción y prudencia. A la mínima oportunidad que se presentaba, la lanzaba al primer caballero que había sido lo suficiente ingenuo para caer en sus garras...bien, tampoco había que insultar a los caballeros; la verdad era que lady Rowena Armit era una mujer muy astuta y no había manera de escapársele aunque se fuera muy listo. Angeline tenía que admitir que los caballeros escogidos por lady Richmore siempre eran jóvenes, de buen ver y con buena posición. El problema radicaba en que no eran por completo de su agrado. Además, el buen gusto de la duquesa no excusaba que fuera indiscreta e imprudente, a veces, no sabía quién pasaba más pena, si Angeline, o los caballeros.

Mirando a ambos lados, buscó con la vista a alguien que la pudiera salvar de esa situación. Como no era un completo éxito, aún tenía unos cuantos bailes libres y Angeline sabía que la duquesa no descansaría hasta llenarlos, aunque tuviera que pedirlos ella por los caballeros. Necesitaba una vía de escape si no quería pasar por otra situación vergonzosa y necesitaba encontrarla ya.

Vio por todo el salón y se dio cuenta de que la causante de sus desgracias acababa de regresar al fin de su descanso. Con paso decidido, se dirigió hacia ella.

—¿Se puede saber a dónde has ido? ¿Puedes imaginarte lo que he tenido que soportar en tu ausencia? —le preguntó Angeline con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Emerald, que parecía estar inmersa en una ensoñación, se rio y se giró hacia ella.

—Lady Richmore no me ha dejado respirar —reprochó sabiendo que

su amiga entendería el motivo de su regaño—.Me ha presentado a tantos caballeros, y he bailado hasta que he perdido la cuenta. Además, tuve que inventar muchas excusas para justificar que no estabas.

Emerald arrugó el ceño, seguro suponía que su tutora debía de estar histérica.

—¿Qué has inventado? —preguntó.

—Primero, que fuiste por una bebida; luego, que estabas en el servicio de damas; y por último, que te encontrabas en la mesa de los dulces devorando pastelitos. Estoy casi segura de que lo último fue lo único que me creyó.

Emerald esbozó una sonrisa. Tenía mucha afición a todo lo que fuera dulce.

—Bueno, ya estoy aquí. No pudo haber sido tan terrible , de todas formas.

Como toda respuesta, Angeline gruñó. Emerald era la persona más optimista que pudo haber nacido en Inglaterra, para ella, nunca nada era tan malo.

—Debería escaparme unos minutos también —mencionó y echó una mirada anhelante a la puerta que llevaba al balcón, desde ahí podría bajar a los jardines. Se merecía un descanso, ¿no? Qué importaba que no fuera correcto salir sola.

—Antes de que salgas, debo comentarte algo —dijo Emerald, entusiasmada—. Al fin he encontrado al amor de mi vida.

Angeline le dedicó toda su atención. Esa afirmación podía sonar un poco loca y apresurada para cualquiera, pero para ella, fiel defensora del amor tanto de trato como a primera vista, sabía que su amiga no exageraba y le

decía la verdad. Bien, la escapada podía esperar unos minutos mientras se enteraba de los detalles.

—Fue el destino. Estaba en el laberinto cuando...—Se detuvo de repente y Angeline se imaginó el porqué—. Mejor te lo cuento más tarde.

Con esa simple frase, no necesitó girar y confirmar cuál era el motivo de su interrupción.

—¿Ella viene hacia nosotras, cierto?

Emerald hizo un gesto afirmativo.

Angeline soltó un lamento.

—¿A cuál incauto atrapó ahora?

Emerald vio sobre su hombro al hombre que había capturado lady Richmore, y después de unos segundos en los que seguro intentó que su desmemoriado cerebro recordara el nombre, dijo:

—Lord Coventry

Angeline se tensó. Esto tenía que ser una broma. Necesitaba salir de ahí.

—Sabes algo —dijo Angeline y puso su mejor sonrisa de *me tengo que salir con la mía* —, creo que he bailado demasiado hoy, este es tuyo. — Hizo ademán de marcharse, pero su amiga la agarró del brazo para detenerla.

—No lo creo —negó—. Tengo los bailes restantes ocupados y Rowena lo sabe. Es para ti.

Angeline masculló una maldición en voz baja y vio sobre el hombro como lady Richmore se aproximaba

—A veces quisiera ser más popular. —Angeline se lamentó y puso su

cerebro a trabajar para buscar la mejor forma de salir del embrollo. No quería otra conversación con Elliot, no desde la última.

¿Por qué tenía que ser una Allen? Si no lo fuera, todo sería más sencillo, pues no solo no se vería involucrada en ese tipo de situaciones bochornosas, sino que ya se hubiera casado y no tendría que soportar todo eso.

—Sabes una cosa —comentó con decisión—, estoy convencida de que a Elio...lord Coventry no le molestará conversar contigo unos minutos mientras suena otra pieza. Adiós, luego me cuentas acerca del hombre de tu vida. —Inició la huida, pero fue demasiado tarde. Lady Richmore llegó hasta ellas y dijo:

—Angeline, querida, ¿vas a algún lado?

¡Diablos!

Con fastidio, Angeline volteó y dedicó una sonrisa forzada a la duquesa y su compañero. ¿O debería decir víctima?

—Quería algo para tomar, tantos bailes me han dejado agotada —mintió lamentándose en su interior por su mala suerte cortesía del apellido Allen.

Si pensó por un solo momento que su indirecta de estar cansada detendría a la mujer, se equivocó.

—¿Les he presentado ya a Lord Coventry, no es así? —preguntó la duquesa.

Ambas asintieron.

—Señorita Louthy, lady Angeline. —Elliot hizo una reverencia como forma de saludo—. Un gusto volverlas a ver.

Lady Richmore sonrió.

—¿No son estas damas las más bellas que haya visto, lord Coventry?

Angeline se removió, incómoda, y Emerald se ruborizó. Ese era el tipo de situaciones de las que quiso escapar.

—Por supuesto —concordó con cortesía

—Angeline, milord mencionó su interés de compartir la próxima pieza contigo.

Angeline se percató de que Elliot le lanzaba una mirada sorprendida a la mujer, pero siendo un hombre demasiado educado, no negó la afirmación; en cambio, blanqueó rápida y casi imperceptiblemente los ojos y se volvió hacia Angeline.

—¿Lady Angeline, me concedería el honor de bailar conmigo la próxima pieza?

—Encantada.

¿Qué más podía decir? Una respuesta negativa no hubiera sido aceptada por la duquesa.

En ese momento, un vals empezó a sonar y Angeline volvió a reprenderse su suerte. ¡Un vals! No pudo ser una cuadrilla, o un minué, tuvo que ser un vals. Se vería obligada a establecer una conversación sin interrupciones, y no sabía que tan dispuesto estaba Elliot a eso luego de que casi lo dejara lisiado la última vez que se vieron.

Él la tomó del brazo para guiarla a la pista de baile y ella aceptó. No había vuelto a hablar con el hombre desde aquella vez en el árbol. Lo había visto en unas cuantas ocasiones, pero al igual que otras veces, solo se habían saludado con una inclinación de cabeza. Según los rumores, él estaba a punto de proponerle matrimonio a lady Georgiana; se les había visto juntos en varios

lugares públicos, algunos comentaban que visitaba con frecuencia a la dama y bailaban con exactitud dos veces en las veladas. Todo aquello que indicaba un cortejo formal. La sociedad esperaba un próximo anuncio de compromiso, pero eso no desanimaba a las matronas más valientes como lady Richmore. Esas a las que le tenía sin cuidado que un hombre ya tuviera dueña y no se rendían al menos que lo vieran pronunciando votos frente al altar.

Angeline no se podía sentir más avergonzada cuando llegaron a la pista de baile. Ya sabía que la duquesa carecía del sentido de la discreción, pero lo que hizo para obligarlo a pedirle un baile pisaba lo inadecuado. No le había dejado ninguna opción al pobre hombre. Seguro Elliot se preguntaba cómo había terminado en esa situación.

Las parejas empezaron a danzar y Angeline se vio en la necesidad de decir algo, aunque se distrajo momentáneamente con el contacto de la mano de él en su cintura. Mantenían una distancia correcta, y él, por supuesto, llevaba guantes al igual que ella; pero Angeline no supo decir por qué le causaba un extraño cosquilleo su contacto.

—¿Lo siento? —Fue lo único que atinó a decir.

Elliot, que había estado mirando algún punto lejano durante el inicio del baile, le dirigió su atención. Su semblante neutro no dejaba entrever nada, aunque ella casi podía ver como se debatía entre la educación, o decir lo que pensaba de la duquesa y su forma de conseguir parejas de baile para sus protegidas.

—En parte esto es tu culpa —continuó ella al ver que él no respondía.

—¿Mi culpa? —Su voz tenía un deje de incredulidad.

—Sí. Todos saben que no deben acercarse mucho a la duquesa de Richmore o es inevitable que terminen en esta situación. Lo creía más

inteligente, lord Coventry —se burló intentado darle humor a la situación. Debió recordar que Elliot no era un hombre muy simpático.

Elliot frunció el ceño.

—Así que, ¿primero te disculpas y luego afirmas que es mi culpa por acercarme demasiado?

Ella asintió como si se comprendiera sola.

—Entiendo. —Aunque estaba claro que no lo hacía en lo absoluto—. Para estar prevenido en un futuro, ¿puedo saber cómo se le niega algo a una duquesa que prácticamente se te lanza encima?

Bien, dicho de esa forma, estaba claro que pensaba que lo que dijo Angeline era una estupidez. No se le podía negar nada a una duquesa, y menos a esa en específico. Pero a Angeline no le gustaba perder.

—Tenías que estar atento y huir con disimulo en cuanto la vieras —aconsejó—. Todos hacen eso.

—¿Así como ibas a hacer tú, por ejemplo? Te funcionó a la perfección.

Oh, vaya, entonces se había percatado de su infructuoso intento de huida. Intentó no ruborizarse.

—Es culpa de Emerald. Ella me detuvo —se excusó.

Los labios de Elliot se curvaron en una media sonrisa divertida.

—Siempre encuentras un culpable —afirmó—. Cuando no es el apellido, es otra persona, pero nunca eres tú.

Angeline sonrió.

—Si vives con una familia como la mía, es mejor creer que eres inocente en todo. Si tú mismo te lo crees, hay más posibilidades de que los

demás también te crean.

Por el semblante de él, ella se dio cuenta de que no sabía si reír o fruncir el ceño ante semejante afirmación.

—Bien, creo que acabo de descubrir una forma nueva de manipulación.

—Yo no soy manipuladora —se defendió—. Solo consigo lo que quiero mediante el uso de diversas tácticas.

Ahora Elliot si quería reír.

—Y en otras palabras es...manipulación.

—Si fuera manipuladora, podría haberme librado de la duquesa —objetó ella.

Después de pensar un segundo en sus palabras, él dijo en voz baja:

—No te pudiste librar de ella porque te gana en experiencia.

Angeline fingió un dramático gesto ofendido.

—¿Acaba de llamar a la duquesa de Richmore manipuladora, lord Coventry? Eso no es muy correcto de su parte.

—Por supuesto que no he hecho eso —respondió él, impasible—. Simplemente me refería a que ella tiene más experiencia usando diversas tácticas para conseguir lo que quiere.

Si no estuvieran a la vista de todos, Angeline hubiera soltado una carcajada.

—Aunque —continuó hablando él—, es bueno que no hayas logrado salir de la fiesta, y no solo porque es incorrecto, sino porque lo más probable es que hubieras terminado metida en algún lío. Cortesía del apellido, por

supuesto.

—Sí es el apellido —aseguró Angeline, seca—. La leyenda lo dice.

—¿Leyenda? ¿Hay una leyenda sobre los Allen?

—Claro que la hay —aseguró ella—. ¿O acaso crees que los problemas es causa nuestra? —Angeline bajó un poco la voz para decir—: Se cuenta que es producto de un maleficio hecho por una bruja al primer conde de Granard.

—Eso es absurdo —masculló Elliot—. Cuentos de gente ignorante sin oficio en esta vida. ¿En verdad no creerás en eso?

—No sé —dijo y se hubiera encogido de hombros de no ser por el baile—, pero es bastante creíble. ¿Cómo si no, se explicaría que todos lo Allen vivieran en líos? Ninguno se salva.

—Podría explicarlo como decisiones tomadas con imprudencia. Por ejemplo: subirse a un viejo árbol pasados los veinte años.

Angeline contuvo un gruñido. ¿Nunca dejaría de echarle en cara eso?

—Eres un amargado, Elliot —insultó sin saber de qué otra forma responder.

—Primero aburrido, ahora amargado. Es grato saber la opinión que te formas de mí por el simple motivo de llevar una vida tranquila.

—Una vida tranquila es aburrida —objetó ella—. Pero si te sirve de algo. No me he metido en ningún lío desde lo del árbol.

—Entonces el maleficio está perdiendo su efecto —se burló.

—No se juega con los maleficios —reprendió Angeline—. Un día te contaré la historia.

—Sin duda será interesante —dijo irónico—, pero creo que no quiero tener semejante honor.

—Aburrido —masculló de nuevo ella—. Oh, pobre, pobre lady Georgiana. Creo que puede conseguirse un mejor partido —dijo sin pensar, y solo cuando el brazo de él se tensó en el suyo, supo que se había metido en un pequeño problema. Todo era culpa de su lengua, ¿por qué tenía que ser tan suelta?

—¿Ah, sí? —respondió él con voz calma—. Yo podría decir lo mismo del pobre hombre que tenga tan poco sentido común para pedir tu mano en matrimonio. Solo que en ese caso la afirmación sería absolutamente verídica.

El comentario estaba destinado a devolver el golpe, y aunque a Angeline le molestó que de forma indirecta le hayan recordado que seguía soltera en su última temporada, decidió no dejárselo ver.

—Si haces eso, Julian se molestará. ¿Sabes cuánto tiempo lleva esperando que me case? El día que llegue la propuesta adecuada dará saltos de alegría y pobre del que intente arruinarlo todo.

La música cesó en ese momento y Angeline se tomó de su brazo para regresar hasta donde estaba la duquesa, esta vez, con paso lento porque la conversación estaba demasiado entretenida, y puede que no lo admitieran en voz alta, pero ninguno la quería dar por terminada.

—Entonces, tendré que vivir con el cargo en mi conciencia de que pude haber salvado a un inocente y no lo hice por temor a un hombre desesperado por deshacerse de su mandona hermana.

Si no hubiera sido inapropiado, Angeline hubiera soltado una carcajada, pero no lo hizo nada más porque no fuera correcto, pues era una Allen, y los Allen no tenían especial interés en seguir las reglas sociales. No,

el principal motivo por el que se abstuvo de dar esa muestra de alegría fue porque si la veían riendo con el conde, podrían surgir malas interpretaciones y lady Richmore sería la primera en pensar lo que no era.

—¿Así que sí tienes sentido del humor? —contraatacó ella—. Un dato interesante. Y no soy mandona.

Esta vez era lord Coventry el que intentó contener la risa.

—Eso no fue lo que me comentó una vez Richard —aseguró él.

—Pues mintió. No soy mandona, solo busco la forma de hacer valer mi autoridad en la casa. Cuando creces con tres hermanos mayores y dos insoportables hermanos menores, tienes que buscar la forma de hacer saber que existes.

—Me parece divertida la forma en que le das un significado aparentemente correcto a algo que no lo es. Me pregunto: ¿por qué no te has casado, Angeline? No creo que no te haya llegado ninguna propuesta. —El tono serio con el que lo dijo le hizo saber a Angeline que en verdad le sorprendía verla soltera.

—Dos propuestas aceptables y alguno que otro caza dote. Pero no me he casado porque no me he enamorado. No me mires así —advirtió al ver que él fruncía el ceño—. Me quiero casar enamorada o me quedo soltera. Sé que te puede parecer ridículo, pero nada me hará cambiar de opinión.

—Es un poco ridículo, sí —admitió él y eso le ganó una mirada fulminante de la rubia—, pero esa ya es tu decisión ¿no?

—Exacto.

—Y...—Él se detuvo a medio del camino y se giró para mirarla. Pareció pensar un momento en lo que iba a decir y al final soltó—: ¿Qué tipo

de hombre buscas?

Angeline abrió la boca y volvió a cerrarla al darse cuenta de que no tenía una respuesta específica. Nunca había pensado mucho en el asunto, es decir, sabía que se casaría enamorada, pero jamás se había hecho un ideal de hombre. Cuando conociera al ideal, simplemente lo sabría, algo se lo diría.

—Yo...no lo sé —respondió con la verdad—, pero al encontrarlo, lo sabré —aseguró ella con una vehemencia que lo retaba a decir lo contrario.

Elliot no fue tan tonto para contradecirla y emprendió de nuevo la marcha, consciente de las miradas curiosas que se habían empezado a posar en ellos. Sin embargo, a ella le parecía que estaba un poco... ¿distráido?

Cuando estaban a punto de llegar a donde estaba lady Richmore, ella dijo:

—Fue un gusto hablar contigo, Elliot —confesó con sinceridad. No entendía por qué había querido huir en un principio.

Él dudo un momento, como si no fuera a responder, pero lo hizo.

—Lo mismo digo, Angeline. —Ella pudo notar la honestidad en su voz.

Llegaron a donde se encontraba la duquesa, esta sonreía de oreja a oreja como si supiera algo que ellos no. Elliot le soltó el brazo para hacer una reverencia, y luego de sostener su mirada más de lo debido, se fue.

Al verlo alejarse, ella sintió una extraña sensación de desasosiego absurdo. Llevaban toda una vida siendo vecinos, se conocían desde hacía años. Hablaban con poca frecuencia, pero habían tenido conversaciones largas una que otra vez. Habían bailado en algunas ocasiones en sus años en sociedad y nunca, como hasta ahora, se había sentido así de rara. De hecho, desde lo del árbol, parecía sentirse extraña con respecto a él. Era algo inexplicable, sin

ningún sentido. Incluso cuando la tocó se sintió rara.

Se dijo que quizás era la agradable conversación que habían mantenido. Habían discutido y bromeado en una misma conversación y aun así había resultado ser agradable. Sí, eso era, por primera vez en años, congeniaron en cierta forma sin que las diferentes opiniones interfirieran demasiado en la conversación. Entonces, ¿por qué sentía algo extraño al verlo bailar con lady Georgiana?

Algo en su expresión debió delatar su disgusto porque la duquesa le sonrió y le dijo:

—No te preocupes querida, como le dije a Emerald hace poco: un hombre deja de estar disponible solo cuando tiene el anillo en el dedo, antes no. Todavía hay posibilidad.

Esa afirmación hizo que Angeline reaccionara y se pusiera alerta. Con la cara ruborizada de la vergüenza, miró a la duquesa que sonreía abiertamente.

Oh, no; oh, no; pensó Angeline viendo la mirada calculadora de la mujer. Al parecer, lady Richmore sí había malinterpretado todo y ahora pensaba lo que no era y planeaba algo que no sucedería. Supo, por la forma en que su mirada se posaba de Elliot a ella, que nada la convencería de lo contrario y, que después de tantos meses, estaba otra vez en un pequeño problema, y no solo ella, sino Elliot también.

Capítulo 4.

—Richard Allen, si vuelves a robarte hoy la última porción de postre, juro que te quedará la marca de mi tenedor en la frente.

Todos los Allen, sin excepción, se giraron para ver como Clarice amenazaba, sin que le temblara la mano, con el tenedor a su hermano mayor. A pesar de que Richard y Alexander dejaron de vivir con ellos desde hacía dos años, y ahora vivían en una residencia de solteros en Albany, iban con frecuencia a cenar con la familia cuando no tenían otra cosa que hacer, aunque solo fuera para mantener la comunicación entre familia. El problema: ninguna cena con los Allen podía ser catalogada de normal, y siempre se encontraba una razón por la que discutir, en este caso, quién se quedaba con la porción sobrante de la famosa tarta de moras de la Sra. Blakey.

Dado que su hermano se había quedado con el trozo sobrante la vez anterior, Clarice Allen, que era tan mandona como Angeline, se negaba en rotundo a dejar que eso sucediera de nuevo. Afirmaba que ese trozo era suyo y amenazaba con un tenedor a quien opinara lo contrario. *Julian tendría que mantener a dos hermanas solteras* pensó Angeline, aunque vio con interés como se desarrollaba la escena.

Richard estiró más la mano con la intención de tomar el último trozo, pero al ver que Clarice cambiaba la posición del tenedor a una de ataque, desistió; y no es que Richard Allen fuera cobarde, sino que nadie en su sano juicio se metía con Clarice Allen cuando estaba decidida a algo; después de todo, era la melliza Allen. Para tener trece años, causaba bastante miedo.

—Esta bien, tú ganas por hoy —cedió Richard—, pero la de mañana es mía.

—No —intervino Angeline—. Mañana me toca a mí.

—¿Ah, sí? —provocó Richard—. ¿Y qué me harás si la tomo yo? —preguntó burlón.

—Te pegaré el atizador por la cabeza —aseguró Angeline engullendo tranquilamente un trozo de asado.

—Me pregunto cuál es la manía que tiene esta familia con los atizadores —murmuró el hermano lanzando una mirada significativa a su cuñada.

Sapphire y Richard tenían una relación un tanto compleja. No se odiaban, pero tampoco se podía decir que se llevaran bien. Tenía entendido que en una ocasión su cuñada terminó amenazando a su hermano con un atizador. Sapphire Allen tenía los nervios frágiles, no se debía jugar con su paciencia.

—Vamos a hacer una cosa —propuso Richard—, se queda con el postre de mañana el que sea más rápido para tomarlo.

—Hecho —aceptó Angeline y miró a su hermano con desafío.

Richard rio y Alexander también.

—A veces extraño demasiado a esta familia —comentó Alexander con su característico buen humor—. Incluso he hablado con Richard de la posibilidad de volver. ¿Qué creen?

—En el fondo ustedes también nos extrañan —aseguró Richard con su típico carácter zalamero—. Creo que sí debemos regresar.

Sapphire y Julian se atragantaron con el vino al mismo tiempo. Sapphire fue la primera en reaccionar.

—De ninguna manera —afirmó sin importarle lo grosero que sonaba eso—. Es decir... ¡No! —concluyó sin encontrar ningún argumento válido.

Richard le guiñó un ojo a Alexander y sonrió, como si hubiera presentido esa reacción en su cuñada.

—Olvídenlo —apoyó Julian—. Ya tenemos demasiados Allen en casa. No estoy intentando librarme de ella —señaló a Angeline—, para cargar con ustedes dos de nuevo.

Richard y Alexander rieron, Angeline miró a su hermano con el ceño fruncido.

—No muestres tanto cariño.

Julian se encogió de hombros.

—Además —continuó Sapphire como si quisiera hacerlos desistir por completo—, están muy mayores para vivir con la familia. Deberían buscar formar la suya propia.

Esa frase hizo que la sonrisa en los rostros de los hermanos desapareciera.

—¿Casarnos? —repitió Richard, incrédulo—. Olvídalo, cuñada. No hay motivo para ello, no tenemos ninguna obligación.

—Sí —afirmó Alexander—. Estamos bien como estamos.

—Yo tampoco debería tener la obligación de casarme —argumentó Angeline—, pero aun así me obligan a buscar marido. La vida es muy injusta en cuanto a hombres y mujeres se habla —dijo y Clarice asintió a su lado en conformidad.

—Tienes la obligación de librarme de tu presencia —intervino Julian—. ¿Acaso me piensas someter a una vida contigo? No pensé que me odiarás tanto.

Ese comentario le ganó tener que esquivar un tenedor volador.

—Piénsalo —continuó el conde haciendo caso omiso al peligro que corría si seguía hablado—. Creo que estarás feliz de tener tu propia familia. Puede que los ingleses no te llamen la atención. ¿Qué tal los escoceses? Conozco a uno que estaría encantado...

—Me quieres mandar a Escocia —aseguró Angeline y Julian asintió sin ningún remordimiento.

—Entonces a mí me casará con un americano —dijo Clarice y los ojos de Julian brillaron como si considerara la idea, pero al final la descartó con un ademán de manos.

—No, contigo ya me estoy haciendo a la idea de soportarte toda una vida. Sin embargo, Angeline todavía tiene esperanzas.

Clarice frunció el ceño como si evaluara si eso era un insulto, o un halago, debió llegar a la conclusión que debía ser término medio pues se encogió de hombros.

—Me temo, Julian, que me tendrás que aguantar un rato más porque no me pienso casar al menos que sea por amor.

Julian blanqueó los ojos, y al contrario de lo que hubiera hecho cualquier hermano, no reprendió la idea y se concentró en la comida.

El resto de la cena transcurrió en lo que podía definirse como «calma», al menos si no tomaban en cuenta algunos cubiertos voladores y uno que otro plato roto. Richard y Alexander se fueron horas después, y Angeline estaba en ese momento intentando conciliar el sueño.

A pesar que jamás lo admitiría en voz alta tenía la mejor familia que pudo haber pedido, pero ella deseaba tener la suya propia. Quería casarse y tener hijos, solo que el hombre adecuado se hacía del rogar. Estaban a mediados de abril y la temporada terminaba en agosto, es decir, tenía

aproximadamente cuatro meses antes de que fuera declarada de forma oficial una solterona; entonces sí habría un verdadero problema.

No quería ser negativa ni nada por el estilo, pero estaba más desesperada ahora que cuando se subió al árbol a pensar. Si estuviera en el campo, se subiría de nuevo, aunque fuera para estar más cerca del cielo y ver si el ser divino escuchaba mejor las oraciones que hasta ahora, había deliberadamente ignorado.

Recordando la escena del árbol, Angeline se puso a pensar en la pregunta que le había hecho Elliot el día anterior.

¿Qué tipo de hombre buscas?

Antes jamás se había puesto a pensar en las cualidades que tenía que tener el amor de su vida. Al contrario de Emerald, que si tenía claro el tipo de hombre que deseaba y que al parecer ya había encontrado —aún no había hablado con ella— Angeline jamás se puso a meditar en el asunto. Tal vez por eso todavía no había encontrado al hombre ideal, porque no sabía lo que buscaba. ¡Tenía pensarlo!

A ver. El hombre que buscaba para ser su esposo tenía que ser un caballero, no solo uno de trato, sino uno de verdad. Tenía que ser simpático, cariñoso, buen conversador, no era necesario que tuviera título porque lo más importante era que no se espantara con facilidad. Si iba a casarse con una Allen, tenía que tener aguante a los actos de locura, sobre todo cuando estuviera invitado a cenar; en resumen, no debía ser prejuicioso. Sí, eso era lo que buscaba en un hombre. Ahora solo debía pensar en los caballeros que cumplían con esas características.

Hizo memoria de todos los hombres que lady Richmore se afanó en presentarle pero no encontró ninguno que cumpliera por completo con sus

gustos. Muchos no eran verdaderos caballeros, y los que lo eran, pocas veces eran simpáticos y cariñosos. Además, en ese momento no lograba recordar ninguno, soltero, que no fuera prejuicioso. Todos, sin excepción, la juzgarían al mínimo error que cometiera y no le volverían a dirigir la palabra, excepto... Elliot, se percató sorprendida.

El conde Coventry era la única persona que la había visto en sus peores momentos y aun así seguía hablándole, también era un caballero, y ayer comprobó que tenía sentido del humor. No era dado a muestras de afecto, pero tenía casi todas las virtudes anteriores. El problema era que estaba casi comprometido y no era para ella. Puede que siguiera hablándole, pero ni en sus más locos sueños se atrevería a pensar que él se casaría con una Allen. Eran la antítesis en todos los sentidos y él jamás mancharía su apellido uniéndolo con uno que estaba bastante sucio. Era imposible y absurdo, además, ella no estaba enamorada de él, una vez lo estuvo, pero no fue nada; en una ocasión también se creyó enamorada del amigo de su hermano, lloró por un día cuando se casó y después se le pasó. Lo mismo sucedió con Elliot. Su furtivo enamoramiento pasó después de tener edad suficiente para comprender que no congeniarían jamás y eso no podía olvidarlo. Él se casaría con toda probabilidad ese mismo año y ella encontraría a alguien más, porque lo encontraría.

Había decidido pensar en positivo y decretar lo que quería. Ella, Angeline Allen, se casaría ese año porque encontraría el amor de su vida. Solo debía dejar de esperarlo y empezar a buscarlo. ¡Sí! ¡Eso era! Tenía que poner más empeño y buscar ella misma al hombre ideal. Debía salir con más frecuencia e interactuar más con los caballeros. Quizás ya conocía al amor de su vida pero no lo había tratado suficiente para darse cuenta. Sí, eso debía ser. Empezaría a tratar más a los caballeros conocidos y comenzaría mañana mismo. Le pediría a Sapphire que la acompañara a dar un paseo por Hyde

Park a la hora en la que todos solían transitar. No había mejor lugar para encontrarse a alguien conocido e iniciar una conversación que el afamado parque.

Sonrió y se acomodó en la cama para dormir. Mañana empezaría la búsqueda y todo saldría perfectamente.

Capítulo 5.

Hyde Park era por excelencia, el parque más famoso de Londres. Si alguien quería ver y hacerse ver, ese era el lugar idóneo.

Ubicado en pleno centro de la ciudad, el parque daba la bienvenida a lo más selecto de la sociedad londinense. Si querían encontrarse con alguien, conversar, pasear con un prometido, o socializar un poco, no había mejor lugar.

Era en la tarde cuando la aristocracia se solía congregarse en el sitio y fue precisamente en la tarde cuando Angeline llegó ahí con su cuñada y su hermano, que tan amablemente había accedido unírseles —por petición de Sapphire—

Tomando la delantera, Angeline incursionó en el famoso Rotten Row para ver a quién encontraba.

Rotten Row era el paseo por donde la aristocracia podía dejarse ver en carruajes o a caballo. La regla estricta era que no se permitía correr o acelerar demasiado el trote, pues podía poner en peligro a otros jinetes, aunque esa regla tenía más vigencia para la tarde, cuando había más gente en el lugar. En la mañana, temprano, se permitía ejercitar un poco los caballos si el sitio estaba despejado. Su hermano, Richard, había organizado una vez una carrera de carruajes en plena tarde con uno de sus amigos, y como buen Allen, terminó metido en un lío, ya que los caballos perdieron el control, se salieron del paseo, y casi atropellan a todo el que se atravesaba. Era una suerte que no se hubiera roto el cuello.

Con su hermano y su cuñada a una distancia prudencial de ella, Angeline empezó a recorrer el lugar y a saludar a algunos conocidos. Unos cuantos caballeros se le acercaron y entablaron una rápida conversación con

ella, pero no se animaban a quedarse mucho, y era, posiblemente, por lo que había sucedido con su hermano Richard. Debían temer que pasara algo malo y Angeline solo se podía decir que todos eran unos cobardes y no valían la pena. Hacía algún tiempo que se había dado cuenta de que ella en sí, no había causado tantos escándalos, solo que tenía que pagar por los de sus hermanos, que no eran pocos. Incluso los mellizos fueron conocidos por toda Inglaterra a la edad de ocho años solo por haber soltado a los perros de caza en el almuerzo de lady Milford. El apellido Allen estaba manchado y todos temían por sus vidas cada vez que estaban cerca de uno.

Murmurando algo sobre mala suerte en voz baja, Angeline siguió su paseo negándose a que esos incidentes acabaran con su optimismo. Al menos sabía que el caballero indicado, sería aquel que fuera capaz de mantener una conversación larga con ella.

A pesar de que el parque siempre estaba lleno, ese día no había tanta gente. Quizás se debía al tiempo de lluvia que empezaba a materializarse y desanimaba a muchos a salir de su casa. Pronto tendrían que regresar.

Con el aire frío azotándole la cara, Angeline saludó a unas cuantas conocidas e intercambió algunas palabras con ellas, alejándose cuando empezaban los cotilleos sobre alguien más. La gente hipócrita y prejuiciosa no era de su agrado, y si las saludaba, era solo por seguir las más estrictas normas de cortesía que Sapphire se empeñaba en recordarle.

Apretó las riendas del caballo y se dijo que debía tener paciencia aunque esta no fuera una de sus virtudes. El hombre adecuado aparecería, tenía que aparecer.

De pronto, sintió un cosquilleo en la nuca, típica sensación de que alguien te está observando. Giró su cabeza por instinto y con el único que se encontró fue con Elliot, pero él no la estaba mirando, él estaba atrás suyo con

lady Georgiana, su casi prometida. Angeline suspiró y volvió a girar sin saber por qué le desagradaba verlos juntos. Eran parecidos, eran el uno para el otro, y posiblemente fueran, si no felices —ella creía que la felicidad marital solo la daba el amor— al menos llevarían un buen matrimonio. Tenía que quitarse esos absurdos pensamientos de la cabeza.

Concentrándose en la realidad, aceleró el paso para perderlos de vista, alzó la cabeza y miró al frente solo para darse cuenta de que estaba a punto de ser abordada por el ser más desagradable de Londres, al menos en lo que a ella respectaba. El señor Cooper.

El señor Cooper era nada más y nada menos una de las causas por las que nadie se le acercaba mucho. Ella había intentado portarse bien en sus años en sociedad, de verdad que sí, pero hacía algún tiempo, había tenido un incidente con ese hombre que había confirmado la mala reputación de los Allen. Sucedió en una de las fiestas campestres de lady Pembroke. La condesa solía tener la costumbre de invitar a jóvenes próximas a ser presentadas en sociedad a pasar la semana en su casa de campo junto con su familia y otros invitados, siendo el objetivo principal evaluar la mercancía y saber que tan fuerte estaría la demanda y que tantas posibilidades había de casar a sus ya declaradas solteras hijas. Angeline tenía diecisiete años y cansada de presenciar un juego de charadas, había aprovechado que todos estaban entretenidos y se escabulló a tomar aire fresco. El hombre, que debía rondar ahora los cuarenta años y se estaba quedando calvo, la siguió y creyó poder tomarse ciertas libertades con ella. Quiso llevarla disimuladamente a un lugar oscuro, no contando que con tres hermanos mayores, ella había desarrollado una derecha que le dejó el ojo morado por unas cuantas semanas.

Como el jardín no estaba solo, el rumor no había tardado en esparcirse, y su reputación desde entonces había estado un poco maltrecha, y

no solo porque golpear con el puño en vez de dar una cachetada y dejar un ojo morado no era de damas, sino que además, era del todo incorrecto que una mujer se encontrara sin carabina con un caballero. Por suerte, no se encontraban solos en el lugar, o eso hubiera significado un verdadero problema. El hecho era que el hombre era un canalla que un año después, había tenido el cinismo de ir a pedirle su mano a Julian. Por supuesto, su hermano se había negado aunque eso no parecía detenerlo a la hora de importunarla de vez en cuando. No es que la persiguiera, pero si se comportaba de manera bastante fastidiosa a veces. Lo detestaba.

—Buenas tardes, lady Angeline. Que gusto verla por acá.

Como toda respuesta, Angeline resopló y miró hacia atrás buscando a su compañía, pero su hermano y Sapphire habían desaparecido. *Qué buena carabina*, pensó con sarcasmo. Nunca había visto tal preocupación por su reputación.

—¿Disfrutando del paseo?

—Hasta hace poco, sí, lo disfrutaba. Si me disculpa...

—¿Puedo pasear con usted?

Eso no se preguntaba.

—No.

—¿Por qué? —insistió él.

—Porque no. Ahora, quítese del medio.

—Veo que sigue teniendo un carácter fuerte, lady Angeline. Quizás por eso continua soltera.

—Es mi problema ¿no? Mejor soltera a casada con cualquier escoria.

El hombre sonrió, claramente entendió la indirecta.

—No debería juzgarme tan duro por errores del pasado. Como le he dicho en otras ocasiones, podemos comenzar de nuevo. —Intentó tomarle una de las manos enguantadas, pero Angeline lo esquivó y le mostró su mano derecha—. ¿La recuerda señor Cooper? Le aseguro que pega más fuerte ahora.

El hombre soltó una risa que le pareció algo macabra.

—¿Se atrevería a pegarme en medio de tanta gente?

Ella se encogió de hombros.

—Mi apellido sigue siendo Allen, a nadie le extrañaría.

—Muchacha desagradecida —masculló el hombre de pronto molesto—. Nadie más se ha fijado en ti.

—En realidad, he recibido dos propuestas...

El hombre no pareció oírla, y aprovechó su distracción para aprisionarle uno de los brazos.

—¿Por qué no...? —comenzó, pero ella no lo dejó terminar, con la mano libre, le estampó un golpe en pleno ojo y se alejó trotando apenas la liberó. Al menos fue el otro ojo.

La gente empezó a murmurar pero Angeline no les prestó atención, y rompiendo las reglas, azuzó al caballo y se salió del paseo por la primera puerta que encontró. Angeline Allen acaba de formar otro escándalo. Genial. Tendría suerte si era invitada a algún otro acontecimiento.

Buscó con la mirada a sus acompañantes pero no los veía por ningún lado. ¿Dónde diablos andaban metidos su hermano y su cuñada?

Negó con la cabeza, se bajó del caballo y caminó a lo largo de la valla

de madera que delimitaba el Rotten Row para ver si los veía. Si no fuera porque sabía que ellos se preocuparían, regresaría sola. Total, que más escándalos podía propiciar ese día.

La gente la miraba y Angeline trató en lo posible de ignorarlos. Mañana estaría en todas las columnas de chismes de Londres y todos tendrían otro motivo para apodar a los Allen «La familia problemas» Sabía que no debió haber reaccionado de forma tan violenta, pero el hombre la aprisionó y su sentido de supervivencia se adelantó a su cerebro. Él en realidad no podía hacerle nada en medio de todos, pero era una Allen. Vivía para los líos o escándalos. Esa era la única justificación que podía dar. Esa, y que habiendo crecido con tantos hermanos mayores, tenía tendencia a reaccionar rápido.

Frustrada, se desabrochó un poco el sombrero que de repente le apretaba, pero como no podía ser de otra manera dada su suerte ese día, vino una fuerte brisa y se lo llevó. Mascullado una maldición en voz baja, intentó atraparlo, pero la brisa que presagiaba lluvia era fuerte y lo alejaba cada vez más. Se montó en el caballo para ver si le facilitaba atraparlo. Lo único que le faltaba era que al chisme del ojo morado se le añadiera que la desvergonzada lady Angeline Allen también había estado paseando sin sombrero por Hyde Park.

A un trote rápido, siguió la dirección de su sombrero hasta que terminó llegando a unos árboles cerca del lago *serpentine*.

No había nadie cerca y su gorro había quedado enganchado en una rama de uno de los árboles. Pensó en dejarlo ahí, pero el viento era tan fuerte que empezaba a desatar su moño y pronto terminaría con el pelo suelto y tan despeinada como si se acabara de levantar, lo que de verdad causaría escándalo, a parte de mucha vergüenza. Además, ese era su sombrero favorito.

Resignada, ató a su caballo y rogó a Dios que nadie viera lo que estaba

a punto de hacer. Colocó un pie en la rama más cercana del árbol, se impulsó hasta que su brazo tocó la rama superior en donde estaba su sombrero y ella terminó montada en la rama inferior. Estiró su brazo derecho y tomó el sombrero. Estaba a punto de bajarse cuando la rama en la que estaba apoyada se rompió y para mantener el equilibrio, soltó el sombrero y se agarró de la rama superior quedando guindada del árbol, justo encima del lago, por donde en ese momento flotaba su sombrero favorito.

Genial.

Respiró hondo y se prometió que nunca más en su vida se volvería a subir a un árbol.

Temerosa, miró hacia abajo a las aguas del *serpentine* y se preguntó por qué tendría tan mala suerte. Ella sabía nadar, y muy bien, pero ese no era el problema. El problema, o mejor dicho, los problemas, eran: Primero, que en caso de que llegara a caer, el pesado traje de montar le imposibilitaría cualquier movimiento de su parte aumentando la posibilidad de ahogarse; y segundo, que si alguien la veía así, colgada del árbol, sería la burla de todo el mundo y jamás sería aceptada de nuevo en sociedad. No sabía cuál de las dos opciones era peor.

Intentando mantener la calma, miró a su alrededor y buscó una vía de escape. La rama más cerca estaba a más o menos un metro a su derecha, si pudiera extender las piernas y engancharse...Rogando por tener un poco de su antigua flexibilidad, Angeline se impulsó e intentó colocar su pie en la madera, pero la rama de donde estaba colgada crujió bajo el esfuerzo y Angeline supo que si seguía intentándolo, terminaría en el agua. Visto así, tenía solo dos opciones: gritar y pedir ayuda, o esperar que la rama cediera bajo su peso y caer al agua. Desde el punto de vista sensato la más factible sería lo primera, pero si pedía ayuda, atraería a muchos curiosos y su reputación

terminaría peor de lo que ya estaba, ahora, si caía al agua, y milagrosamente salía viva. Tampoco es que tuviera muchas posibilidades de llegar a su casa pasando desapercibida. En resumen, estaba en problema en cualquiera de las dos formas. La única manera de salir ilesa del asunto era que el supremo se apiadara de ella y ejerciera algún milagro...

—Otra vez en líos, Angeline Allen. Juro que no puedo comprender tu manía con los árboles.

Gracias, Dios.

—¡Elliot! —dijo con voz aliviada—. Necesito tu ayuda.

—Si no me lo dices, no me doy cuenta —replicó él con sarcasmo, ató su caballo y se acercó—. ¿Cómo rayos...?

—No preguntes —dijo ella—, solo ayúdame que no creo que esta rama aguante mucho.

Elliot asintió y evaluó la escena considerando la mejor forma de sacarla de otro lío. Era irónico, pero después del golpe bien merecido que le dio al señor Cooper, el instinto le dijo que debía seguirla. Al principio, se convenció de que solo era para garantizar que ella estuviera bien, a pesar de saber que no era correcto seguir a una joven soltera que iba sin carabina. Sin embargo, tal vez siempre supo que ella terminaría en una situación similar; pues como bien se afanaba en recordarle, era una Allen, y aunque él no creía en ningún cuento estúpido de maleficios o embrujos, tenía que admitir que estos siempre vivían en líos.

Observándola colgada de la rama, se dijo que podía intentar tomarla de la cintura como la vez anterior y tirar de ella hacia tierra, pero tendría que acercarse lo más posible al lago pues ella estaba muy lejos.

Suspirando, se dijo que tenía que intentarlo. Solo cabía rezar porque

nadie los encontrara. Se acercó hasta quedar a la orilla del *serpentine* y se inclinó hacia adelante pero sus manos solo podía llegar hasta su rodilla.

—Intenta mover tu cuerpo hacia mí —le dijo y ella lo hizo, pero la rama volvió a crujir en el proceso.

—Me voy a caer —se quejó viéndose acompañando a los peces.

—No seas tonta. Vamos inténtalo de nuevo.

Angeline suspiró y volvió a alzar su cuerpo hacia él. Elliot se estiró un poco más y casi lograba tomarla de la cintura cuando la rama cedió y ella calló. En un auto reflejo se inclinó más hacia adelante para ver si podía tomarla a tiempo pero lo único que consiguió fue hacerle compañía en las frías aguas del lago.

—Maldita sea —murmuró emergiendo a la superficie, para colmo, esa no era la parte más baja del lago. Al menos tampoco era la más honda

Buscó a la rubia con la mirada y vio que estaba a unos metros suyos, e intentaba mantenerse a flote todo lo que su traje de montar empapado se lo permitía.

Soltando otra serie de juramentos, nadó hacia ella y la ayudó a salir del agua. Luego salió él y ambos quedaron sentados en el piso.

Angeline tosió un poco por el agua tragada y Elliot le dio unos golpes en la espalda para ayudarla; aunque si hubiese seguido sus instintos más crueles, la hubiese lanzado nuevamente al lago solo por conseguir meterlo en ese tipo de problemas. ¿Cómo se suponía que se aparecería ante lady Georgiana así? O mejor dicho, ¿cómo se suponía que saldría del parque desapercibido?

Angeline tosió por última vez y su mirada verde se posó en él,

haciéndolo olvidar de repente todo su enojo. Había algo de encantador en la forma en que se encontraba ahora, ahí, sentada y toda mojada. Mechones de cabello se le pegaban a la cara de igual forma que la ropa mojada se ajustaba a su cuerpo dejando entrever unas bien formadas curvas. Su respiración, agitada por el esfuerzo, hacía subir y bajar sus generosos pechos instando a la vista a pecar. Pero lo más sorprendente, era los ojos verdes. No deberían tener nada fuera de lo común, pero para él estaban más brillantes de los normal, quizás producto del efecto del sol sobre las gotas de agua que aún estaban en su cara. Se veía hermosa de una manera muy peculiar y él se encontró incapaz de apartar la vista.

¡Maldita sea! Pensó, cuando se vio preso en el hechizo. ¿Qué se suponó que le estaba pasando? Él conocía a esa muchacha desde niña, la había visto crecer. Nunca en su vida había encontrado nada fuera de lo común en su persona, ¿y ahora se veía incapaz de apartar la vista? Era absurdo, tenía que concentrarse, tenía que...Ella volvió a toser y su vista se fue irremediamente a sus boca, rosada, carnosa, húmeda. *¡Maldita sea!* volvió a jurar cuando sintió la tentación de besarla. Él no podía hacer eso, no debía hacer eso. ¡Estaba casi comprometido! Pero entonces, ¿por qué su cuerpo se estaba inclinando hacia ella sin autorización de su cerebro?

Intentó mandar aviso de retirada a sus neuromas, solo que era demasiado tarde, sus labios ya se habían juntado.

Angeline sintió el contacto de la otra boca y podía decir que había quedado menos sorprendida cuando cayó al agua. Él la estaba besando, la estaba besando y ella quería responder. El contacto de sus labios era suave, y dulce. Se movían sobre los suyos con destreza causándole un raro cosquilleo en todo el cuerpo, y ella tenía ganas de responder, ya había comenzado a responder, no podía evitarlo, era una necesidad. Correspondió al beso casi sin

ser consciente de ello y se deleitó con la dulzura de la boca de su acompañante. Se saborearon como se saboreaba los últimos trozos de un exquisito postre. Cuando él introdujo la lengua en su boca, Angeline se sintió desfallecer, y poco le importó lo extraño que le pareció. Era...era...no había palabras para describirlo, y a pesar de que nunca la habían besado, estaba segura que ningún beso podía compararse a eso. Exquisito, maravillo, mágico, ni las novelas de amor que tanto le gustaban describían con exactitud lo que ella estaba sintiendo en esos momentos. Una sensación inigualable que se extendía por su cuerpo y hacía que se olvidara de dónde estaba, de la situación en que se encontraban, y sobre todo, que el hombre que la besaba se suponía que no debería hacerlo. Nada importaba, nada tenía importancia en ese preciso instante, solo el calor exquisito que recorría su cuerpo, y empezaba concentrarse en la parte baja de su abdomen. Su piel se volvió sensible, y quiso tocarlo, quería que la tocaran. Era impúdico, inmoral, y no deseaba detenerlo.

No pudo definir con exactitud el tiempo exacto en que sus labios se mantuvieron en contacto, pero cuando él se separó, sintió como si le hubiesen arrebatado una parte importante de ella. Abrió los ojos que no se percató de haber cerrado y miró con estupefacción al hombre que la había besado. Podía decir en su defensa que él parecía tan sorprendido como ella misma, y por su cara, estaba batiéndose en alguna batalla interior.

Se miraron sin que las palabras se atrevieran a salir, y justo cuando él parecía a punto de hablar, una voz sonó a los lejos:

—Espero que haya una buena explicación para esto.

Angeline salió de su embrujo y miró hacia atrás dónde estaban Julian y Sapphire mirándolos patidifusos.

Buen momento para aparecer, pensó Angeline, pero si tuvieran el

sentido de la oportunidad, simplemente dejarían de ser Allen.

Capítulo 6.

Levantándose, Angeline se dijo que la intervención no era tan inoportuna como creía, es decir, no tenía ni la menor idea de que acababa de suceder y por ello tampoco tenía ganas de enfrentarse al asunto. Solo esperaba que su familia llegara después del beso.

—Soy una Allen —dijo como si esa sola frase bastara para explicar todo, pero al ver que su hermano arqueaba una ceja, añadió —: terminé colgada de un árbol, Elliot intentó ayudarme, y ambos terminamos en el agua.

Un hermano normal se hubiera mostrado ofendido por el solo hecho de que su hermana hubiera estado a solas con un caballero, aunque este solo hubiera intentado ayudarla; pero Julian Allen no era un hermano normal, y en vez de exigir una retribución por la ofensa, se echó a reír. La reacción podía deberse a que era consciente de que Elliot jamás se aprovecharía de ella, y Angeline también había estado segura de eso, antes del beso.

—Temo que te ha metido en un lío, Coventry —le dijo el conde intentando contener las carcajadas y fracasando miserablemente —, pero es su culpa. Ya sabe lo que dicen: *Nunca te acerques mucho a un Allen o terminarás en...*

—Problemas —concluyó Elliot levantándose. Buscó con la mirada a Angeline, que muerta de vergüenza, la evadió —. De ahora en adelante no lo olvidaré.

—No, creo que no —concordó Julian calmándose un poco porque su esposa lo estaba fulminando con la mirada—, pero ¿cómo terminaste en el árbol, Angeline?

Angeline bajó la cabeza mientras respondía.

—Bien, yo los buscaba...—Alzó la cabeza y les dirigió una mirada acusadora ante la que Sapphire se sonrojó— cuando mi sombrero salió volando. Intenté atraparlo pero quedó enganchado en el árbol, y...

—Un momento —interrumpió Elliot—, ¿estás diciendo que terminamos empapados hasta los huesos solo porque querías recuperar un sombrero? —No había que ser muy listo para notar que hacía un esfuerzo por no decir malas palabras frente a las damas.

Angeline asintió con cautela. Deducía por su tono que estaba algo molesto.

—Una dama no debe pasear sin sombrero —argumentó Sapphire percibiendo la rabia del conde e intentando aplacarla—. Causaría un escándalo.

Elliot respiró hondo en un intento por tranquilizarse.

—Por supuesto —concordó con voz forzada—. Un escándalo —dijo y luego añadió, en voz casi inaudible e irónica—: Más terrible que dejarle un ojo morado a un caballero.

Angeline lo escuchó, pero deducía que sus familiares no, ya que no mostraron su acuerdo con la afirmación.

—Bien, creo que debemos salir de aquí, mientras más pronto lleguemos a casa, menos probabilidades hay de que agarren una pulmonía —opinó Julian.

—¿Y cómo se supone que pasaremos desapercibidos? —preguntó Angeline un tanto crispada.

Julian no había terminado de analizar las opciones cuando unas leves gotas de lluvia empezaron a caer.

—Parece que el destino decidió no torturarte más por hoy —dijo alegre, viendo como las gotas se volvían más abundantes—. Si cuando venía para acá casi no quedaban personas en el parque, ahora no habrá nadie. Todos deben estar buscando la forma de regresar a sus casas o refugiarse. Créeme, pasaremos desapercibidos.

Angeline rogaba al cielo que así fuera, pues uno de ellos podía estar empapado y se cuestionaría en asunto, pero si los veían a los dos, sacarían conclusiones nada favorables. La sociedad no era como su hermano que dejaba pasar esa simple indiscreción, la sociedad la arruinaría, y la única solución sería... ¡No! Mejor no pensar en ello. Todo saldría bien.

Tal y como dijo Julian, las personas emprendían la huida. La mayor parte de estas tenían a unos lacayos que sostenía unos paraguas sobre sus cabezas, pero ellos habían llegado solos y ninguno se llevó precaución contra la lluvia, así que cuando regresaron a casa, estaban todos igual o más empapados que Angeline. Inmediatamente mandaron a preparar un baño de agua tibia, pero no fue suficiente, al menos no para Angeline, que al día siguiente amaneció resfriada.

Por suerte, su primer día en cama no resultó aburrido, pues Emerald fue a visitarla y sin importarle su estado, empezó a relatar todo lo que no le había contado en la fiesta sobre su amor. Ese era un tema que en otras ocasiones hubiera requerido toda su atención, solo que ahora, su mente estaba en otro asunto desde el día anterior y no era capaz de prestar el debido interés a lo que su amiga le decía. Solo pudo entender algo de que él era una paria, no creía en el amor, y que ella haría lo necesario para conquistarlo, pero no recordaba con exactitud los detalles de la conversación.

Cuando Emerald se fue, ella volvió a entregarse por completo a los pensamientos que la atormentaban desde el día anterior. En realidad, era un

tema específico: el beso.

Por más que sus neuronas, algo adormecidas por causa del resfriado, intentaban buscar una respuesta lógica al asunto, no la encontraba. No entendía por qué él la había besado, y tampoco lograba comprender por qué ella le había correspondido.

Se suponía que una dama no debía permitir esas libertades; y un caballero, como se lo era él, no debía tomarse esas libertades. Sin embargo, cada vez que rememoraba las sensaciones del beso que tenía gravado no solo en su cabeza, sino también en su piel, se sentía menos arrepentida por haber cometido ese acto de inmoralidad. En realidad, lo que le preocupaba no era haber roto una de las reglas del decoro, sino lo que sintió al romperla.

Angeline siempre supo, debido a la cantidad exorbitante de novelas románticas que leía, que un beso era algo especial y maravilloso si se compartía con la persona ideal, pero Elliot era algo así como un amigo, no un enamorado, ¡y estaba casi comprometido! ¡Había besado al hombre de otra mujer y había disfrutado! Al caer cuenta de eso último, se puso una almohada en su cara como si así pudiera ahogar su vergüenza.

No entendía qué le pasaba, no comprendía qué diablos sucedía o qué pasó en ese momento, pero se dijo que lo mejor sería olvidarlo. Él se casaría con lady Georgiana, no con ella; y ella no estaba enamorada de él. ¡No!, no lo estaba. Lo estuvo alguna vez, pero ya no porque eso no podía ser «No-podía-ser» se repitió varias veces para que su cerebro se hiciera a la idea y olvidara todos esos pensamientos raros que empezaba a formular. Ella era una Allen, él era un Miller; era así como la relación prohibida entre Romeo y Julieta pero sin la enemistad familiar, solo que no podían estar juntos porque dos familias tan diferentes no se podían unir, como el agua y el aceite. Él lo sabía, ella lo sabía, así que no había ningún problema. Todo seguiría aparentemente normal

—pues no creía poder volver a verlo a la cara después de eso— y ella pronto encontraría al amor de su vida y se casaría. No había nada más que decir. Lo del día anterior fue un simple beso que pronto quedaría en el olvido.

Ese día y los siguientes dos que estuvo en cama, Angeline terminó convenciéndose de esa idea y estaba segura de que el beso fue producto de un impulso humano inevitable. Estaban solos, sus prendas se ajustaban de forma indecorosa, y ella no era tan tonta como para no saber que eso provocaba a los hombres incluso más sensatos.

El cuarto día después del incidente, estaba en su cuarto leyendo una de sus novelas cuando el mayordomo le informó que lord Coventry deseaba verla.

Oh, no, pensó Angeline que sabía a qué había ido él. Quería hablar del tema que tanto le había costado olvidar. ¡Rayos! ¿No podía solo olvidarlo él también? Quizás pensaba que ella necesitaba una explicación. Sí, eso era típico de Elliot, querer resolverlo todo. Solo que Angeline tenía el presentimiento de que se terminarían enredando más.

Suspiró y pensó en decirle al mayordomo que dijera que ella no se encontraba, pero si lo conocía solo un poco, él insistiría hasta que el asunto quedara zanjado, por lo que no le quedó otra opción que bajar a recibirlo.

Conteniendo el impulso de ceder a la mala maña de comerse las uñas, decidió pensar en la mejor forma de tratar el asunto sin que resultara demasiado bochornoso para ambos, aunque lo único que quería era esconderse en su cuarto hasta que el tema se olvidara. No obstante, no lo haría. Primero, porque ella no era un cobarde, y segundo, él no le iba a permitir ese gusto.

Tomó una gran bocanada de aire y entró al salón de visitas casi rogando que Sapphire haya decidido a actuar de buena carabina y estuviera

ahí, esperándola; pero Angeline debía de haber pecado bastante en su vida, pues sus oraciones no fueron escuchadas. Elliot estaba solo, aguardándola y con expresión impaciente. Vaya familia la suya, la podían deshonorar y nadie intervendría. Su hermano quizás hasta diera saltos de alegría.

Forzando una sonrisa amable, Angeline entró en el salón.

—Buenos Días —saludó y vio como él se levantaba al verla pasar.

—Buenos días —respondió él y se pasó una mano por los negros cabellos en un gesto nervioso—. Angeline yo...

Él estaba notablemente incómodo y ella se sentía igual. ¿Por qué tenía que haber ido? Se dejó caer en uno de los divanes. No podría soportar esa situación incómoda por mucho tiempo, tenía que acabar.

—Si vienes a hablar del beso, te diré que no...es decir, yo no...

¡Diablos! Al parecer si era más difícil de lo que parecía. Ahora veía por qué estaba incómodo.

—Lo siento —terminó por decir él—, no era mi intención.

Y esa era probablemente la mentira más grande que hubiera dicho Elliot en su vida. Él no era propenso a mentir, pero eso era lo que se debería decir en casos así porque en realidad debería estar arrepentido, pero no lo estaba, no lo sentía en lo absoluto y se encontraba mal por eso. Él no debió haberla besado, su deber era comportarse como un caballero, pero no lo hizo, al contrario; y no solo eso, sino que en cierta forma había faltado a la mujer con la que tenía planeado casarse. Cometió una estupidez y necesitaba aclarar el asunto, por lo que una disculpa siempre era lo más eficaz, aunque para su desgracia, careciera de veracidad.

—Acepto tus disculpas. Todo olvidado —dijo ella y sonrió. Quería

decir más, pero dio cuenta de que esa era la mejor forma de zanjar en asunto. Tampoco estaba muy segura de qué otra cosa podía decir.

—Bien, eh...vine hace unos días y me dijeron que enfermaste.

Ella asintió.

—Un simple resfriado consecuencia del incidente.

El semblante de él demostró fastidio ante el recuerdo.

—Aún no puedo creer que terminamos en el agua por un miserable sombrero.

Angeline sonrió en disculpa.

—Era mi sombrero favorito. Además, le acaba de dejar el ojo morado a un hombre, no podía darme el lujo de que también criticaran mi desfachatez de pasear sin sombrero.

Él pareció debatirse entre la risa y la molestia que le causaba el comentario. Al final, optó por mantenerse serio y desvió el tema.

—¿Qué tanto te estaba molestando el señor Cooper para que le dejaras otro ojo morado? No creo que se hubiera atrevido a hacerte nada en pleno parque. —Había algo en su tono, quizás demasiada seriedad, que expresaba lo mucho que le interesaba la respuesta

Angeline se negó a sentirse avergonzada.

—Estaba comportándose de una manera bastante insistente y yo reaccioné sin pensar. Lo hecho, hecho está. ¿Qué han dicho las columnas de chismes?

Ella no había podido leer nada. Por algún motivo, nunca le hicieron llegar los periódicos.

Él pensó un momento en lo que sería mejor decir.

—Que al menos fue el otro ojo.

Angeline rio.

—También mencionaron que era sorprendente que una dama tuviera tan buena derecha.

—Tres hermanos mayores —explicó Angeline—. Sacan lo peor de una.

—Todo el mundo está hablando de eso ¿sabes?

Angeline soltó un suspiro dramático.

—Bien, creo que puedo irme olvidando del pase que pensaba solicitar a Almarck's

Él no pudo evitar reír.

—No tomas nada en serio —dijo y se levantó. Ella lo imitó—. Creo que después de todo, tu hermano si tendrá que tolerarte toda una vida.

—En ese caso, tú tendrías que tolerarme toda una vida como vecina, y contemplando los recientes acontecimientos, no creo que lo desees. Así que puedes unirte al coro de oraciones para que aparezca el hombre adecuado.

Él hizo una mueca de horror.

—No soy un hombre de mucha fe, pero supongo puedo hacer el intento. Todo sea por un bien mayor.

Ambos rieron y Angeline lo acompañó a la puerta donde el mayordomo esperaba con el sombrero y la capa.

—Un gusto verte, Elliot. Lamento lo del lago.

Él asintió pero volvió a fruncir el ceño ante el recuerdo. Era posible que nunca le perdonara esa. Mejor dicho, siempre la perdonaba, pero nunca lo olvidaba.

—Seguiré el consejo de tu hermano y mantendré las distancias contigo. Creo que es lo mejor —comentó y ambos sabían que no lo decía solo por el asunto del lago, sino por lo que sucedió después.

El ambiente de camaradería desapareció tan rápido como había llegado y un silencio se instaló entre ellos.

—Bien, entonces adiós, Elliot. —Fue lo único que pudo decir Angeline antes de desaparecer rápidamente por el pasillo.

Otra vez en su habitación, Angeline repasó la conversación y llegó a la conclusión que esa era la mejor decisión que podían tomar, mantener las distancias, como hasta ahora. Todavía no tenía una explicación exacta para el beso, pero sería mejor no buscarla y olvidar el asunto. Sus vidas seguirían como estaban antes de eso y problema resuelto. No tenían por qué verse ni hablarse más de lo necesario. Si se encontraban en algún lugar, un saludo con la cabeza bastaría, y lo más probable era que no lo viera hasta el día de la boda más próxima —que a este paso era la de él— en donde se darían las felicitaciones correspondientes.

La imagen de él en la iglesia dándole el sí a lady Georgiana hizo que se le formara un nudo en el estómago. No comprendía el motivo por el que no acababa de imaginarlos juntos, y ahora, después de lo sucedido, temía que menos llegaría a imaginarlos así. Pero eso era lo que pasaría y no otra cosa. Tenía que hacerse a la idea.

Sí, en definitiva, lo mejor sería mantener las distancias. No debería resultar ningún problema. No para alguien que no fuera un Allen.

Capítulo 7.

Prometo portarme bien, no ser tan mandona, no dormirme en los sermones del clérigo, ser una buena anglicana, y rezar más seguido, pero por favor, que todo ese asunto pare ya, pidió Angeline al cielo, rogando ser escuchada por Dios al menos esta vez, pues estaba claro que todas sus oraciones anteriores habían caído en saco roto, igual que cayeron sus intenciones de no ver más a Elliot y mantener las distancias.

Ella lo intentó, de verdad lo hizo, pero lady Richmore no ayudaba. Los cuatro días que siguieron fueron la prueba de que primero, el cielo conspiraba en su contra, y segundo, que la duquesa se había tomado muy en serio el papel de emparejar a dos imposibles. En esos días habían asistido exactamente a dos baile, una cena y un almuerzo, y en todos no solo se había encontrado a Elliot, sino que se había visto obligada a entablar conversaciones y hablar con él; todo porque estaba a cargo de la mayor celestina de todo Londres y puede que de toda Gran Bretaña.

De algún modo desconocido, la duquesa había conseguido fomentar encuentros entre ambos, tantos, que Angeline empezaba a temer que la gente creyera que Elliot estaba cortejando a otra casadera que no era lady Georgiana. Siempre supo que tenía que andarse con cuidado cuando descubrió aquella mirada calculadora en lady Richmore, pero nunca imaginó que sus tretas llegaran a tanto. La mujer parecía bruja, nunca se le escapaba la presencia de Elliot en un salón y tampoco se podía huir de ella, y vaya que lo habían intentado. De más estaba decir que Emerald no había sido de mucha ayuda, de hecho, no parecía estar en la realidad, sino en otro mundo. La última vez que se vieron, le mencionó en tono melancólico algo de: *Anthony no ha ido más al parque, creo que me quiere evitar,* aunque Angeline no estaba muy segura de a qué se refería pues ella estaba muy ocupada resolviendo sus

propios problemas.

Tal era su desespero que había terminado rogando a Sapphire que no la dejara a cargo de la duquesa o que si era mucho pedir, no asistieran a los mismos eventos que ella tan seguido. Sapphire, que aducía su petición al simple hecho de que la lady Richmore era demasiado insistente, accedió y esa noche en lugar de ir a la fiesta de los Norfolk, decidieron asistir al teatro a ver una representación de Shakespeare.

Drury Lane se encontraba ese día a rebosar de gente que había ido a ver el estreno de la presentación. Toda su familia, incluido sus hermanos, habían decidido asistir, aunque ciertamente no era a ver la obra.

A pesar de que la representación teatral era la atracción por la cual la gente decía asistir, la cierto era que Drury Lane era un lugar para ver y ser vistos. Si la alta sociedad iba ahí, no era observar la obra, sino para mirar a los demás, y en el caso de sus hermanos solteros, coquetear con alguna dama en algún pasillo oscuro o palco vacío. Tal era el nivel de indiscreción en Drury Lane, que los gemelos de teatro se posaban en los palcos en lugar de en el escenario. Había excepciones, claro, pero si alguien quería tener un chisme que comentar, mejor visitaba el teatro, donde la oscuridad amparaba todo tipo de actos, y no solo los de la obra.

Angeline en cambio, pertenecía a esas excepciones que iba a ver la presentación, así que se sentó en la primera fila del palco familiar con unos gemelos en mano. Mientras esperaba, decidió curiosear a quién observaba la gente. Ella no era chismosa, pero si bastante curiosa y le gustaba mirar la actitud de los otros, además, quería saber si alguien la miraba a ella como habían hecho todos esos días después de que el ojo de señor Cooper se volviera morado. Miró al palco a su derecha, el de Marlborough, por dónde justamente estaban entrando lord y lady Marlboroug junto con sus dos hijos y

nueras.

—Buenas noches, lady Marlborough —saludó Julian con una amplia sonrisa, y la mujer, que se acababa de sentar, se levantó tal cual un resorte y los miró como si estuviera viendo a un espanto.

—Vámonos —dijo a su familia—. Ahora mismo.

Sus familiares echaron una mirada de reproche a los Allen, pero ninguno reprochó la decisión de la mujer y salieron apresurados del lugar.

—Lo has hecho a propósito —reprochó Sapphire a su esposo, aunque no pudo evitar soltar una risa ahogada—. Eres malo.

En una ocasión, hacía ya varios años, sus hermanos habían asistido al teatro y en una discusión, los gemelos de teatro de Julian habían terminado volando hacia el palco de los Marlborough, y casi habían dejado sin un ojo a la mujer. Ahora, cada vez que coincidían en el lugar, huían sin disimulo.

—Pero si solo la he saludado —protestó Julian con una sonrisa inocente.

—Nunca nos perdonará aquello —respondió Richard, y empezó a buscar con sus gemelos a alguna mujer interesante.

Angeline blanqueó los ojos y fijó su vista esta vez en el palco izquierdo.

—¿De quién es? —preguntó a su familia al recordar que nunca lo había visto lleno.

Sus hermanos se encogieron de hombros en señal de desconocimiento.

En ese momento, como si quisieran darle la respuesta, se oyó el sonido de las cortinas correrse y el sitio fue ocupado por... *¡no puede ser!*, se lamentó Angeline, viendo como entraban en el estrecho lugar varias personas,

entre ellas, lady Georgiana; la madre de esta, lady Londonderry; su hermano, el vizconde de Camsay; el actual lord Londonderry y Elliot.

Por un momento deseó que el palco fuera de los Londonderry, pero en el fondo sabía que no era así, opinión que fue confirmada cuando Julian exclamó:

—¡Claro! ¿Cómo lo olvidé? Es de los Coventry, no los encontramos una vez aquí, ¿no es cierto Alexander?

Su hermano asintió.

—No lo recordaba —se encogió de hombros—. Que coincidencia, ¿no creen?

Angeline iba a tener que aumentar el número de sus oraciones en la noche. También eran vecinos de palco. ¿En serio? No bastaba con ser vecinos en el campo y en Londres, sino que sus palcos también eran colindantes. ¿Podía haber algo más inverosímil? Para ser dos familias tan diferentes, estaban demasiado juntas.

¿Por qué esas cosas nada más le pasaban a ella?

¿Qué mente maquiavélica tenía tanto interés en verla sufrir que propiciaba esos encuentros y arreglaba esas coincidencias?

—¿Sucede algo, Angeline? —preguntó Alexander—, te ves un poco... alterada.

Ella lo fulminó con la mirada. Alexander era demasiado... Alexander, imprudente como un Allen, pero en realidad sin querer serlo. De todos los Allen, era el único que intentaba mantenerse lejos de los líos, no lo lograba del todo, por supuesto, pero al menos ponía verdadero empeño en conseguirlo. Fue el que duró más años en Eton, tres para ser específicos, y fue corrido solo

porque golpeó por accidente al director con el lateral de una espada de esgrima. El delito pudo haber sido perdonado si anteriormente Richard no hubiera tirado también «accidentalmente» al mismo director por las escalares tres años atrás, o si Julian no hubiera causado una epidemia de ratones en la cocina varios años antes. Cómo Edwin fue aceptado en el colegio era algo que Angeline desconocía, aunque sospechaba que habían cambiado al director y el nuevo no estaba familiarizado con el apellido.

En resumen, ese hermano era el más tranquilo de los Allen, y de todos sus delitos solo se podía destacar aquella vez que practicaba tiro con los hijos de los vizcondes de Bearsted, y en una distracción, erró el disparo que terminó causando un agujero en el abanico que lady Bearsted tenía en la mano, y que posteriormente soltó cuando cayó desmayada por el susto.

Alexander no era malo por naturaleza, ninguno de los Allen lo era, pero vaya que hacía méritos para que quisieran matarlo; ahora por su comentario todos tenían la vista fija en ella.

Forzando una sonrisa, se obligó a decir:

—Nada. Estoy perfectamente.

Para su suerte, Julian intervino y saludó a los recién llegados.

—Buenas noches.

Todos en el palco se giraron para corresponder al saludo. Siendo lady Georgiana la primera en hacerlo.

—Buenas noches.

Angeline tenía admitir que lady Georgiana era una mujer muy hermosa. Poseía los típicos rasgos ingleses, complexión delgada, cabello rubio y ojos azules, pero carecía de la malicia la mayoría de las debutantes. Era una mujer

adorable de buenas maneras, cuya reputación era intachable, y sí tenía un pase a Almack's. Ella era todo lo que congeniaría con Elliot y pronto sería su futura esposa. La verdad era que Elliot se estaba tardando bastante en pedir su mano, y muchos no sabían el porqué.

Después de los saludos protocolares, los Londonderry se acomodaron en el palco no sin que antes Angeline notara el recelo que les causaba estar tan cerca de ellos. Todos les tenían miedo.

Elliot fue el último en saludar, y por su expresión, Angeline supo que se preguntaba lo mismo que ella: ¿qué clase de juego perverso era ese? Su expresión denotaba que le desagradaba la presencia de ella ahí, y eso causó que se sintiera ofendida. También quería evitarlo, no era como si quisiera perseguirlo.

Decidió ignorarlos. Su presencia no debía suponer ningún problema si no les prestaba atención; después de todo, serían varias las ocasiones en las que se encontrarían en público, solo había que mantener una cordial distancia, como siempre.

No obstante, a pesar de su fiera determinación, sus ojos, que parecían seguir indicaciones ajenas a las de su cerebro, se desviaban constantemente hacia el palco izquierdo, siendo lo más sorprendente que en más de una ocasión sus miradas se encontraron. Ella de verdad intentó ignorarlos, pero no pudo evitar seguir desviando la vista, era un impulso que la sobrepasaba, una necesidad extraña, como si no pudiera estar en paz si no lo observaba. Al final ni siquiera le prestó atención a la obra. A veces veía como lady Georgiana le preguntaba algo a Elliot, pero él respondía de forma ausente, sus ojos, siempre volviendo a los de ella. ¿En qué clase de embrujo estaban envueltos? ¿Qué tipo de hechizo rondaba a su alrededor para que hicieran lo prohibido? No lo sabía, lo único que sabía era que al final del primer acto, Angeline quería

regresarse a su casa.

Ya que nunca se enfermaba, inventar un mal de cabeza o algo por el estilo para regresar despertaría sospechas; por lo que no le quedaba otra opción que quedarse en la obra hasta el final.

—Alexander, acompáñame por una bebida, por favor —pidió sintiendo la necesidad de alejarse un poco del ambiente.

—Pero le acabas de decir a Julian que no querías nada —protestó su hermano.

—Alexander...

Él resopló como si no pudiera comprender, y achacando su comportamiento a una de las extrañas procedencias de la mente femenina, la acompañó.

Su hermano y su cuñada habían salido poco antes por unas bebidas y ella había rehusado a acompañarlos, pero después lo había pensado mejor. Richard ya había salido a encontrarse con quién sea que hubiera intercambiado miradas durante la obra, y solo le quedaba Alexander para hacer de compañía.

Salieron del parco y se internaron por los oscuros pasillos del teatro con dirección al lugar dónde estaban servidos los refrigerios.

La pequeña estancia estaba llena de gente que conversaba en grupos. Angeline pudo identificar a su hermano y a su cuñada más allá hablando con unos amigos. De Richard no había señales, y Alexander, como buen hermano, la acompañó a servirse una limonada.

Cuando iba a tomar el cucharón para servirse de la bebida, una mano rozó la suya. No lo había visto, pero ella reconoció de inmediato el contacto.

Sí, definitivamente había una mente maquiavélica detrás de todo ese asunto.

Con una media sonrisa, Angeline agradeció a Elliot que le hubiera servido la limonada. Él no se veía tan disgustado ahora, de hecho, parecía haberse resignado a verla en todos lados.

—¿Disfrutas de la obra? —preguntó él con cortesía.

—Sí. Está bastante interesante —respondió aunque no recordaba ni el nombre.

Él asintió en conformidad. Al parecer, ninguno de los dos parecía haber prestado suficiente atención para darse cuenta de que la obra era una comedia, y el apelativo «interesante» no era el mejor calificativo.

Se miraron en silencio y simultáneamente tomaron un sorbo de la limonada como si de esa forma se pudiera rellenar el silencio y atenuar la incomodidad del momento. Angeline pensó que una despedida sería buena idea, pero por algún extraño motivo, su boca se negó a formularla por lo que esperó a que él lo hiciera. Esperó en vano, pues al parecer, ambos labios habían decidido extender ese momento todo posible guardando silencio y negándose a obedecer lo que la parte racional del cerebro ordenaba a gritos.

El tiempo que estuvieron solo conectados por miradas fue indefinido, y si no fuera porque se percataron de que las personas empezaban a salir, es probable que jamás hubieran salido del embrujo.

—Será mejor regresar si no queremos perdernos la obra —murmuró ella viendo que ya casi no había nadie en el pequeño salón. ¿Cuándo se habían ido todos? Buscó con la vista a su hermano y lo encontró saliendo con una viuda del lugar.

¡Diablos! Masculló Angeline en su interior, mientras observaba como se alejaban demasiado rápido para detenerlos. ¿Con qué clase de hermanos

contaba ella? Con los solteros, no, eso estaba claro. Los casados eran mejores, y apenas pensó en ello, buscó a Julian y a Sapphire con la mirada, solo para darse cuenta de que ya se habían ido.

Genial.

Vio que Elliot recién emprendía el camino de regreso y decidió irse con él. Total, no es como si fueran a estar solos o algo parecido. Los pasillos debían estar a rebosar de gente y la situación no tenía por qué ser comprometida. ¿Qué era lo peor que podía pasar?

—Hola, de nuevo —saludó Angeline cuando lo alcanzó.

Él arqueó una ceja.

—Tengo muy malos acompañantes —explicó ella—. Me han dejado sola.

Él rió.

—Ya veo.

Sus palcos se encontraban en la tercera fila por lo que subieron un corto tramo de escaleras para poder llegar a los pasillos que los conducirían a ellos. Para su desgracia, esos pasillos estaban completamente solos. ¿En serio? ¿Ya todos los de esa fila habían entrado a su palco? ¿Eran los únicos rezagados? Eso era lo que pasaba cuando un Allen se preguntaba qué era lo peor que podía pasar.

Ya que no estaban haciendo nada malo, Angeline se negó a acelerar el paso; en cambio, sacó conversación.

—No entiendo como Alexander ha sido capaz de dejarme abandonada —se quejó—, pero claro, es hombre, y los hombres tienen la manía de preferir ir tras mujeres extrañas que cuidar de su propia familia. Tú que eres hombre,

¿me puedes aclarar por qué?

Él soltó un sonido parecido al que se hace cuando alguien se atraganta con la saliva. Ella contuvo una risa. Oh, no era tan ingenua como para no saber por qué, bueno, al menos sabía algo del porqué, pero era divertido ver como él parecía incómodo.

—Se supone que esos no son temas de conversación que se tengan con señoritas —respondió esquivo.

Angeline rio.

—Debí suponer que me responderías con algo así. Que aburrido, Elliot.

Él blanqueó los ojos como si ya estuviera cansado de la frase.

—Si te parezco tan aburrido, bien puedes dejar de hablarme o juntarte conmigo.

Eso era lo que había intentado hacer en los últimos cinco días, solo que el destino había decidido hacer las cosas a su manera.

—Y que gruñón —añadió.

Ya que el intento de evitarse fracasaba por más que lo intentaran, Angeline no veía por qué seguir insistiendo. Además, solo había sido un beso, tal vez habían exagerado la situación, ¿cierto?

Caminaron unos pasos más en silencio, sus palcos casi al final del pasillo aún no se hacían ver, por lo que tenían un poco más de tiempo para conversar. La lengua de Angeline aprovechó para soltar la pregunta que llevaba formulándose desde hacía tiempo, pero que su cerebro se había negado en rotundo a hacer.

—¿Por qué no has pedido la mano de lady Georgiana?

Elliot se detuvo en seco ante la pregunta. ¿Habría escuchado mal?, ¿o ella en verdad había cometido la indiscreción de preguntar eso? Para confirmarle que no estaba bien dotada de sentido común, ella siguió:

—Todo el mundo espera que se comprometan pronto y creen que estás tardando mucho. Creo que lady Georgiana piensa que estás tardando mucho.

Ese tipo de comentarios, al igual que el anterior sobre los hombres, solo los podía esperar de alguien como Angeline Allen; cuya brutal sinceridad dejaría muchos con la boca abierta, pero que a él le parecía un rasgo notable; después de todo, ¿dónde se conseguía a alguien así? Eran una entre cada cien...no, entre cada mil.

—No tengo por qué responder eso.

En realidad, él no hubiera tenido problema en responder si hubiera tenido una respuesta concreta, cosa que no tenía, pues lo cierto era que desconocía el motivo por el que no había pedido la mano de la mujer que venía cortejando desde la temporada anterior. Ya era hora de una propuesta formal, la familia de la novia lo esperaba, todos lo esperaban. No era el único que la cortejaba, pero sí uno de los que podía ser tomado más en consideración. Debería haber formulado esa propuesta ya, pero no la había hecho porque...no sabía por qué. No se sentía seguro, eso era todo, solo desconocía el motivo de esa inseguridad que no había hecho más que afianzarse después de aquel beso...

Elliot tenía todo un lío en la cabeza y muchas batallas interiores que parecían no tener fin. No sabía cuanto tardaría en volverse loco; y todo por culpa indirecta de la mujer que tenía al lado. Había tenido la fiel determinación de evitarla, y hubiera tenido éxito si el destino no hubiera tenido otros desconocidos y macabros planes.

—Sabes qué creo —dijo Angeline atreviéndose a dar voz a sus más profundos pensamientos, aun cuando sabía que no era de su incumbencia el asunto—, que no te quieres casar con ella —confesó en voz baja, mirándolo a los ojos.

El valor para decir ese pensamiento había venido de un lugar desconocido. Sabía que había sido muy atrevido, pero no pudo contenerse. ¿Qué otro motivo había para que no formalizara el compromiso que todos esperaban? Emerald solía decir que los hombres eran «lentos de entendimiento» pero Elliot no era de esos hombres. Él era una persona centrada. Cuando estaba seguro de algo, no dudaba en llevarlo a cabo, por lo que el motivo de su tardanza solo podía resumirse en una inseguridad hacia ese compromiso.

Siendo sincera con ella misma, Angeline seguía sin poder convencerse de que hicieran buena pareja. Se decía que tenían todo en común, pero su terco cerebro se negaba a comprenderlo y se empeñaba en dudar de lo beneficiosa que podía ser la alianza. Y no solo eso, sino que ahora quería hacerlo dudar a él.

Elliot abrió la boca para replicar a su afirmación, pero la volvió a cerrar al no tener argumentos válidos. Eso podía definir exactamente lo que según él era «inseguridad» y lo hubiera admitido si no hubiera significado tener que explicarse a sí mismo los motivos; por lo que prefirió negar la veracidad de la afirmación y convencerse de que todo solo era una indecisión momentánea. Esa misma inseguridad que sufrían todos los hombres cuando estaban a punto de echarse la soga al cuello; incluso los hombres seguros como él podían padecerla.

—No es eso, es solo que...

¿Qué se suponía que iba a decir ahora? No debió ni haber hablado.

—Eso es lo que sucede —continuó Angeline como si estuviera a punto de tratar un tema del cual tenía la plena convicción de estar en lo correcto—, al ver el matrimonio como una conveniencia o una obligación en lugar de por amor. Cuando uno está enamorado, este tipo de dudas no existe, en cambio, cuando es solo por conveniencia...

Elliot no podía creer que estuviera recibiendo un sermón sobre el asunto.

—Yo sé que esto no es de mi incumbencia —siguió Angeline—, pero creo que es la respuesta al por qué no te quieres casar.

—Yo si me quiero casar —protestó él.

—Pero no con ella. Tienes que hacerlo con la mujer que ames.

—¿Y cuál sería esa mujer?

—No lo sé. Eso tendrías que descubrirlo tú. Tal vez todavía no la hayas encontrado.

Elliot negó con la cabeza.

—No soy fiel creyente del amor.

—Ningún hombre lo es —masculló ella en el tono de alguien que no comprendía el asunto—, pero apenas se enamoran cambian de opinión. Lo que sucede es que son lentos de entendimiento.

La cara de Elliot demostraba que se había perdido en algún punto de la conversación.

—Mira, Angeline, creo que...—No pudo continuar porque en ese momento se escucharon unas voces que se dirigían hacia ellos.

Solo entonces parecieron ser conscientes de que estaban

completamente solos, parados en medio del pasillo muy cerca el uno del otro. Si hubiera habido más personas, quizás no hubiera habido problemas, pero estaban solos y eso solo significaba...problemas.

Actuando rápido Elliot abrió un poco el palco frente al que se encontraban, y la arrastró dentro apenas comprobó que estaba vacío. Se escondieron de la vista de curiosos detrás de la cortina.

Pegados a la pared, contaron los pasos y esperaron a que estos pasaran de largo, pero no sucedió. Los pasos detuvieron frente al palco y en un momento las cortinas se abrieron un poco para dejar pasar a los dueños que se sentaron cómodamente en las sillas, mientras ellos estaban ahí, pegados a la pared trasera del palco, ocultos bajo una cortina y preguntándose si sería posible salir sin ser vistos o la mala suerte llegaría hasta el punto de ser encontrados en esa situación más comprometedora que la anterior.

Angeline contuvo las ganas de soltar un grito de exasperación.

¿Podía algo salirles peor?

Mejor no preguntar.

Capítulo 8.

Estaban muy juntos, tanto que ella sentía la respiración de él en su cuello. Definitivamente esas cosas solo le pasaban a ella. Estar ocultada detrás de la cortina de un palco, con la espalda íntimamente pegada al hombre más correcto de Londres, que no debería estar en esa situación, solo podía sucederle a ella y a los que tuvieran el poco sentido común de acercársele demasiado. Podía afirmar, sin temor a equivocarse, que después de eso Elliot no se le volvería a acercar en su vida. Hasta ser descubiertos solos en medio del pasillo hubiera resultado menos comprometedor que la posibilidad de ser encontrados ahí, escondiéndose como si de unos ladrones se tratara.

Girando un poco su cabeza, interrogó con la mirada a Elliot esperando fervientemente que él supiera como salir de esa situación. Él hizo un gesto hacia un lado haciéndole saber que intentarían rodarse hasta salir de forma inadvertida del lugar.

Angeline asintió, y ambos habían dado solo un paso lateral cuando una voz se oyó en el palco:

—¿Han escuchado eso?

Esa era la voz de lady Caroline, la hija los Latimer; que al parecer tenía el oído lo suficientemente agudo para haber escuchado el apenas audible sonido que causaron las botas de Elliot al deslizarse. Puede que tuviera algo que ver que lady Caroline era una chismosa empedernida, y era bien sabido que no había nadie con mejor oído que a una persona a la que le gusta el chisme.

Angeline sintió a Elliot ponerse tenso y pidió al cielo un poco de clemencia.

—Yo no escucho nada —manifestó una voz que reconoció como la de

la señora Brown, prima de lady Latimer—. Hace poco también afirmaste ver a alguien en el pasillo, y no había nadie.

Angeline también se tensó. No lo veía, pero Elliot debía tener la cara de alguien que pregunta al cielo por qué le sucedían esas cosas a ellos.

—Sí había alguien. Solo que no puedo decir quienes eran. Yo creo que era una pareja de enamorados viéndose en secreto y se ocultaron cuando nos oyeron.

Ella solo esperaba que no se pusieran a analizar los posibles escondites, porque de ser así estarían en un grave problema, más que ese, por supuesto.

—Oh, los jóvenes de ahora —se escuchó decir en forma de lamento a lady Latimer—, no sé qué les está pasando, ni a dónde iremos a parar si las cosas siguen así. Ya no hay respeto por las reglas del decoro, ni temor al pecado.

—Estoy de acuerdo contigo, querida prima —apoyó la señorita Brown—. Vamos de mal en peor. Los jóvenes han perdido cada rastro de decencia y las mujeres ya no saben el significado de ser una dama. Díganme esa muchacha, lady Angeline Allen; todo el mundo ya sabe que le dejó el ojo morado al pobre señor Cooper; como si no hubiera bastado con la desfachatez que tuvo la primera vez. Esa joven no sabe como comportarse y no me sorprendería que se quedara soltera toda la vida.

Angeline dejó caer su mandíbula. ¡Viejas brujas! ¿A ellas qué les interesaba su vida? El asunto no le hubiera importado tanto si no hubieran tocado su mayor miedo: quedarse soltera. Pero claro, las víboras de la alta sociedad no podían dejar de esparcir veneno.

—Ella y la hermana, prima, ella y la hermana —aseguró lady Latimer

—. Ese pequeña fenómeno de Clarice Allen será todo un peligro para sociedad y para lo que representan las buenas maneras; te acordarás de mí cuándo suceda. No sabes, hace unos meses coincidimos con los Allen en una posada de camino a Londres, y mi pequeña Marietta se encontró con ella. Entablaron una conversación y la muchacha le aseguró a mi hija que las mujeres eran iguales o mejores a los hombres. ¿Puedes creerlo? Mi pequeña, por supuesto le afirmó que con esos pensamientos se quedaría soltera y ¿sabes qué le respondió?, que mejor soltera a propiedad de un hombre.

La obra ya había comenzado pero Angeline pudo escuchar con claridad los jadeos horrorizados de las damas.

—También dijo que ella le iba a demostrar al mundo que podían ser iguales y que pensaba aprender esgrima, tiro y caza. Demás está decir que le advertí a mi pequeña que se alejara de ese pequeño demonio —continuó la mujer y si Angeline no salió a decirle unas cuantas verdades, fue porque Elliot predijo sus intenciones y la apretó contra sí.

Se distrajo un momento con el contacto. De pronto, fue demasiado consciente lo íntimos que se encontraban. Ella con la espalda pegada al cuerpo de él. Sentía su calor, su energía, y a Elliot no le era tampoco indiferente. De hecho, la tenía demasiado presente.

—Que horror, que horror —masculló la señora Brown—. No entiendo qué está pasando con esta generación. Primero, aquella víbora de Topacio Louthy, y luego las Allen...

A Sapphire no le agradaría nada saber que hablaban así de su prima, aunque ella no se lo podía decir, pues también tendría que contarle las circunstancia en que lo escuchó.

—No me recuerdes a Topacio Louthy, o Hawking, como sea. No

entiendo como una arpía como esa pudo cazar a un duque. De alguna mala maña debe de haberse valido; pues si ella pudo cazar a un duque, mi adorada Carolina podría atrapar a un príncipe, ¿no es cierto, linda?

—Por supuesto, madre.

Considerando que lady Caroline era más fea que el hambre, Angeline lo dudaba.

Respirando hondo, se dijo que tenía que tranquilizarse. Una cosa era que se metieran con ella, y otra muy distinta que se metieran con su familia y con las ex Louthy que eran como parte de ella. Sabía que a Topacio le resbalarían ese tipo de comentarios, y muy posiblemente a su hermana también; oh, pero eso no disminuía las ganas decirles unas cuantas verdades. Nadie llamaba a su hermana fenómeno al menos que fuera ella.

Centrándose en el asunto, le hizo una seña a Elliot para que intentaran salir ahora que las mujeres estaban tan distraídas hablando mal de la gente. Poco a poco, fueron dando pasos laterales a medida que escuchaban la conversación.

—Pero no hablemos solo de la duquesa de Rutland. Todas las Louthy en general, creo que ninguna se salva. La más pequeña quizás, pero no hay que dar nada por sentado. Ya ven, Sapphire Louthy se decía sensata y terminó casada con un Allen. Nada más y nada menos que fugándose a Gretna Green. No se puede dar nada por supuesto —dijo la Sra. Brown.

Estaban a punto de salir pero dado que el tema había girado a su cuñada y a su mejor amiga, Angeline podía decir que le interesaba el asunto. Vio que Elliot hacía un gesto de fastidio, pero lo ignoró.

—Yo en verdad espero que esta niña se case bien, y se comporte como se debe. Diría mucho de la educación que les proporcionó la duquesa de

Richmod si todas van de escándalo en escándalo.

¿Ahora también se metían con la duquesa de Richmore? No perdonaban una esas viejas arpías. Angeline quiso espetarles que la duquesa y las Louthy tenían más educación que ellas. Lamentablemente, Elliot predijo sus intenciones y la detuvo. Su agarre produjo un agradable calor por el cuerpo de la joven.

—Admito que la Srta. Emerald Louthy es todo un encanto de persona, y hasta ahora ha demostrado tener la sensatez y el sentido común del que carecen las demás. Merece un hombre igual de intachable. Opino que haría buena pareja con lord Coventry —manifestó la Sra. Brown.

¡¿Qué?! Angeline no podía creer eso, y por la cara de Elliot, él tampoco.

—Pero que tonterías dices, prima —dijo ofendida lady Latimer—. Lord Coventry sería la pareja ideal para mi querida Caroline. Complementarían a la perfección.

La cara de horror de Elliot hizo que se olvidara de toda la rabia y tuviera que morderse el labio para no reír. Él inmediatamente la sacó de ahí después de verificar que no hubiera nadie en el pasillo. Cuando iban ya llegando a sus palcos, dijo:

—No me volveré a acercar a ti jamás. Eres un problema andante.

Angeline rió.

—Oh, pobre Elliot —dijo entre risas—. ¿Ahora crees lo del apellido?

Él negó con la cabeza.

—No. Pero sí creo en que tienes mala suerte y es contagiosa.

—Al menos ya sabes que complementarías perfectamente con lady

Caroline —se burló—. Tómalo en cuenta por si reconsideras lo de lady Georgiana —le dijo y se escabulló a su palco antes de que él pudiera replicar.

—¿Dónde has estado? —preguntó Sapphire viéndola entrar—. Te has perdido medio acto.

—Alexander me dejó sola, y de regreso me he perdido —explicó de manera convincente.

Sapphire arrugó el entrecejo, pero la experiencia debió de dejarle claro tanto a ella como a Julian que era mejor no preguntar por ciertas cosas.

Elliot entró en el palco cinco minutos después de que lo hiciera Angeline para no levantar sospechas, y dio una explicación inverosímil a su próxima familia política para justificar su ausencia

No podía creer lo que acababa de suceder ni lo cerca que estuvo de verse involucrado en un gran escándalo. Si le quedaba alguna duda de que esa muchacha traía problemas, ya estaba más que disipada y lo mejor sería mantenerse alejado de ella...no, rogar al destino que lo mantuviera alejado de ella, pues estaba claro que sus intentos no habían funcionado.

Su padre debía estar revolcándose en la tumba al ver lo cerca que había estado su heredero en dos ocasiones de verse preso de un escándalo. Ningún Miller había en dos siglos ensuciado el apellido con un acto incorrecto y él no iba a ser la excepción, por lo que tenía que asegurarse de mantener las distancias aunque le resultara complicado; no tanto porque la duquesa de Richmore le hubiera echado el ojo, que eso estaba más que claro, sino porque cada vez que estaba cerca de ella se sentía...sentía una extraña atracción, no solo física, que eso ya era lo bastante malo y peligroso, sino algo más fuerte a lo que no se atrevía a ponerle nombre. Era una atracción invisible que giraba en torno a ella y lo instaba a quedarse a su lado, a disfrutar de sus

conversaciones, a relajarse en su presencia y olvidarse de que se encontraba con un problema andante como compañía. Olvidaba los riesgos, y se quedaba junto a ella en situaciones en las que jamás se quedaría junto a alguien. Por ejemplo, un caballero jamás se queda a solas con una dama en medio de un pasillo desierto. Podía achacar la situación de camaradería a la amistad que los unía desde hacía años, pero sería mentirse a sí mismo porque sabía que no era así.

No entendía qué le pasaba ni tenía muchas ganas de averiguarlo, solo deseaba acabar con eso. Fuera lo que fuera que sucediera entre ambos era prohibido y debía acabar a ahora. No importa que el tenerla tan cerca cuando estuvieron ocultos le hubiera revivido las insistentes ganas de besarla que se habían apoderado de él en el parque. Su olor a rosas había propiciado unas casi irrefrenables ganas de tocar su piel, de acariciarla... ¡Maldición! Todo se estaba complicando. Angeline Allen ya no era la niña que recordaba, lo había descubierto cuando la encontró aquella vez en un árbol, y lo confirmaba ahora. Era una mujer, tal vez no la más hermosas de todas, pero sí una con la capacidad de causar un mar de pensamientos incorrectos en su mente y volver esta todo una lío.

Pienso que no quieres casarte con ella, le había dicho Angeline con respecto a lady Georgiana y en el fondo, muy en el fondo, sabía que tenía razón. Lo peor de todo era que no entendía el motivo. Hacía unos meses era la mujer ideal, pero ahora... todo el ánimo había desaparecido. Quizás era que llevaba demasiado tiempo cortejándola. Debía pedir su mano, y debía hacerlo ya. Ella lo esperaba, todos los esperaban, y esa era quizás la mejor solución si no quería terminar en un posible e irremediable problema, si es que no lo estaba ya.

Cuando Angeline llegó a la casa, era alrededor de la una de la mañana,

pero una vez estuvo en su cama, no pudo dormir.

Imágenes de la complicada situación en la que estuvieron a punto de encontrarlos bailaban en su mente, y los recuerdos le producían rabia, risa y consternación.

Rabia, por la estúpida conversación de lady Latirmer y su prima. Risa, por la cara de Elliot cuando salieron, y consternación por la conversación que habían tenido antes.

Angeline no sabía lo que le había impulsado a decir que él no quería casarse con lady Georgiana ni tampoco tenía mucha idea de porqué le había dado todo ese sermón sobre casarse por amor. No era de su incumbencia lo que él hiciese con su vida y aun así no pudo evitar que las palabras aflorasen a su boca y lo intentase convencer de que pensase bien las cosas.

Si fuera una persona con tendencia a mentirse a sí misma, se hubiera dicho que solo lo hacía porque lo apreciaba y quería verlo feliz, pero siendo sinceros, lo había hecho porque no lo veía con lady Georgiana por motivos que aún desconocía. Trato de imaginar con que otra dama podría hacer buena pareja, pero a todas las terminó descartando. Dicha fuera la verdad, no lo veía con ninguna y eso era preocupante.

La cabeza le dolía de tanto analizar la situación y la verdad era que en el fondo temía hallar la respuesta. Había leído miles de novelas de romances y la teorías que se estaban formando en su cabeza o bien podían ser producto de una imaginación descabellada, o bien podían ser ciertas y esta última podía resultar más peligrosa; por lo en es este caso en específico, si prefería engañarse a sí misma y pensar en que había una razón completamente lógica que explicaría todo eso.

Ella lo que tenía que hacer era seguir en la búsqueda del amor de su

vida; que por su bien, todavía no había aparecido y esperaba ser encontrado. Sí, eso era lo que tenía que hacer, eso y convencer a la duquesa de que no intentara emparejarlos más. Aunque lo veía difícil. Rowena Armit parecía tener la firme convicción de saber quien era bueno para cada quién y no descansar hasta conseguir su objetivo. Pero al menos tenía que intentarlo.

Acomodando su almohada, decidió ser positiva y creer que todo ese conflicto interno estaba por resolverse. Pronto se casaría, cambiaría de apellido, y con suerte, desaparecerían los problemas.

Capítulo 9.

La velada de lady Aisal era una de las más esperadas de la temporada. La anfitriona era conocida por prestar una de las mejores fiestas, con excelentes músicos, buenas bebidas y unos exquisitos entremeses. Su salón de baile era muy amplio, envidiado por matronas de prestigio. Aunque tenía para albergar a muchas personas, solo invitaba a aquellas cuyos títulos eran altos o sus reputaciones intachables. ¿Por qué los Allen estaban invitados? Lady Richmore era una buena influencia.

No obstante, si la duquesa se enteraba de que la estaba distrayendo a propósito para que Emerald pudiera hablar con su amor, dudaba que mostrara tan buena disposición la próxima vez.

En el período entre el teatro y la velada, Emerald y ella se habían puesto al día, y Angeline, que esta vez sí prestó atención, descubrió que su amiga se había enamorado nada más y nada menos que de la peor paria de la sociedad londinense. No era que le extrañase, era una Louthy, y como ya todos sabían, su fama rivalizaba con la de los Allen. Si una Louthy no cometía alguna locura o insensatez en su vida, simplemente no era una Louthy. El hecho era que Emerald estaba decidida a conquistarlo, pero no contaba con la aprobación de la duquesa, por lo que Angeline se dio a la firme tarea de ayudarla; y ahora, ella distraía a la lady Richmore con lo primero que se le venía a la mente para que no fuera a detener a la pareja de enamorados que en ese momento se dirigían a la pista de baile.

—No entiendo por qué no me atrae ningún caballero —manifestó Angeline, utilizando el tema que sabía que le encantaba a la duquesa: el matrimonio—, yo de verdad me quiero casar, pero no encuentro al ideal. Pensé que quizás usted no me haya presentado a todos los solteros disponibles. No sé, quizás alguien que no aparezca mucho en sociedad, o...

lady Richmore ¿me está escuchando?

Angeline sabía que no la escuchaba. Lady Richmore tenía la vista fija en la pista de baile, buscaba con sus hábiles ojos a la pupila que se le quería revelar.

—¡Están bailando el vals muy juntos! —exclamó horrorizada—. Oh, esto será un escándalo.

Angeline echó un vistazo a la pareja, pero luego volvió a reclamar la atención de la duquesa.

—Lady Richmore —lloriqueó esperando llamar su atención. Funcionó. Pensó que tendría que repetir sus quejas, y se sorprendió al ver que la mujer sí la había escuchado.

—Sí, sí. Ya te he presentado a todos, y también te he dicho que el más indicado es lord Coventry. No me mires así —le advirtió al ver la mueca que hizo Angeline—, es el hombre ideal, ya verás, es más —dijo, localizando al conde más adelante suyo—, ven, lo saludaremos y conseguiremos un baile.

—¡No! —se negó Angeline de inmediato. No de nuevo, por favor—. Yo...tengo que ir al servicio de damas. Sí, creo que está a punto de soltárseme una horquilla y necesito arreglarlo —dicho eso, se fue. Emerald podía arreglárselas sola.

Mientras Angeline huía en dirección a lo que se suponía era el servicio de damas, se dijo que convencer a la duquesa de que ellos no podían estar juntos sería como convencer al sol de que no salga cada mañana. Imposible.

Se detuvo a mitad del pasillo y respiró hondo. ¿Por qué de repente el hecho de que no pudieran estar juntos parecía deprimirla? Ella no estaba enamorada de él, no se sentía atraída por él...Está bien, sí, se sentía atraída por él, pero no estaba enamorada. Solo una ilusa se enamoraría de un

imposible y aunque los amores imposibles predominaban en las novelas y eran sus favoritos, en la vida real no podían darse ese lujo, ellos no congeniarían. ¿Por qué no podía entenderlo?

Se dio media vuelta, había decidido regresar a la fiesta. Lo que menos deseaba era encontrarse con damas chismosas en el servicio, que estarían desprestigiando sin piedad a alguna joven inocente que hubiera cometido algún error. Incluso puede que estuvieran hablando de ella.

Había dado exactamente dos pasos cuando una persona indeseada se interpuso en su camino. Otra vez.

—Buenas noches, lady Angeline.

Angeline gruñó.

—¿Qué usted no se cansa de fastidiar?

Hacía tiempo que Angeline había perdido la paciencia con ese hombre, que por cierto, todavía tenía el ojo un tanto morado. *Gracias, Richard, por las clases de boxeo.* Vio el pasillo vacío y suspiró. Esperaba no tener que volver a poner en práctica. Una cosa era encontrarse con él cuando había gente que podía llegar en su auxilio, y otra era estar sola en medio pasillo. Eso podía suponerle muchos problemas.

—¿Fastidiar? ¿Me considera usted fastidioso, lady Angeline? —Su voz era burlona y arrastraba las palabras, por lo que Angeline dedujo que estaba un poco borracho. Sí, lo mejor sería salir de ahí.

Sin decir palabra, Angeline pasó a su lado y se encaminó en dirección al salón. Un movimiento brusco la tomó por sorpresa, el hombre la agarró del brazo y la acorraló contra su cuerpo, impidiéndole movimiento alguno. Luego, la arrastró y pegó su cuerpo a la pared.

—Suélteme —masculló Angeline, intentaba que el miedo no se reflejara en su voz. En esa posición no podía golpearlo, sus brazos estaban aprisionados, tampoco darle una patada. El hombre debió haber previsto todo, porque la tenía acorralada de tal forma que no podía mover ningún miembro. Oh, Dios mío, estaba en problemas—. Si me llega a hacer algo, mis hermanos lo matarán.

Eso tiene que servir de algo, pensó Angeline. Nadie osaría a meterse con una dama que tenía bastante progenie masculina que defendiera su integridad, ¿cierto? Por supuesto, debió esperar que los borrachos como el señor Cooper no tenían capacidad de razonar, porque el hombre solo rio.

—No, ¿sabes que harán?, te obligarán a casarte conmigo cuando alguien pase por aquí y nos vea juntos. Eso es lo que sucederá. Entonces, podré cobrarme todas y cada una de las humillaciones de las que me has hecho partícipe.

Un sudor frío amenazó con recorrer su sien a la vez que su vista se posaba al final del pasillo, donde estaba el servicio de damas. En cualquier momento alguien podría salir de ahí y verlos, o dirigirse hacia allí y encontrarlos, entonces, la situación se tornaría grave.

No es que temiera un matrimonio con ese hombre. Tenía la seguridad de que Julian jamás la casaría con alguien así, y primero lo mataba en un duelo antes de darle su mano, pero si había algún testigo de la situación, su reputación se vería irremediablemente arruinada fuera o no ella una víctima.

Con furiosa determinación, empezó a debatirse para salir de su agarre e incluso consideró la posibilidad de pedir ayuda. El problema era que si lo hacía, aún quedaba la posibilidad de que nadie la creyera una víctima y el hombre se saliera, en parte, con la suya.

—Suélteme, bastardo. Le juro que me las pagará.

El hombre solo rio. Angeline juró que si salía de esa situación, el cobarde se las pagaría, así tuviera que pedirle a su cuñada unas clases de tiro.

—Sabes, nunca entendí la obsesión que me causaste. No eres hermosa, sin embargo, tienes una atracción extraña. Puede que sea ese carácter fuerte y autoritario, insta a los hombres más primitivos a querer dominarlo.

El desgraciado bajó la cabeza dispuesto a plantarle un beso, pero Angeline lo esquivó. Él siguió insistiendo, y lo hubiera conseguido si de repente una fuerza desconocida no hubiera quitado su peso encima de ella. El cuerpo del hombre terminó siendo golpeado contra la pared del pasillo.

Antes de que este pudiera reconocer si quiera qué había pasado, la figura de su salvador le insertó un puñetazo en la barbilla que llevó a su cabeza hacia atrás, consiguiendo que se golpeará de nuevo con la pared y esta vez quedara inconsciente.

Angeline respiró aliviada, aunque la cara de Elliot, que expresaba una gran furia, llegó a asustarla. Nunca lo había visto perder el control de esa manera. Siempre había sido tranquilo, con sus emociones bajo control.

Elliot respiró hondo como si intentase controlar su rabia, luego la miró. Sus ojos negros examinaron cada rincón de su cuerpo sin pudor, buscaba alguna señal de daño físico.

—¿Estás bien? —preguntó y ella solo atinó a asentir, confusa como estaba por todo lo sucedido.

La había salvado. Gracias a Dios, aunque ahora, parecía que tenían un problema más por delante; pues no solo seguían parados a mitad del pasillo por donde podía aparecer cualquiera, sino que el cuerpo del señor Cooper no reaccionaba.

—Dios. ¿Estará muerto? —indagó Angeline, dramática, haciendo intento de acercarse al cuerpo del hombre, pero Elliot la detuvo.

—No está muerto, solo inconsciente —espetó Elliot mirando con desprecio al hombre.

Unas risas provenientes del final del pasillo les indicaron que pronto tendrían compañía.

—Tenemos que ocultarnos —manifestó él. Agarró los brazos del señor Cooper y empezó a arrastrarlo hacia un pasillo a su izquierda. Por suerte, el hombre era de complexión delgada.

Angeline lo siguió.

Las voces aumentaron de volumen, y pasado unos segundos, volvieron a disminuir indicándoles que se habían librado de esa. Ahora solo había que pensar qué hacer con el hombre.

—¿Qué haremos? —preguntó Angeline—. ¿Lo tiramos por el balcón más cercano y lo hacemos parecer un accidente? Estaba algo borracho, creo que puede funcionar.

Elliot miró el cuerpo del hombre con desprecio. Incluso pareció considerar la propuesta.

—No sería mala idea. Lamentablemente, no creo que pueda cargar con un muerto en mi conciencia. Hay que pensar en otra cosa.

—No creo que te haya visto bien la cara —dijo Angeline, analizando el asunto—podemos dejarlo aquí y que vuelva a la fiesta cuando despierte. No se atreverá a acusarme de algo sabiendo que quedará mal parado.

Elliot pensó un momento el asunto.

—No sé. Quizás tengas razón. El golpe en la cabeza y la borrachera

puede que le hagan incluso olvidarse de cómo llegó aquí. De todas formas, pienso que tus hermanos se encargarán de resolver cualquier problema que se presente.

Angeline detuvo en seco su avance hacia el pasillo.

—¿Se lo vas a decir?

—Por supuesto que se los voy a decir. No pensarás que puedes dejarlos en la ignorancia con un loco tras de ti.

—Es que lo van a matar —protestó Angeline, no quería ver a sus hermanos en la cárcel. Además, recién se había librado de escándalo para que ellos formaran otro.

—Mejor —manifestó Elliot—, una alimaña menos en el planeta.

—Está bien, pero se los diré yo —advirtió. Tenía que pensar con cuidado las palabras que usaría para convencerlos de no cometer un asesinato. Bonito lío en el que se había metido.

Elliot dudó, pero al final asintió.

—Gracias —le dijo Angeline—. No sé que hubiera pasado si no hubieras llegado a tiempo.

Él asintió en respuesta, y sus miradas se mantuvieron fijas por varios segundos más, inmersos en una atracción invisible que les impedía separarse. Los ojos verdes de ella examinaban las profundidades negras de él como si deseara llegar a alguna conclusión, y él miraba el verde Emerald analizando las posibilidades de perderse en ellos. Las palabras parecieron sobrar en ese momento, y si la prudencia no hubiera hecho mella en ellos, se hubieran podido quedar ahí todo el día.

A fuerza de voluntad, emprendieron el camino de regreso. Elliot

examinó de nuevo a Angeline con el fin de convencerse de que ella estaba bien. Todavía no podía creer lo que el imbécil de Cooper se atrevió a hacer y no quería ni imaginar lo que hubiera sucedido si él no hubiera llegado a tiempo.

A pesar de la firme resolución de mantenerse alejado de los problemas que ella representaba, a Elliot no se le hacía fácil la tarea de mantener lejos su vista si estaban en un mismo sitio. Era una tortura que se imponía a sí mismo por algún motivo que desconocía, y que no podía erradicar. Su mirada la seguía a dónde quiera que ella estuviera y por más que se lo reprochaba, por más que lo intentaba, no podía evitar observarla aunque fuera un par de veces en la noche. Sus ojos estaban fijos en ella cuando la vio escapar del salón en un claro intento de huir de algo que le había sugerido la duquesa. Él no la hubiera seguido si no hubiera divisado al señor Cooper tomar, poco después, la misma dirección. Sus instintos se pusieron alertas y sin pensar bien en lo que hacía, los siguió.

Pudo haber localizado a uno de los hermanos de la muchacha, que se encontraban todos ahí, y avisarles. El problema se hubiera resuelto de manera más sencilla, pero se convenció de que eso era perder tiempo valioso, por lo que había ido él mismo y la escena que encontró lo hizo perder totalmente los estribos.

La rabia que se apoderó de su cuerpo en el momento en que vio al hombre usando la fuerza contra ella solo podía calificarse como inhumana. La necesidad de matarlo lo asustaba incluso a él mismo. Nunca había perdido los papeles de esa manera, jamás había usado la violencia contra alguien, pero el coraje que el señor Cooper le provocó había hecho desaparecer cualquier rastro de sentido común, y consiguió despertar unos instintos primitivos de lucha, de esos que te instan a defender alguna injusticia, y no una cualquiera,

sino a defender algo que crees tuyo.

Era una locura, por supuesto. Angeline Allen no era de él ni nada semejante. Elliot se justificó diciéndose que era una amiga y por eso el instinto protector. Sí, eso y nada más fue lo que lo había llevado a actuar de esa manera tan poco caballerosa e irracional, es más, podía asegurar que cualquiera en su lugar hubiera reaccionado con igual ímpetu, después de todo, era una dama la que estaba siendo maltratada.

Convenciéndose de eso, dejó que ella entrara primero para no levantar sospechas y se quedó mirándola mientras regresaba con la duquesa. No tenía idea de por qué tenía que buscar una justificación nueva para cada cosa extraña que le sucedía con ella, pero tenía la impresión de que tampoco dejaría de hacerlo. Tal parecía que desde aquel encuentro en el árbol algo había cambiado. No solo se había visto más veces al borde de un escándalo que en toda su vida, sino que unas sensaciones extrañas lo embargaban cada vez que la veía. Quería estar cerca de ella, protegerla, hablarle, sentirla. Nunca había experimentado algo semejante. No podía describirlo con exactitud, o tal vez no quería hacerlo. Solo sabía que era mejor que tomara una decisión pronto, pues Angeline Allen estaba resultado ser un problema en su vida, un gran problema.

Capítulo 10.

Cuando Angeline regresó de nuevo al salón de baile, su cabeza estaba, como de costumbre, en otro lado; esta vez subdividida en lo que acaba de suceder y en Elliot. El suceso la había dejado un poco nerviosa, pero gracias a Elliot, no estaba al borde de la histeria como pudo haberlo estado si el señor Cooper se hubiera salido con la suya. Él se había alzado, otra vez, como su héroe de novela,, y la había salvado de las garras del detestable villano.

Viéndolo de esa manera, podía decirse que el destino tenía una manera un tanto peculiar de juntarlos. Siempre en las situaciones más comprometedoras; pero no solo eso, sino que ella empezaba a pensar que todo sucedía por algo.

Fanática del romance y un poco de fantasía, le gustaba creer que todo los que pasa en la vida se debe a algo, y que Elliot apareciera cada vez que estaba en una situación compleja, sumado a que de un tiempo para acá no podía sacarlo de su mente, no debía ser casualidad, ¿cierto?

Por su bien mental, ella debería de convencerse de que sí, que era causalidad, pero ya llevaba mucho tiempo engañándose a sí misma y lo que él hizo hoy por ella había terminado de derrumbar sus barreras. Una vez lo había pintado como el prototipo de hombre perfecto, y si se ponía a comparar, otros saldrían perdiendo. Hoy se daba cuenta de que era el hombre ideal, y no solo eso, sino que estaba enamorada de él; quizás nunca dejó de estarlo como creyó. El problema: jamás podrían estar juntos.

Si algo sabía Angeline, era que no había nada en ese mundo peor que un amor no correspondido o imposible; y la posibilidad de haberse enamorado del equivocado casi le provocaba ganas de llorar. ¿Qué pasaría ahora? ¿Podía desenamorarse y volverse a enamorar de alguien más que si estuviera a su

disposición? Podía intentarlo, pero no asegurar nada. No estaba segura de encontrar a alguien como él. Alguien con quién pelear y reír en la misma conversación. Alguien que siempre le dijera cuando hacía algo mal y la reprendiera, y no por eso dejara de ayudarla. Una persona que siempre estuviera ahí para sacarla de los líos. Era su complemento, su otra mitad; puede que fuera su antítesis, pero así funcionaba el mundo. La persona menos esperada era la que terminaba robándote el corazón. Solo había que preguntarle a Emerald, que andaba persiguiendo a la peor paria londinense cuando ella esperaba al príncipe azul. Uno no podía elegir de quién se enamoraba, pero el corazón tampoco parecía saber elegir. Siempre escogía a la persona menos indicada.

Ella era una persona decidida, podía luchar por el amor de su vida como hacía Emerald, podía intentar hacerle ver que estaban destinados a estar juntos, solo que, ¿en verdad lo estaban? Ella se había enamorado, ¿pero Elliot? Él no sentía lo mismo, y en el remoto caso de que lo llegara a sentir, sus obligaciones le impedirían casarse con alguien que irremediablemente mancharía su linaje. Así Angeline se portara bien el resto de su vida y el apellido cambiara, casarse con ella ya representaría un escándalo.

Por primera vez en su vida deseó, por un momento, no ser un Allen, pero descartó rápido el pensamiento y se reprendió por si quiera tomarlo en cuenta. Ella no se avergonzaba de quién era. Era una Allen y aunque fuera un problema andante, como afirmaba él, esa era ella y no podía ni quería cambiar. Si no la querían así, no valía la pena. ¡Oh!, pero como sollozaba el corazón ante la posibilidad del desprecio.

Se percató de que estaba cavilando parada en medio del salón, y se puso en movimiento para ir al encuentro de una Emerald que huía de su tutora.

—¿Cómo te fue? —preguntó para alejar su mente de los pensamientos

que la atormentaban.

El rostro de Emerald, radiante de alegría, debió ser suficiente respuesta.

—Maravilloso —dijo ella—. Nos hemos escapado del salón y quedamos de vernos el lunes en el parque, temprano. Además, he convencido a Rowena de que me permita verlo.

Por lo menos alguien tiene suerte, pensó Angeline, al mismo tiempo que se alegraba de la felicidad de su amiga.

—Por supuesto, Rowena no sabe que nos veremos a solas en el parque —continuó Emerald—. Tampoco tiene por qué enterarse. Al final tendrá una boda y eso es lo importante.

Angeline sonrió. Su amiga era tan optimista que no le sorprendería que ella ya tuviera los nombres de los hijos y el hombre todavía no supiera que habría boda.

—¿Dónde estabas? —le preguntó a Angeline—. Cuando entré, no te vi.

Escondiendo un cadáver, pensó Angeline con ironía. Aunque ahora que lo analizaba, nunca comprobaron que estuviera vivo. ¿Y si de verdad estaba muerto? ¿Viviría con un muerto en su conciencia? *Cálmate Angeline, estás exagerando*, se dijo. El hombre tenía que estar vivo, pero dada su mala suerte actual, no le sorprendería lo contrario. Bien, prefería olvidar el asunto. Demasiados problemas para una sola noche.

—En el servicio de damas —respondió, evasiva—. Creo que le pediré a Sapphire que no vayamos, me duele la cabeza. —Apenas dijo eso, se fue. Necesitaba pensar en muchas cosas.

Ya en casa, Angeline abrazó a su fiel almohada, la testigo de todas sus

penas, y se puso a pensar en que haría ahora con el nuevo descubrimiento. Hubiera sido más fácil continuar engañándose, y creer que encontraría al amor de su vida en vez de preguntarse qué hacer cuando el amor era imposible.

Repasar los motivos por los que no podían estar juntos solo serviría para torturarse, así que mejor decidió buscar alguna forma en la que podrían terminar felices para siempre sin que ninguno de los dos, él en específico, saliera perjudicado. Tampoco la halló.

Visto desde todos los puntos de vista, si se comprometían, habría un escándalo, y no solo porque «lord perfecto» se estaría casando con la «chica problemas» sino porque todos esperaban que pidiera la mano de lady Georgiana y Angeline sabía que jamás cambiaría sus planes por ella. Romper el no anunciado compromiso también causaría habladurías. Su destino no era estar juntos y sería mejor que se resignase...o podía dejar de ser tan pesimista e intentar conquistarlo. Nada perdía, excepto que si él descubría sus sentimientos, su amistad posiblemente desaparecería. Pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr, después de todo, ¿qué clase de vida llevaría siendo amiga de alguien que estaría con otra? Podía intentarlo, sí, o también podía esperar a que él destino decidiese como se hacía cuando no se tenía ni la mínima idea de qué hacer.

Hasta ahora, el destino había mostrado especial interés en mantenerlos juntos cuando más querían estar separados. ¿Sería acaso uno más de sus juegos perversos o significaba otra cosa? Rogaba para que fuera algo más, pero la llama de la esperanza no se animaba a encenderse por completo por miedo a apagarse abruptamente, y quedara en su corazón solo una nube de humo que lo hiciera lagrimear.

Nunca se había sentido tan confusa en su vida. Sí, quizás debía dejar que el destino decidiese, pues ¿quién era ella para ir en contra de lo que ya

estaba escrito? Podía intentar enamorarlo, pero si no estaban destinados a estar juntos, no lo estarían, por mucho que su corazón se retorciera de dolor ante la posibilidad. A los golpes había aprendido que era imposible evitar aquello que la vida nos tenía reservado, si así fuera, no viviría en tantos problemas.

Cerró los ojos y lo dejó todo a la suerte.

Era domingo por la tarde y Angeline estaba aburrída, harta, cansada, hastiada y todos los sinónimos que pudieran describir el estado en el que no se tenía absolutamente nada que hacer.

Ese día no tenía ningún compromiso para el que prepararse. Su familia no pensaba salir, y hasta la cena, en la que llegarían sus hermanos, no habría nada interesante que pudiera sacarla de ese letargo de aburrimiento.

El día estaba soleado y era apto para un paseo por el parque, pero desde lo ocurrido la última vez, prefería evitar Hyde Park o Green Park por un tiempo, para evitarse futuros problemas. Si hubiera estado en el campo, hubiera salido a dar un paseo a caballo, pero Londres limitaba sus posibilidades si su familia decidía, como hoy, no hacer nada.

Había releído unos cuantos libros, pero ya se había cansado. Casi lamentaba no tener algún pretendiente que fuera a visitarla para tomar el té, era preferible a estar mirando por la ventana, como hacía ahora, esperando que algo interesase sucediese, cosa que dudaba, pues no es que tuviera muy buena vista desde su habitación; solo veía la casa de al lado y sus jardines, la casa de Elliot, para ser exactos.

—¿Vas a tirarte por la ventana? ¿Tan deprimida estás por no haber conseguido marido?

Angeline gruñó ante la no requerida presencia de su hermana y se giró para fulminarla con la mirada.

—¿No deberías estar con la señorita Plow?

—Es su día libre.

—Márchate —le ordenó—. No te he invitado a entrar.

—Esta también es mi casa —dijo Clarice, y se puso cómoda en uno de los divanes. Le sonrió con burla.

—Pero esta es mi habitación —protestó Angeline.

—Que es parte de la casa —argumentó la joven y rio ante a rabia de Angeline.

—¿Qué quieres Clarice?

La joven no respondió de inmediato, sino que movió los pies y se miró las puntas, como si no supiera bien qué hacía ahí.

—Yo también estoy aburrida —admitió al final.

Angeline bajó la guardia.

—¿No tienes ningún plan maquiavélico con el que correr a la institutriz? —se burló.

—Ya lo estoy llevando a cabo. Le doy hasta el martes.

Angeline suspiró.

—No te van a mandar a Eton, deberías dejar de correr institutrices o Julian te matará un día de estos.

—Ya no quiero ir a Eton —afirmó la joven sorprendiendo a Angeline—. Quiero un tutor. —Y la sorpresa desapareció.

—¿Un tutor?

—Sí. Si no puedo ir a Eton, quiero alguien que me enseñe lo que le van a enseñar a Edwin. Cuando la señorita Plow renuncié, le diré a Julian. No creo que se oponga.

No, Julian no se opondría a que su hermana tuviera la educación que quería. Como lo había demostrado antes, no era un hermano mayor normal y poco le importaría que su hermana tuviera los mismos conocimientos que un hombre, al fin y al cabo, ya se estaba mentalizando a que se quedaría soltera. El problema era encontrar a un hombre dispuesto a darle clases a una mujer.

—También quiero aprender a disparar, a cazar y esgrima —añadió ella y Angeline se tensó. ¿Clarice Allen aprendiendo el manejo de armas? Puede que su hermano si tuviera algo que decir respecto a ese tema.

—Veamos que dice Julian. —No quería desilusionar a su hermana tan rápido, más cuando ella se veía tan decidida a obtener lo que quería, y lo obtendría, pues en realidad, cuando Edwin regresara posiblemente le enseñaría. Edwin podía pelearse siempre con su hermana, pero seguía siendo su mellizo y nunca le negaría nada. A diferencia de ella, Clarice era su hermana favorita.

—Angeline, ¿crees que yo también me quedaré soltera o encontraré a alguien que pase por alto todo lo que según la señorita Plow son «cosas inaceptables n una dama»? —preguntó refiriéndose de seguro a las ganas que tenía de aprender contenido y deportes masculinos.

Angeline, obviando deliberadamente la parte en la que afirmó que ella se quedaría solterona, decidió prestarle atención a su hermana y darle una respuesta positiva, después de todo, era la primera vez que Clarice Allen requería ayuda en algo. Clarice siempre había sido una joven segura de sí

misma y de sus ideales. Jamás había mostrado una debilidad o algo semejante, y que quisiera hablar con su hermana mayor de una de sus inseguridades, llenaba a Angeline de algo indescriptible. Prefirió no pensar que hubiera acudido a Sapphire si esta o estuviera ocupada con los niños.

—¿Crees que está mal que quiera aprender todas esas cosas? — prosiguió su hermana sin darle tiempo a responder—. ¿Está mal o es pecado querer igualar en intelecto y habilidades a un hombre? Yo no lo veo como algo malo, pero todos parecen verlo así y no entiendo el motivo. ¿Por qué Dios puede perdonar todo a los hombres y a las mujeres no, si nos creo a los dos? ¿Es porque pecamos primero? ¿Adam no se dejó convencer por una mujer? ¿No deja eso claro que les ganamos en intelecto? ¿Acaso piensan que si la serpiente hubiera ido a hablar primero con Adam, él no hubiera caído? Yo pienso que sí, pero la señorita Plow me llamado fenómeno.

Angeline sintió la misma rabia que sintió en el teatro cuando escuchó hablar mal de su hermana. ¿Fenómeno? ¿Qué empeño tenía la gente en llamar a su hermana fenómeno? Sí, Clarice Allen podía ser algo malvada a veces, podía idear planes que solo se le ocurren a una mente macabra, pero nada que dañara la integridad física o mental de alguien. Además, no dejaba de tener trece años y que la llamaran fenómeno solo por pensar diferente a las demás era algo que no podía aguantar. Se vio tentada de avisar a su hermano de la clase de institutriz que había contratado, pero desistió. Su hermana dijo que le daba hasta el martes y si Clarice Allen aseguraba que la institutriz se iba el martes, la institutriz se iría el martes. Además, debía sufrir un poco por parte de su hermana.

Tranquilizándose, midió sus próximas palabras.

—No eres un fenómeno por pensar diferente, Clarice. Verás, el mundo está regido por ciertas reglas, que según muchos, les hacen la vida más

sencilla a todos. Los hombres se creen superiores porque poseen más fuerza física y han catalogado a las mujeres de inferiores y débiles por no poder igualarles al respecto. Sin embargo, no es sólo ese el motivo, sino que muchos en realidad, temen de lo que la mente de una mujer puede ser capaz y prefieren mantenerla abajo para no ser superados. Necesitan degradarnos para sentirse superiores y nosotras, llevamos tanto tiempo haciendo el papel de débiles que nos terminamos acostumbrados y a muchas se les hace impensable compararse con un hombre. Pienso que tus pensamientos son muy acertados y al igual que yo, no te quedarás soltera —remarcó la palabra «no» para hacerle saber que ella estaba decidida a casarse—. Estoy segura de que algún día llegara un hombre capaz de entendernos y querernos tal y como somos. Sin importarle el apellido ni las costumbres o pensamientos raros que tengamos. No será sencillo, pero alguien tiene que aparecer.

—Tal vez un americano —bromeó Clarice—. Julian estará feliz de tenerme a un mar de distancia.

—No se lo recuerdes o insistirá en presentarme un escocés —añadió Angeline con una sonrisa—. Aunque...puede que los americanos con sus modales bruscos puedan soportarte. Pero no hay que perder la esperanza de un inglés. Quién sabe, las Louthy sabían disparar y cazar, y aun así se casaron.

—Un momento, ¿Sapphire sabe disparar y no se ha ofrecido a enseñarme? —preguntó incrédula su hermana y Angeline supo que había metido a su cuñada en un problema.

—Bien, no sé si Sapphire, pero Topacio sin duda...

—¡Esto es inaudito! —exclamó su hermana no prestándole atención—. Es una traición —aseguró.

—Pero ella no sabe que tú quieres aprender —protestó Angeline

pensando en la manera de salvar a Sapphire.

—Lleva con nosotros cuatro años, debe conocerme lo suficiente para saber que en algún momento se me ocurriría la idea. Esto no lo perdono. Después de que se vaya la señorita Plow, me cobraré la afrenta —manifestó y salió del cuarto con cara de alguien que está planeando algo.

Genial. Ahora tendría que advertir a su cuñada que se cuidara de Clarice. Pensó en hacerlo en ese mismo momento, pero sus pensamientos se desviaron y se le olvidó.

Cuando le había mencionado a su hermana que ambas encontrarían al hombre ideal, no pudo evitar pensar que ella ya lo había conseguido y no podía estar con él. No quería darle más vueltas al asunto pero le era inevitable. Había decidido dejarle todo al destino, pero este jugaba a veces de forma macabra y Angeline tenía miedo. Lo que debería hacer era buscar a alguien más que llenara sus expectativas y de quien se pudiera enamorar. Era algo en cierta forma imposible pues era creyente de que el amor solo se encontraba una vez, pero nada perdía con encontrarlo, nada más el tiempo, claro está. Quizás debería pedirle a su hermano que le presentara al escocés.

Capítulo 11.

Las cenas con toda la familia siempre solía ser un medio de distracción eficaz cuando alguno de los miembros tenía un problema, pues además de que carecían de cualquier atisbo de normalidad, las conversaciones entretenidas y lo que ahí sucedía solían distraer la mente de cualquiera, aunque fuera porque el cerebro debía mantenerse alerta por si una vajilla amenazaba con romper una cabeza. No obstante, por más extraña que estuvo la comida, por más cubiertos voladores que hubo, y peleas por el postre, Angeline fue incapaz de dejar de darle vueltas al asunto que le tenía la cabeza hecha un lío desde el día anterior. Pudo haberse distraído, solo que ver a los Londonderry entrar en casa de Elliot hace poco no ayudó a mitigar su infelicidad.

Nunca se había descrito como una persona posesiva, pero así se sintió cuando vio a lady Georgiana exquisitamente ataviada para la cena con su casi prometido. Si antes se había preguntado por qué nunca los visualizó juntos, ahora tenía la respuesta: celos. Estaba celosa y la certeza de que la dama se quedaría con Elliot no hacía más que agriarle el carácter. Hacía solo unas horas había decidido conocer a más gente e intentar enamorarse de otra persona que si estuviera a su alcance, y aun así, el sentimiento posesivo dentro de sí, que ya tenía nombre, le decía que era una idea estúpida ya que no lo conseguiría. Aun así, estaba dispuesta a intentarlo. Si él se iba a casar con alguien más, ¿por qué no podía ella hacer un intento de buscar la felicidad?

Su familia debió darse cuenta de que algo le pasaba, porque le preguntaron continuamente si estaba bien. Ella respondía con evasivas y al final de la noche decidió tomar su abrigo y dar un paseo por los jardines, sola. Necesitaba el aire frío de la noche para ver si su cabeza se enfriaba y podía pensar con claridad.

Se percató de que el carruaje de los Londonderry seguía ahí y se

preguntó cuánto tiempo pensarían quedarse. Quizás ya habían acordado un compromiso, y lo estaba celebrando mientras ella estaba ahí, pensando en qué haría con su vida.

Incapaz de aplacar la curiosidad, Angeline rodeó la casa y visualizó la biblioteca de Elliot que quedaba justo en el lateral de la mansión. Había al menos unos cien metros de distancia, así que se acercó hasta el límite, desde dónde pudo ver por casualidad el vidrio un tanto descolocado que indicaba que la ventana estaba rota. Tal vez, quizás, pudiera entrar y averiguar si se habían comprometido, solo para convencerse de que si era así, debía alejarse y buscar a alguien más.

Empezó a caminar pero se detuvo a unos pasos. ¿Qué pensaba hacer? Era una locura. Estaba a punto de invadir una propiedad privada y entrar como una vulgar ladrona. ¿Todo para qué? ¿Para saber si ya se habían comprometido o había que esperar un poco más? Era absurdo, ridículo, y a la vez también era una necesidad. Una parte de su mente le exigía quitarse la duda mientras la otra la instaba a irse por la prudencia y olvidar el asunto. Estuvieran ya comprometidos o no, era seguro que no tardarían en casarse, entonces, ¿cuál era la necesidad? ¿Torturarse a sí misma si descubría que lo estaban? ¿Darse falsas esperanzas si aún no? Sea como sea, no podían estar juntos y el conocimiento a esa duda era irrelevante en la situación. Tenía que hacerle caso a la prudencia y regresar a su casa. Era lo más sensato, y lo hubiera hecho si los Allen no tuvieran esa manía de obviar los consejos de la parte lógica del cerebro. Así pues, se encontró caminando hacia la propiedad y luego de echar un vistazo alrededor para confirmar que nadie la veía, escaló el pequeño muro de piedra divisor y se dirigió a la ventana rota.

Angeline descolocó el vidrio, entró en la biblioteca, y volvió a colocar el vidrio en su lugar. Una vez dentro, se percató de que el sitio tenía el fuego

encendido, las llamas eran fuertes, así que debieron prenderlo no hacía mucho. Unas velas que iluminaban a la perfección las estanterías y los libros en cada una de ellas. No era la biblioteca más grande que hubiese visto, pero para tratarse de una casa en Londres, donde se hacía todo menos leer, era bastante amplia y estaba llena. Decorada en damasco azul rey con dorado, daba un aspecto acogedor y elegante. Tenía unos sillones cerca de la chimenea, cuatro para ser exactos, y Angeline no tardó en descubrir por qué.

El sonido de pasos acercarse la puso en alerta. Presa del pánico, se apresuró a esconderse detrás de uno de los estantes, justo en el momento en que las puertas de roble se abrían para dar paso a los invitados. Lo normal para las visitas era conversar en el salón principal luego de la cena, pero Angeline recordó que lord Londonderry tenía una afición por los libros y le encanaba todo lo relacionado con ellos. Eso podía justificar su presencia en la biblioteca. Hubiera visto eso como un problema si no favoreciera a sus planes.

Escuchó con atención, en espera de alguna señal de que su relación había cambiado.

—A mí en particular me gustan los libros realistas, que aporten cosas interesantes y no sean solo cuentos sin sentidos —habló lord Londonderry—, por ejemplo, Shakespeare no llama en lo más mínimo mi atención. Sus relatos son exagerados y cuando no van por fantasía y comedia, como las noches de verano, se inclinan a la tragedia y amor, como Romeo y Julieta. En mi opinión nunca he leído cosas más absurda y sin sentido. Palabrería barata que no entiendo por qué le gusta a la gente. Ni siquiera las mujeres, con su sensibilidad, deberían perder su tiempo leyendo semejante basura.

Angeline se sintió ofendida. Romeo y Julieta era una de sus obras de romances preferida. Mostraba un amor imposible de dos personas que solo

pudieron estar juntas cuando sus almas se encontraron en el cielo. Muchos consideraban estúpido morir por amor, y en cierta forma lo era, pero la obra no dejaba de ser buena independientemente de donde se viera. Si a lord Londonderry no le gustaba Shakespeare, no sabía tanto de literatura como solía afirmar.

—Por suerte —continuó el hombre—, mi querida hija no es dada a leer literatura barata de romance. Mejor no mencionar ese libro, *Orgullo y Prejuicio*, que tiene a todas las damas suspirando desde hace siete años. Bah, pura tontería descrita en palabras. Si se va a gastar el tiempo escribiendo y publicando algo, mejor que sea algo de verdadero interés, ¿no cree, lord Coventry?

Ahora estaba doble ofendida. Podía perdonarle lo de Romeo y Julieta por las controversias que había sobre la trama, pero no disculpaba su crítica a *Orgullo y Prejuicio*. No había mejor novela que esa. Esperó la respuesta de Elliot, y casi rogó que se mostrara de acuerdo, por lo menos así sería más fácil convencerse de que no estaban destinados y se le haría más sencillo olvidarlo.

No tuvo suerte.

—Pienso que hay temas para cada gusto —respondió—. Hay a quienes les gusta el romance y eso no se puede reprochar. Un libro con contenido realista es bien recibido por nuestra parte, pero existen otros cuyos gustos se inclinan a la fantasía y al amor y que bien pueden pensar que un libro realista está demás cuando ya se vive en ella. Depende de las opiniones y todas son respetables.

Lord Londonderry no pareció del todo de acuerdo pero no objetó tampoco el punto.

—Yo pienso igual que mi padre —apuntó lady Georgiana, lo que provocó que Angeline blanquera los ojos. ¿Qué clase de mujer era aquella a la que no le gustaba el romance? Sin duda no debía ser de ese planeta—. Las novelas de amor están demás, solo forman ideales de algo que en realidad no va a suceder. Muchas mujeres terminan solteras por ese tipo de cosas.

Fue un duro golpe. Lo mejor sería que fuera pensando en el número de gatos que compraría.

—Por suerte, cariño —añadió lady Londonderry—, no eres como las otras y pronto te casarás.

Angeline se tensó. ¿Significaba eso que ya estaban prometidos?

—Solo hay que esperar al candidato ideal —continuó y le lanzó una significativa mirada a lord Coventry. Angeline casi suspiró aliviada. Aún no estaban prometidos, aunque no debía ilusionarse, pronto lo estarían. ¡Por Dios!, ni siquiera sabía por qué estaba ahí. Parecía un espía.

Elliot se removió incómodo en el asiento y eso le daba esperanzas que no quería formarse. ¿Seguiría dudando de esa unión? ¿Habría alguna posibilidad de que las cosas no salieran como se esperaba? Una parte rogaba que sí y a la vez no quería pensar en ello, pues aunque no se casara con lady Georgiana, lo haría con alguien más que no sería ella. Alguien que no manchara el apellido.

—Lord Londonderry, creo que tengo un libro que puede interesarle. No recuerdo el nombre, pero lo tengo guardado en el segundo estante de la derecha, si me permite...

Angeline lo vio levantarse y después de cinco segundos fue que cayó en cuenta de que ella estaba escondida delante de ese estante y detrás del primero.

Ay no.

Miró con desesperación a los lados buscando cómo escabullirse, pero sus opciones eran nulas. Esos estantes estaban pegados a la pared y la única forma de salir era por la izquierda, que era por donde estaba a punto de entrar Elliot. La vería y entonces ella se encontraría no solo en un problema, sino en una situación bochornosa. ¿Por qué no había hecho caso a su sentido común y se quedó en su casa? ¿Cómo se suponía que saldría de esa ahora?, o mejor dicho: ¿Qué explicación daría cuando la encontraran ahí?

Pensando rápido, a Angeline solo se le ocurrió elevar una plegaria al cielo prometiendo ser mejor persona. Los pasos de Elliot se escuchaban cada vez más cerca, no tardaría en llegar. Cruzó las manos, cerró los ojos, y casi cayó de rodillas. *Por favor, por favor.* Estaba a unos pasos de llegar cuando el sonido se detuvo. Abrió uno de los ojos solo para comprobar que no había calculado mal y ya la había visto, pero él no estaba ahí. Pronto escuchó decir:

—Lo siento, lord Londonderry, recordé que presté el libro hace poco a un amigo. En otra ocasión será.

Casi se desmayó del alivio. Iría al servicio ese domingo, lo prometía, pues por primera vez en toda su vida, el altísimo se había apiadado de ella.

—Saben que libro es interesante...

Lord Londonderry siguió con su conversación de libros una hora más, y Angeline se dijo que ya había tenido demasiado castigo por su imprudencia. El hombre era más aburrido que un clérigo y el único que llevaba la conversación. Los demás, si lograban intervenir ocasionalmente, era mucho. Tampoco era que tuvieran muchas ganas de intervenir. Angeline logró visualizar un poco a Elliot y lo notó distraído. Para cualquiera era obvio que no le interesaba la conversación y andaba con la cabeza en otro lado. No tenía

ni idea de qué le sucedía y aunque la curiosidad la matara, tampoco tendría oportunidad de enterarse.

Cuando los invitados se retiraron y Elliot los acompañó a la puerta, ella casi saltó de alegría. Juraba por lo más sagrado que nunca volvería a cometer una locura como esa y se escabulló de nuevo a su casa, en cierta forma feliz porque sabía que el compromiso aún no era oficial. Tal vez y solo tal vez, si Elliot no estaba seguro de casarse, ¿podría ella sembrar el aguijón de la duda como en el teatro, y convencerlo de que pensara mejor las cosas? Podría intentarlo. Una sonrisa maliciosa se instaló en su cara. ¿Por qué no? Si él estuviera enamorado de lady Georgiana, ella jamás haría una cosa así, pero claramente no lo estaba, y en la guerra del amor todo se valía. Solo tenía que pensar bien las cosas, y aunque nada le garantizaba que después no se fijaría en alguien más, tenía que intentarlo. Si no funcionaba, bien podía ir consiguiendo otro futuro esposo.

Elliot regresó a la biblioteca, se acercó a los estantes, y respiró el aire en busca del olor que había detectado hacía un rato, solo para confirmar que habían sido alucinaciones suyas. El perfume a rosas que caracterizaba a Angeline no estaba por ningún lado y lo de antes solo pudo haber sido producto de su obsesión imposible hacia ella, solo que había sido tan real que de verdad creyó que estaba ahí.

Cuando se acercó a buscar el libro que le había mencionado a lord Londonderry, el olor inundó sus fosas nasales de forma tan fuerte que le había sido imposible continuar. Ella había estado tanto tiempo en su cabeza como para obsesionarse con cada detalle de su persona, y uno de esos era su aroma, una fragancia a rosas tan fuerte que no podía pasar desapercibida. Casi podía jurar que Angeline estaba ahí y si no hubiera sido absurdo, lo creería. El miedo a estar volviéndose loco impidió que siguiera con su camino y diera

una excusa para no continuar por el lugar que le recordaba a ella.

La situación cada vez se estaba volviendo más grave y complicada. Se suponía que debería estar ya comprometido con lady Georgiana, de hecho, ante la sociedad, literalmente lo estaban, solo tenía que pedir su mano y listo. El problema era que no podía. Cada día intentaba hacerlo y no lo lograba, es más, mientras más tiempo pasaba, mas desagradable se volvía la idea, cosa que no concebía entender. Antes solo esperaba que fuera el momento adecuado para pedir su mano y casarse, cumpliendo así con su deber, pero ahora, no veía que ningún momento fuera apropiado, como si quisiera posponer el asunto, ¿y todo por qué? Porque no podía sacarse de la mente al problema andante que significaba Angeline. En resumen, en algún momento había perdido por completo la cordura. Eso tenía que acabar pronto. En los próximos días iría a hablar con lord Londonderry, pediría la mano de su hija, y el sábado, durante la velada de lady Jersey, le haría la propuesta formal a lady Georgiana. No había nada más que decir al respecto.

Capítulo 12.

Ella tenía algo que decir al respecto, pero él no la dejó.

Durante los días que siguieron, Angeline intentó, por todos los medios, entablar una conversación con Elliot, en la que pudiera sacar con disimulo el tema de matrimonio para sembrarle la duda, pero él parecía tener la firme determinación de evitarla, y los encuentros no deseados que sucedían entre ellos anteriormente tampoco hicieron hecho acto de presencia.

Era irónico que cuando se habían querido evitar resultaran vecinos hasta de palco, y ahora, que ella quería hablar con él, no se encontraran ni a la salida de la casa. La vida tenía una forma muy cruel de jugar sus cartas, y Angeline sentía que estaba perdiendo el juego. Tal vez no verlo era la señal que necesitaba para saber que debía abandonar la empresa, que ellos no estaban destinados a estar juntos, pero no podía hacerlo sin intentar primero. De Emerald había aprendido que la perseverancia era la clave para conseguir los objetivos, y aunque por lo que Angeline sabía, su amiga no tenía al barón de Clifton a sus pies aún, al menos iba por buenos pasos. Ella debía seguir el ejemplo e intentarlo, si no servía, bien podía fijarse en alguien más y convencer a su cerebro, y sobre todo, a su corazón de que se había confundido de hombre y el ideal todavía no aparecía.

La velada de lady Jersey se acercaba y Angeline se dijo que esa sería una buena ocasión para tratar el tema, sobre todo si de forma inocente le pedía ayuda a la duquesa de Richmore. Ella no dejaría que Elliot se le escapase sin un baile. Por primera vez, observó los beneficios de tenerla de su lado.

Era viernes por la noche. Después de la cena, Angeline comenzó a planificar los argumentos que iba a utilizar para conseguir su objetivo. Lo que le dijera a Elliot tenía que sonar demasiado convincente si quería lograr que

una persona tan centrado en sus planes como él le hiciese caso. También tenía que tratar de que sonara como la preocupación de una amiga, y que no se entreviera ningún sentimiento más profundo que pudiera justificar sus argumentos como celos. En resumen, todo tenía que estar muy bien planeado.

Con el fin de que todo saliese bien, Angeline decidió escribir lo que diría para así no olvidarse de las buenas ideas.

Con una vela para iluminase, comenzó.

Elliot, guiada por el más sincero de los motivos, me gustaría aconsejarte que reconsideres tu matrimonio con lady Georgiana. Recuerdo que en nuestra última conversación al respecto te mostraste algo reacio, y aunque sé que eres demasiado orgulloso para admitirlo, pienso que debes pensarlo mejor. Aquella vez te di un sermón sobre los matrimonios por amor y sus beneficios, ahora lo repito. Deberías esperar a la mujer ideal, esa que te haga feliz, con la que te sientas completo cuando estés con ella, y por qué no, que te meta en uno que otro lío para que dejes de llevar una existencia tan aburrida...

Angeline se detuvo. No podía haber escrito eso último, estaba siendo demasiado obvia. Como si quisiera asegurarse que no había sido tan estúpida para poner eso, se paró en la ventana y releyó bajo la luz de la luna lo que había puesto. Se sintió como una tonta al ver que había sido capaz de exponerse de una manera tan clara. Estaba a punto de arrugar la nota cuando una ráfaga de viento le arrebató la carta de las manos y la llevó con una velocidad impresionante a... ¡No! Por Dios.

¡Un maldito árbol!

¡Se había enganchedo en un maldito árbol!

De verdad no comprendía la manía que tenía el destino de ponerla en

esas situaciones. En ese tipo de momentos se sentía como un bufón que divertía a al rey.

Pensó en dejarla ahí, de verdad quería hacerlo. Había jurado no subirse nunca más a un árbol, pero, ¿si por la mala suerte que la perseguía, la carta iba a parar a Elliot? No podía tomar ese riesgo.

Suspiró, se tapó el camisón con una capa, y salió de la casa, rogando poder recuperarla sin terminar siendo la protagonista de otro escándalo.

Llegó al maldito árbol y observó la carta que parecía burlarse de ella. Miró a su alrededor, era muy tarde, no había nadie. Se preparó mentalmente para subir cuando una ráfaga de viento la congeló y se llevó otra vez la carta.

Angeline la persiguió, y estuvo a punto de agarrarla en varias ocasiones, pero siempre se le iba de las manos. No se percató de que llegaba al límite de su jardín hasta que chocó con el enrejado.

Vio con pesar como el papel se alejaba.

Un grito pugnó por salir de sus labios cuando observó como la hoja entraba por una de las ventanas de la casa de Elliot.

¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

Angeline respiró hondo, en ese momento era capaz de casarse con el primer hombre que apareciera solo para cambiar de apellido. No podía estar sucediendo eso, de verdad que no. La carta no pudo ir a parar a la casa de Elliot. No debió haber llegado ahí, solo que fue lo que sucedió, y ahora, si no quería meterse en un problema mayor, tendría que ir a buscarla.

Entró a la mansión de Elliot de la misma forma que la vez anterior, por la ventana rota de la biblioteca —alguien debería advertirle que la arreglara—. Una vez dentro, calculó mentalmente la habitación en donde debería de

haber caído la carta. La ventana era del tercer piso, como la suya, y se ubicaba en la parte izquierda de la casa, además estaba posicionada en cuarto lugar, por lo que debía ser la cuarta habitación del pasillo.

Rogando tener suerte, Angeline subió las escaleras, siempre pendiente de no ser observada por alguien. Llegó al tercer piso, cogió la intercepción a la izquierda, y empezó a contar el número de habitaciones. Cuando llegó a la puerta, giró con cuidado el pomo y dio gracias porque este cedió. Metió la cabeza adentro y la oscuridad le hizo saber que no había nadie. Ella sabía que Elliot no estaba en casa, y eso solo pudo hacerla sentir un poco mejor. Tomó una vela del pasillo y entró en busca de su carta.

Inmersa como estaba en la tarea, no se percató de los detalles de la habitación, ni tampoco llegó a la conclusión de que esa debía ser la alcoba principal. Encontró su carta debajo de una cómoda, y se disponía a salir del cuarto cuando fue consciente de los pasos que se acercaban. El temor la invadió. Pensando rápido, apagó la vela y se escondió en el armario que tenía al lado. Elevó una plegaria para que la persona que se acercara pasara de largo, y que en caso de que no lo hiciera, que no fuera quien ella pensaba.

En vano fueron sus ruegos, pues no solo sintió como la persona entraba en el cuarto, sino que a pesar de no verlo, supo quién era. Ahora no estaba segura de que sería peor, que Elliot hubiera encontrado su carta, o que la encontrara a ella escondida en el armario.

Contuvo la respiración mientras pensaba como salía de esa situación. Podía esperar unas horas a que él se durmiera, y luego salir a hurtadillas. El problema radicaba en que dudaba que el oxígeno en ese lugar tan estrecho fuera suficiente para unas horas, lo más probable es que muriera de asfixia. Tal vez era la solución más factible, al menos así no tendría que dar explicaciones y pasar la peor vergüenza de su vida. Si Elliot la encontraba

ahí, juraba que se casaba con el escocés aunque fuera para no volver a verle la cara.

Sintió movimientos afuera y empezó a rezar. De un tiempo para acá era muy devota, pero el altísimo parecía que querer cobrarse todos los años de poca fe, porque la ignoraba deliberadamente y siempre la ponía en una situación peor que la anterior. ¿Podía haber acaso algo peor que estar encerrada en el armario del cuarto del hombre de tu vida, que no sabe que lo amas, y que bien te podía descubrir y formarse un escándalo? Mejor no preguntaba, a veces no le gustaban las respuestas.

Sintió los pasos acercarse hacia donde ella estaba. Angeline se empezó a imaginar pálida y dentro de un ataúd. Elliot la mataría, sin duda que lo haría y tenía todos los motivos. Estaba pensando en cómo pedirle que al menos la dejara escribir su última voluntad, cuando se oyó un golpe en la puerta.

¿Se habría Dios apiadado de su alma?

Angeline rogaba porque fuera así, y que el fuera que tocaba la puerta, llevara una carta urgente que dijera que un familiar de Elliot se había muerto en la otra punta del país, que él tenía que viajar esa misma noche para acompañar a la familia viuda de puras mujeres y darles el pésame. No es que ella fuera mala persona y quisiera que alguien muriera, pero...

¡Un momento!, si él tuviera que viajar de urgencia, tendría que buscar ropa en el armario. ¡No!, que no hubiera muerto nadie. Mejor sería que el que tocaba la puerta fuera el mayordomo, que le iba a informar a su señor sobre un hombre herido en el vecindario. Este había tocado la puerta de Elliot en busca de ayuda. Elliot bajaría inmediatamente y ella podía escarpar. Sería buena opción, así que rogó que fuera eso.

Desde donde estaba no podía escuchar la conversación, pero no detuvo sus oraciones con la esperanza de que Elliot saliera.

—¿Qué está aquí quién? —preguntó Elliot, incrédulo.

—Lady Murray, milord —respondió el mayordomo, impasible—. Afirma que usted le dijo que viniera.

Elliot contuvo una maldición. La mujer había malinterpretado todo, o mejor dicho, lo había interpretado todo a su conveniencia.

Lady Murray lo había interceptado en la velada de la que regresaba, y no había dejado de incordiarlo. Según sabía, la viuda, que pasaba por poco los treinta, andaba en busca de un nuevo protector y había puesto los ojos en él. No había sido fácil quitársela de encima, pero Elliot creyó lograrlo, al menos hasta que el mayordomo le informó sobre su presencia en el vestíbulo.

—Dígale que no pienso recibirla, y que por favor, no regrese. —Elliot no podía entender el descaro de la mujer. Él estaba casi comprometido, y no es que eso significaría un problema para personas como ella, pero ¿aparecerse en su casa?

El mayordomo asintió y se retiró. Diez segundos después de haber sido cerrada la puerta, esta volvió a abrirse.

—Elliot, querido, tu mayordomo no me quería dejar entrar, así que lo he seguido hasta aquí. Es un viejo huraño que no entiende nada.

La hermosa mujer se acercó a él, pero Elliot solo atinó a dar un paso atrás, preso del estupor. ¿Qué estaba sucediendo?

—¿Cómo se atreve a venir a mi casa? —También podía agregar que cómo se atrevía a llamarlo por su nombre. Era una confianza que no le había dado. Calló solo porque ese era el menor de los inconvenientes en ese

momento.

—Oh, Elliot, el juego gustó en un principio, sin embargo, ahora quiero más acción. No te hagas el desentendido, sé muy bien que tú querías que viniera, tu mirada me lo dijo.

Elliot no pudo hacer mayor esfuerzo para mantener la boca cerrada. Al parecer, si había pasado mucho tiempo con Angeline Allen. No había otra explicación medianamente lógica para una situación tan inverosímil que no fuera una mala suerte excesiva.

Angeline no escuchaba con claridad la conversación que se llevaba a cabo en la habitación, aunque sí había algo que oía a la perfección: la voz de una mujer. Había una mujer en la habitación.

No era tan ingenua para no saber que estaba a punto de ser testigo auditivo de un acto amoroso. Eso hizo que le hirviera la sangre. ¿No se suponía que era «lord perfección»? ¿Que estaba casi comprometido? Angeline había creído que sería fiel, aunque por supuesto, esa palabra no entraba en el vocabulario masculino y ella había sido muy tonta al pensar que Elliot era tan buen hombre como su hermano. Se sintió decepcionada y solo esperaba el mejor momento para salir. La conversación siguió pero ella ya no se molestó en intentar descifrar qué decían.

—No entiende nada, váyase de aquí, por favor, o llamaré a alguien para que la saque —advirtió.

—Vamos, querido, sé que lo deseas tanto como yo.

Angeline reconoció la voz de lady Murray. La mujer había enviudado hacía cuatro años, y como no tuvo hijos varones, el título había pasado a un sobrino del viejo conde, por lo que ella, desamparada, se la pasaba en busca de protectores ricos que pudieran mantener su alto nivel de vida. Por lo visto,

había elegido a lord Coventry, y este no fue lo suficientemente decente para rechazarla. El aguijón de los celos volvió a atacarla con fiereza. Ella se esforzó por ignorar la sensación. Lo único que deseaba era salir de ahí para jurar en voz alta jamás volver a cometer una locura semejante.

Oyó el sonido de una campanilla y frunció el ceño. ¿Acaso pedirían la cena? Lo último que le faltaba, quedarse ahí mientras ellos cenaban muy cómodos. Se quedaría sin aire respirable para cuando pudiera salir, entonces él solo encontraría su cadáver.

—Cúbrase, por el amor de Dios, agarrará una pulmonía si sale así.

—Mi abrigo estaba en el coche que mande a casa, no creí necesitarlo.
—El tono agrio de la mujer le dio a entender a Elliot que por fin ella había entendido que no era bienvenida.

Angeline suspiró, cansada, e intentó buscar una posición cómoda para pasar el rato. Estaba por recostarse de la madera cuando la puerta se abrió.

Ella se quedó estática y le entraron ganas de salir corriendo. Elliot tenía la boca abierta y parecía incapaz de reaccionar. Claramente no sabía qué sucedía. Un sonido proveniente de atrás fue lo que los puso en alerta. Él actuó rápido, tomó un abrigo y volvió a cerrar las puertas como si no pasara nada.

—Tome. Mi cochero la llevará a casa —informó y salió con la mujer para llevarla abajo.

Angeline oyó la puerta cerrarse y salió de su escondite. Corrió hacia la puerta y se escondió entre uno de los pasillos. Cuando vio que Elliot regresaba a su cuarto, aprovechó y huyó todo lo rápido que sus piernas lo permitieron. Sabía que él estaría muy enojado y querría hablar con ella, pero Angeline todo lo que deseaba era no verlo nunca más en su vida. Esa era la mayor vergüenza que hubiera pasado jamás. Además, estaba molesta con él

por el asunto con lady Murray. Si no la hubiese descubierto, solo Dios sabría qué estarían haciendo en esos momentos. Una parte de ella se regocijaba por haber arruinado el encuentro, la otra se sentía decepcionada de ver que él no era el caballero ideal que ella había creído. Tal vez esa era la señal que necesitaba para empezar a buscar uno nuevo.

Cuando estaba al final de las escaleras, sintió los pasos de Elliot acercarse y corrió más rápido aún. Salió por donde había entrado, sin importarle si alguien la veía. Huyó a su casa y entró por la puerta de servicio. Solo cuando estuvo en su habitación pudo respirar aliviada, aunque sabía que no sería por mucho tiempo. Mañana sería un largo día. Al menos había recuperado su carta.

Elliot soltó una maldición y se preguntó si todo no habría sido producto de su imaginación. Era imposible que Angeline Allen hubiera estado oculta en su armario. ¿Por qué lo estaría? No era algo que tuviera una explicación lógica, al menos claro, que él hubiera perdido el juicio y ya no solo la oliera, sino que también la imaginaba por todos lados. Pensar así pudo haberle ahorrado horas de razonamiento, pero estaba claro que él no estaba alucinando, ella estuvo en su armario y no podría averiguar por qué hasta el día siguiente.

Se acostó en la cama pensando en la fecha exacta en que todo se había vuelto un problema, y estuvo de acuerdo en que fue cuando se empezó a acercarse mucho a ella. Él no era de creer dichos ni cosas absurdas, pero ciertamente eso que se decía *no te juntes mucho con un Allen, o terminarás en problemas*, era verídico. Debería alejarse de ella, y lo haría, pero primero, tenía cierto interés en saber qué hacía escondida en su armario.

Capítulo 13.

Debía escapar.

Angeline tenía que buscar la forma de tomar el siguiente barco a América si quería permanecer con vida, o al menos, con su orgullo intacto. Sabía que ordenar al mayordomo que le dijera a Elliot que ella no se encontraba no lo detendría por mucho tiempo, insistiría e insistiría hasta que tarde o temprano tuviera que confrontarlo. Ya que no se le ocurría ninguna excusa creíble que justificara por qué estuvo la noche anterior en su armario, y la verdad estaba descartada, ella tendría que huir.

Se sentó en la cama, suspiró, y puso freno a su imaginación. No podía huir, eso lo sabía, pero ¿cómo hacía para evitar un bochornoso encuentro? Tendría que pensarlo, y mientras lo hacía, se escondería como una cobarde.

Debió haberlo imaginado.

Había sido demasiado por parte de Elliot pensar que Angeline lo recibiría gustosa y le ofrecería la explicación lógica que deseaba. No obstante, ese empeño en ocultarse solo conseguía ponerlo a pensar en qué tan malos o escandalosos serían los motivos por los que estaba escondida en su armario; si es que puede haber un motivo que justifique semejante acto.

Estaba a punto de manifestar que regresaría luego cuando alguien dijo:

—Buenos días, lord Coventry.

Elliot se giró y vio a la joven castaña que se acercaba. Clarice Allen.

Cualquiera que viera a Clarice Allen, o a cualquiera de los mellizos, daría un paso hacia atrás por seguridad, pero Elliot suponía que a la edad de trece años, la joven era lo suficientemente madura para haber dejado de lado

todo eso que tanto le dio fama.

—Buenos días, lady Clarice —correspondió con una inclinación de cabeza.

—Gibbs —dijo al mayordomo—, yo atenderé a lord Coventry. Puedes retirarte.

A Elliot le pareció cómica la frase viniendo de alguien tan joven, sin embargo, la muchacha, a pesar de su tierna edad, inspiraba respeto, pues el mayordomo se retiró, con un ceño fruncido debido a la duda, pero se retiró.

—Así que vino a ver a Angeline —comentó lady Clarice con una sonrisa ¿maliciosa? No, calculadora la describía mejor.

—Sí —respondió Elliot sin saber muy bien qué decir.

—Y el mayordomo ha dicho que ella no está —continuó la joven y él asintió.

—¿Es verdad?

—No lo sé —dijo ella y su sonrisa se amplió—. Tal vez sepa dónde está, pero no recuerdo.

Elliot no necesitó mucho tiempo para entender lo que ella insinuaba.

—¿Qué quieres?

—Dinero.

—¿Por qué? —preguntó él.

—No lo quiere saber —afirmó—. ¿Acepta negociar conmigo?

Él dudó, pero al final la necesidad fue más fuerte.

—¿Un penique? —sugirió.

Ella mostró una expresión ofendida.

—¿Un penique? Eso es muy poco. Una libra.

—¿Una libra?! —repitió incrédulo—. ¿Qué va a hacer una criatura como tú con una libra?

—Más de lo que puedo hacer con un penique, eso es seguro.

En el fondo, Elliot admiró su ingenio. No era, sin embargo, tan insensato para darle una libra a esa mujer.

—Medio chelín —propuso.

—Una corona

—Un chelín.

—Media corona. No pienso aceptar menos.

Elliot suspiró, y se lamentó de que la joven hubiera nacido mujer. Un cerebro así, con tal habilidad para los negocios, hubiera sido bien apreciado en una nueva generación.

Sacó de su bolsillo media corona y se la entregó.

—¿Está o no tu hermana en casa?

—Sí, está —respondió Clarice sin ningún remordimiento por haber delatado a su hermana—. Arriba, en su cuarto. Si quiere hablar con ella, puede subir. Hoy es el día libre de la mayoría del personal, Julian y Sapphire no están. Siendo usted, no desperdiciaría la oportunidad. Por lo que entiendo, mi hermana no desea verlo y hará hasta lo imposible por evitarlo. Si tiene miedo de que los descubran, deme otros seis peniques y me quedaré aquí vigilando, cuando mi hermano regrese, iré a avisarles —propuso.

Elliot no pudo haberse quedado más atónito. ¿Subir al cuarto de

Angeline? Eso era impensable, iba en contra de todas las reglas del decoro y las buenas maneras. Un caballero jamás haría una cosa semejante, menos sabiendo el riesgo que correrían sus reputaciones si alguien los encontraba. No obstante, la muchacha le había asegurado que los ayudaría, y él necesitaba saber la respuesta a lo sucedido la noche pasada.

—¿Puedo confiar en ti? —le preguntó esperando ver algo en su expresión que delatara cualquier treta.

—La gente le diría que no —afirmó ella, sonriendo—. Yo también diría que no. Pero hoy estoy de buen humor, así que tiene mi palabra. Si la cree o no, es su problema.

—¿Me devolverás el dinero si decido no tomar el riesgo?

—Claro que no —respondió, ofendida—. En toda inversión hay un riesgo, mi hermano Alexander siempre lo dice. Además, usted pagó por saber si ella estaba aquí y le respondí. El dinero es mío.

Elliot contuvo una sonrisa. Le caía bien la muchacha.

—Bien, acepto —dijo antes de que pudiera pensar bien las cosas y se recordara por qué no podía subir al cuarto de una dama soltera—. Ten. —Le dio los otros seis peniques—. Espero que me estés diciendo la verdad y cumplas tu palabra.

—Yo no miento —aseguró. Al ver que Elliot arqueaba una ceja, admitió—. Está bien, sí, miento. Pero tengo palabra. No se preocupe, puede confiar en mí.

Elliot esperaba no haber cometido un error.

Diciéndose que era por un bien mayor, siguió las indicaciones que le dio Clarice y llegó a la habitación de Angeline. Alzó la mano para tocar, pero

cambió de idea y abrió la puerta sin escrúpulos. Se encontró con una Angeline que se abotonaba un vestido de mañana.

La sorpresa no dejó reaccionar a ninguno por al menos un minuto entero. Angeline estaba intentando entender qué sucedía, mientras Elliot, preso del estupor, no podía apartar la vista de un punto fijo, que por cierto, estaba muy cerca de los pechos que se dejaban entrever en la camisola. Unos pechos redondos, firmes, con pezones de un tono más oscuro que resaltaba sobre la satinada piel blanca. Sintió una punzada de excitación recorrerle.

El jadeo de Angeline lo hizo reaccionar, y maldiciendo en voz baja, se giró.

—¿Cómo te atreves a entrar de esa manera a mi cuarto? Eso no es de caballeros —manifestó Angeline, nerviosa, mientras se abotonaba con rapidez el vestido. Su doncella tenía el día libre y ella no había visto ningún inconveniente en cambiarse sola para la salida que tenía en un rato con Sapphire, después de todo, era un vestido que se ataba por delante.

—Resulta —respondió él con tono irónico, haciendo un esfuerzo por concentrarse en sus palabras, y no girarse para observar a la mujer medio desnuda a unos metros suyos—, que lo hice porque es la única manera de obtener una explicación sobre por qué cierta persona estaba en mi armario ayer por la noche, cosa que, si me permites mencionarlo, tampoco es de damas.

Angeline se ruborizó y consideró tirarse por la ventana. ¿Cómo salía de esa situación?

—Te pido por favor que salgas de mi cuarto o...o...¡empiezo a gritar!

—Oh, vamos Angeline, no seas infantil. Afronta las consecuencias de tus actos y dame una explicación.

Angeline terminó de abrocharse los botones de su vestido. Toda la indignación de la noche anterior volvió a surgir al recordar la cita que arruinó. Cuadró los hombros, y antes de pensar bien en sus palabras, dijo:

—¿Qué quieres saber, Elliot? ¿Por qué he sido tan inoportuna de colarme en tu casa justo ayer, arruinando tu cita amorosa? —No pudo evitar el tono mordaz al decirlo. Él se giró inmediatamente, agradecido, y quizás un poco desilusionado, al verla ya vestida. Esto último, por supuesto, jamás lo admitiría.

—¿No te da vergüenza? —reprochó Angeline antes de que él pudiera hablar—. ¿Pregonar tu buena reputación y engañar a tu casi prometida de esa manera?

Él se quedó tan atónito con sus palabras que no pudo responder. Ella aprovechó su silencio para desahogarse.

—Nunca lo esperé de ti. Y no me salgas con que es una costumbre normal en los hombres porque no lo acepto. Yo sé que no estás enamorado de lady Georgiana, pero creí que al menos le guardabas algo de respeto. ¿Con lady Murray, Elliot? Si esa mujer está mas usada que el salón de Almack's.

Elliot abrió la boca y la volvió a cerrar, incapaz de pronunciar palabra por la sorpresa. ¿Cómo habían llegado a ese tema? Al ver que ella volvía a abrir la boca para seguir, él la detuvo.

—¡Ya basta! —exclamó—. No tienes derecho a juzgar lo que haga, y aunque no merezcas una explicación de mi parte, mi orgullo me exige aclararte que en ningún momento he estado involucrado con esa mujer. Lo de ayer no ha sido más que un malentendido y eso fue todo. No obstante, no podría decir lo mismo de tu presencia en mi armario.

Angeline se sonrojó e intentó hacer regresar la rabia para no quedar en

desventaja. Se había calmado apenas él mencionó que fue un malentendido. No tenía ni idea de cuál, pero ella le creía, por una tonta razón, confiaba en él. Quizás porque siempre supo que Elliot no era capaz de una cosa semejante, por más que se repitiera lo contrario para convencer a su corazón de que se había equivocado de hombre

—Angeline...

Angeline suspiró y se dijo que había llegado el momento. Tomó aire, abrió la boca y dijo:

—Está bien. Lo de ayer fue por... ¡El maleficio del apellido Allen! — aseguró y Elliot miró al techo como si pidiera paciencia—. Es verdad — afirmó cada vez más emocionada—. Nunca te conté la historia, prometí hacerlo, así que lo haré.

—No me interesa...

—Hace dos siglos —habló ella como si él no hubiera intervenido—, el primer conde de Granard estaba enamorado de una bella joven, que a pesar de poseer clase y dinero, no era lo suficientemente buena para tan distinguido linaje; por ello, el rey arregló el matrimonio del conde con una prestigiada dama de la corte, Anastasia, que se rumoreaba, poseía poderes sobre naturales.

—Oh, por el amor de Dio...

—El conde —interrumpió ella afanada en seguir con su historia— se negaba a dejar de lado a su amada, así que elaboró un plan con su hermano gemelo. Los gemelos Allen eran conocidos por cambiar con frecuencia de personalidad y burlarse de la gente gastándoles algunas bromas. Nadie sabía con exactitud quién era quien, y de eso se valió lord Granard. El hermano gemelo, enamorado de Anastasia desde tiempo atrás, no puso ningún reparo en

fingir ser su hermano, y al otro no le importó renunciar al título que le pertenecía por derecho solo por poder estar con su amada. Así pues, ambos hermanos se comprometieron con las doncellas deseadas y la boda doble se llevaría a cabo el mismo día.

«El día de la boda, Anastasia escuchó una conversación entre los dos hermanos. Se dio cuenta de que fue víctima de un engaño, por lo que, presa de rabia y humillada, lanzó el siguiente maleficio:

*Hermanos Allen que les gusta jugar con los demás.
Sobre ustedes y su progenie mis palabras recaerán.
Como tanto les gusta buscarse problemas,
he decidido hacerles un regalo sobre el tema.
Cada descendiente que de su sangre venga,
o su apellido de primero tenga,
jamás de los líos y escándalos podrán escapar.
y solo las mujeres al casarse se podrán salvar.
Si nacen por partido doble, sean gemelos o mellizos,
en ellos recaerá la peor parte de mi hechizo.
Vivirán en líos toda la vida,
e incluso los buscarán con alegría.
Sean hombres o mujeres todos pagarán la afrenta,
pues a Anastasia nadie le hace semejante ofensa»*

—Con esas palabras, se cuenta que la mujer desapareció dejando a todos atontados.

Elliot, que había escuchado la historia pensando que no podía haber algo más ridículo en esa vida, blanqueó los ojos.

—¿No pretenderás que me crea semejante cuento?

—Es verdad —aseguró Angeline con convicción—. Eso es lo que se dice.

—No seas ridícula. No es más que un cuento para entretener a los niños. Además, eso no explica qué hacías en mi armario ayer.

Angeline se dejó caer en un canapé y se lamentó de no haber podido desviar la atención con la increíble historia que se acababa de inventar. Lo único que había conseguido era la certeza de que sería una gran escritora.

Era verdad que los Allen tenían una historia, pero ella desconocía cuál era o si se asemejaba un poco a la que acababa de contar. Lo único que sabía era que debió suponer que Elliot no se creería ese cuento, a pesar de que le había salido tan bien. Incluso consiguió que el maleficio rimara. Para ser inventado en último momento, era bastante bueno. Ahora, solo debía inventar algo de verdad creíble para justificar su estancia en la casa de él anoche.

—Yo...yo...

—Angeline...

—Yo estaba escribiendo una carta, cuando la fui a leer cerca de la ventana, esta se voló y después de un largo recorrido, terminó entrando por la ventana de tu cuarto. No sabía que era tu habitación. Me escabullí en tu casa para recuperarla. Por cierto, deberías arreglar la ventana de la biblioteca. — Listo, lo había dicho, omitiendo ciertos detalles importantes, pero lo había dicho.

—¿No podías pedirme que te la regresara en lugar de entrar a mi casa

como una ladrona?

—Hubiera tenido que esperar hasta hoy. Se podía perder.

O podías leerla.

—Estaba en mi alcoba. Muy difícilmente se hubiera perdido.

—Pero el contenido era muy personal. No estaba firmada, así que te hubieras visto obligado a ver algo de ella para descubrirlo.

Elliot sopesó la historia como si presintiera que ella omitía algo.

—Ya veo. ¿Alguna carta de amor?

Angeline se ruborizó al recordar. Él lo tomó como una confirmación.

—Así que, ¿te has enamorado, Angeline Allen? —Era su impresión, ¿o había un deje de molestia en su voz? No, seguro era su imaginación.

Angeline asintió, al fin y al cabo, no era mentira.

—¿Se puede saber de quién?

—No.

Elliot frunció el ceño.

—Lo que sucede es que...—Genial, ¿y ahora? Bueno, todavía podía decirle que no era de su incumbencia, pero eso despertaría más dudas ¿no?—. ¡Es un romance secreto! Sí, es un romance prohibido.

Angeline supo, por el ceño fruncido de Elliot, que mejor debió haberle dicho que no era de su incumbencia. Sentía que acababa de caer en un telaraña de la que solo podía salir tejiendo más mentiras, que sabría Dios que consecuencias traerían.

—¿Un romance secreto? ¿Por qué el romance tiene que ser secreto? —

inquirió con el ceño más fruncido de ser posible.

Angeline sabía lo que él pensaba. Si el caballero tenía buenas intenciones, ¿por qué el cortejo a escondidas? La respuesta tendría que inventarla ahora.

—Es que su familia no me acepta. Ya sabes, el apellido, la reputación.

—Bien, eso no se alejaba mucho de la verdad.

Elliot negó con la cabeza como si no comprendiese.

—Si de verdad te quisiera, Angeline, no le importarían esas cosas.

Angeline suspiró. ¿Debió inventarse mejor que el caballero no era de su misma clase? Sea como sea, era muy tarde para cambiar de excusa.

—No quiero perjudicarlo —dijo. Intentaba ganar tiempo. ¿Acaso él pensaba quedarse todo el día ahí, en su cuarto?

—Cualquier hombre que se avergüence de ti, o de quién eres, y desee mantener una relación en secreto, no te quiere, Angeline. No sé de quién hablas, pero puedo afirmar que no te conviene.

Angeline no supo si reír o enojarse. Él le estaba dando el consejo con buena intención, y aunque le hubiera gustado que también estuvieran interviniendo los celos, sabía que no era el caso. No obstante, dado que estaba casi comprometido no tenía ningún derecho en querer arruinar su fantasía con el amor que se acababa de inventar. Tampoco debería opinar, pero ya que lo hacía, significaba que ella también podía opinar sobre su relación con lady Georgiana. Sin saberlo, Elliot había sacado el tema que le interesaba.

—Lo mismo podría decirse de ti y tus intenciones con lady Georgiana —espetó y trató de sonar ofendida por su comentario—. No estás seguro de querer casarte, y aun así la haces perder el tiempo.

Elliot, que se había recostado en uno de los postes de la cama, se envaró y la miró con ojos acusadores, como si ella le hubiera recordado algo que deseaba olvidar.

—Yo no mantengo una relación secreta con ella.

—Pero no estás seguro de querer casarte.

—Claro que lo estoy —respondió aunque tardó más de lo debido.

Angeline aprovechó ese momento de duda.

—No lo estás, y sabes por qué, porque no la amas y no estás seguro de que sea la mujer con la que deseas pasar el resto de tu vida.

Elliot se pasó una mano por el cabello.

—No estábamos hablando de mí.

—Sin embargo, la situación es semejante —insistió al ver que él quería desviar de nuevo el tema a su pretendiente imaginario.

—No lo es.

—Sí, lo es. Puede que mi pretendiente no quiera hacer público nuestro cortejo, pero tú tampoco quieres hacer público un compromiso. Analizaré lo que me acabas de decir, solo te pido a cambio pienses en tu propia situación. ¿De verdad deseas casarte? ¿En realidad quieres pasar el resto de tu vida con esa persona en específico?

Elliot parecía haberse olvidado del pretendiente de Angeline y comenzó a pasear por la habitación. Le daba vueltas su propio asunto.

—La monotonía y la costumbre pueden hacerte creer que llevas un matrimonio feliz —prosiguió Angeline, deseaba clavar más el aguijón de la duda—, pero ¿en verdad lo serás? ¿Qué sucedería si algún día encuentras a

alguien que te llame más la atención? Te conozco, Elliot, jamás faltarías a tus votos matrimoniales. Esa promesa te pesaría el resto de tu vida. Intentarás hacer a lady Georgiana feliz, y tú serás desgraciado aunque querrás convencerte de lo contrario. Creo que...

—¡Basta!

Elliot se detuvo frente a ella. Angeline se vio en la necesidad de callar y retroceder un par de pasos ¿Se le habría ido la mano?

—No sabes nada de lo que quiero. Tampoco tienes derecho de atormentarme la cabeza de este modo. Desde que comenzó este año no has hecho otra cosa que atormentarme.

Angeline frunció el ceño mientras retrocedía a la vez que él se acercaba. ¿Por qué diría que lo atormentaba? ¿Era por todas las veces que casi lo involucra en un escándalo? Eso no era culpa de ella, sino del apellido.

—No tienes la mínima idea de todo lo que tengo que pasar por tu culpa como para que ahora te dediques a sembrarme la duda sobre algo que tengo perfectamente claro. —Él se acercó más, y ella quedó acorralada contra la pared—. ¿Entiendes?

Angeline tuvo el descaro de negar con la cabeza, no con intención de irritarlo más, sino que de verdad no entendía.

El gruñó y la miró a los ojos. Parecía que estuviera buscando algo decisivo en ellos, pero ella desconocía qué. Se quedó quieta. El meneó la cabeza con cierta frustración.

—No lo entiendo.

—¿Qué no entiendes? —se aventuró a preguntar.

—Por qué.

—¿Por qué, qué?

Ella nunca había sido tonta, pero la conversación estaba un poco enredada.

—Esto.

Sin más que decir, la besó.

La sorpresa duró menos que la última vez. Angeline tardó solo dos segundos en cruzar sus brazos sobre su cuello y responder al beso con ímpetu y pasión.

Saber que ese era el hombre de su vida la ayudó a entender el porqué de esas sensaciones tan maravillosas que sentía cada vez que sus labios se rozaban. Sus lenguas empezaron a danzar y ella pronto sintió como las rodillas le fallaban. Se pegó más a él en busca de apoyo y Elliot la rodeó con sus brazos, sosteniéndola para que pudiera disfrutar a plenitud ese maravilloso contacto de labios.

Con cada roce el beso se volvía más profundo y a cada instante parecía más difícil separarse. Era como si supieran que si lo hacían, volverían a esa realidad que no querían enfrentar, volverían las peleas y la consciencia de que en realidad no estaban juntos. Como si quisieran aprovechar cada instante del magnífico encuentro que describía sin necesidad de palabras sentimientos profundos y secretos.

Los labios de él saquearon los de ella con pasión, como si buscara algo y necesitara encontrarlo o moriría. El cuerpo de Angeline se empezó a calentar, sintió una punzada que bajó hasta su vientre, y la boca de él ahogó sus gemidos. Cuando las manos recorrieron con lentas caricias su espalda, ella se arqueó y se pegó más a él. Sintió que la tela era un estorbo para el contacto que su piel anhelaba. Solo pudo frotarse contra el otro cuerpo y seguir el

movimiento de los labios masculinos, deseando llenar una necesitada desconocida.

Tal era su ímpetu en permanecer unidos que si no hubiera sido por un carraspeo proveniente de la entrada, no sabrían cuánto hubieran durado así, o qué hubiera pasado después.

Se separaron con esfuerzo, y evitaron la mirada del otro cuando la realidad se impuso sobre el aura mágica que antes los había rodeado. Ambos se giraron y se enfrentaron a la mueca horrorizada de Clarice, que demostraba su desagrado ante la acción que acababa de presenciar. Al parecer, era muy joven para ver el contacto de labios como algo más que un acto desagradable.

—Eh...yo...lamento interrumpir lo que fuera que estuvieran haciendo, pero Julian está entrado por el portón en este momento. Deberían bajar rápido si no quieren que los descubran.

Ambos tardaron exactamente cinco segundos en comprender lo que eso significaba. Aún agitados, salieron del cuarto rogando llegar a una de las salas de abajo antes que Julian, sino, tendrían que dar muchas explicaciones.

Capítulo 14.

Tenía que hacerlo.

Elliot tanteó el bolsillo de su chaqueta para comprobar que el anillo estaba ahí y se repitió que había llegado el momento.

La velada de lady Jersey apenas comenzaba, por lo que aún no había muchos curiosos que pudieran interferir en lo que estaba a punto de hacer: pedirle matrimonio a lady Georgiana.

La decisión fue tomada hacía casi una semana, pero si le había quedado alguna duda, se disipó después del beso que le había dado a Angeline tres días antes.

Elliot no podía creer que hubiera cedido nuevamente a la tentación. Se suponía que era un hombre cuyos instintos siempre estaban bajo control, solo que cuando estaba cerca de esa mujer parecían salirse de su prisión. Era algo que no podía controlar ni entender, y eso cada vez lo hacía sentirse peor, por ello, había llegado a la firme convicción de que debía casarse lo más pronto posible. Cuando lo hiciera, su sentido del honor y del deber se impondría ante cualquier instinto primitivo y no volvería a caer en la tentación que Angeline representaba. Además, ella estaba enamorada de otro.

Ese era otro tema que le tenía la cabeza echa un lío. Él podía ser su amigo, pero aun así el tema no debía interesarle; sin embargo lo hacía, y no solo eso, sino que su cerebro se rebelaba contra la idea de que ella siguiera con esa relación secreta. Por supuesto, el motivo no era otro que la preocupación de un amigo por el bienestar de ella. Alguien que mantenía su relación en secreto no podía quererla y Elliot, por el profundo aprecio que le profesaba —nada más—, no concebía la idea de que ella se embarcara en lo que seguramente resultaría un gran problema al final, pues a pesar de no haber

creído una palabra del supuesto cuento del maleficio, no se podía negar que los Allen vivían para los problemas.

De alguna forma lograría convencerla de que pensara bien el asunto. Ahora tenía que resolver sus propios problemas.

Localizó a la que sería su futura esposa en una esquina del salón. Elliot se acercó a ella y le pidió salir un momento al jardín. Lady Londonderry, enterada de la conversación que tuvo él con el padre de la joven el día anterior, los dejó ir sin ningún reparo. Aunque Elliot estaba seguro que tendría encima su mirada calculadora según se lo permitiera el espacio.

Con el fin de obtener un poco de privacidad, Elliot guio a lady Georgiana a una fuente que se alzaba en medio del jardín, y la instó a sentarse en el borde mientras él ordenaba sus ideas. La noche anterior había preparado y memorizado un discurso adecuado, pero hoy no se acordaba ni de una palabra, así que tocaría improvisar.

Se colocó frente a ella y abrió la boca, sin embargo, ninguna palabras salió de esta, y no solo porque en realidad no tenía idea de qué decir, sino que creyó oír un ruido que distrajo su atención. ¿Sería que no estaba solos?

No lo podía creer.

Angeline no podía creer que después de tres días aún siguiera recordando y añorando aquel beso en su habitación. Está bien, puede que su enamoramiento por el hombre tuviera algo que ver, pero eso no evitaba que sintiera rabia consigo misma, pues el beso le daba esperanzas, y la enojaba tenerlas, sobre todo, la enfurecía que él se las diera. Elliot alentaba sus esperanzas a pesar de que Angeline sabía que no tenía ninguna intención de cambiar su opinión con respecto a su compromiso. Podía haberlo hecho dudar,

podía haber sembrado el veneno, no obstante, su última reacción dejaba claro que si tenía algún sentimiento por ella, iba a luchar hasta la muerte por enterrarlo, simplemente porque dos familias tan distintas no se podían unir. Entonces, si esa era su decisión, ¿por qué besarla de esa manera despertando sus más profundos sentimientos? ¿Alentando a su corazón a creer que podía haber un final feliz que no existía?

Puede que toda la culpa no fuera de él, es decir, ella también lo había dejado hacer, y en el fondo esa era la raíz de su molestia. ¿Por qué, si desde un principio supo que eso no iba a funcionar, intentó hacerle cambiar a él de idea?

Furiosa consigo misma pero echándole la mayor parte de la culpa a Elliot, Angeline descargó su rabia pateando el piso como niña pequeña haciendo berrinche, sin importarle que sus delicadas zapatillas se ensuciaran con la tierra del jardín. Maldito fuera Elliot Miller por hacerla sentir de esa manera. Antes de que él apareciera, su vida era perfecta. Ahora era un desastre de sentimientos.

Estaba a punto de regresar a la fiesta de la que se había escapado cuando lo vio. Estaba parado de espaldas frente a la fuente, y según podía ver, completamente solo. Angeline sintió de pronto la absurda necesidad de desahogarse, quizás porque llevaba muchos días con esos sentimientos guardados, o tal vez fuera porque sentía necesidad de echarle la culpa a alguien. Caminó hasta él y dijo lo que si hubiera pensado bien, jamás habría dicho.

—¡Maldito seas, Elliot Miller! —espetó y se giró antes de ver su reacción, con el fin de darse valor para seguir hablando, por lo que no se dio cuenta de que él no estaba solo—. ¿Qué clase de caballero eres tú que besas a una dama en su propio cuarto? ¿Tienes la mínima idea de lo que me has

ocasionado? La primera vez te perdoné, en esta ocasión no lo haré. — Angeline dio una patada en el piso y empezó a andar de un lado a otro sin voltearse, por lo que no pudo ver los rostros patidifusos de los espectadores —. Por tu culpa he traicionado a... tú sabes quién —dijo, incapaz de inventar en ese momento un nombre, pero viéndose en la necesidad de que él se sintiera culpable aunque sea para obtener algo de venganza—. Oh, esto es un desastre. Desde hace meses todo es un desastre —culminó en tono lastimero.

Al fin obtuvo el valor para girarse y su barbilla casi toca el suelo cuando vio a lady Georgiana sentada en el banco de la fuente. Él debió haberla ocultado con su cuerpo.

Angeline deseó en ese momento que la tierra se la tragara, o ¿quizás podría pasar un huracán y llevársela a algún lugar lejano para mitigar su vergüenza? ¿Sería mucho pedir?

Respiró hondo y vio que Elliot la observaba con una mezcla de asombro y rabia. No podía culparlo, no había que ser muy listo para darse cuenta de que acababa de arruinar una propuesta de matrimonio y todo por culpa de un orgullo herido. Ahora, tenía que pensar en algo para salir viva del problema.

—¡Lady Georgiana! —exclamó con la mayor jovialidad que pudo—. No sabía que usted estaba aquí. ¿Le ha gustado mi interpretación de mujer celosa? Es que... ¡es para una obra! Yo...eh...la familia pensaba ofrecer una interpretación teatral de una obra escrita por mi... ¡cuñada!, sí, por mi cuñada. —Angeline sabía que estaba haciendo el ridículo. ¿Una obra?, ¿en serio?, ¿una obra de una mujer celosa? —. ¿Me he visto real?

Elliot se pasó la mano por la cara, parecía pedirle perdón a Dios por cuál fuera el pecado cometido que lo llevó a eso, mientras, lady Georgiana fruncía el ceño. Ser tonta no estaba entre sus pocos defectos. Se podía decir en

su favor que mantuvo una compostura admirable para la situación.

—Creo, lord Coventry —dijo con calma mientras se levantaba con grácil elegancia—, que he malinterpretado los motivos por los que pudo haberme traído aquí. —Ella no los había malinterpretado, y lo sabía. Angeline supuso que era una forma de salir bien de la situación considerando que debía desconocer qué pasaba—. Lo mejor será que me vaya y deseó que resuelvan sus...diferencia.

—Lady Georgiana, espere. No es lo que usted cree. —Elliot la detuvo tomándola del brazo con delicadeza, aunque su vista estaba puesta en Angeline, el coraje que expresaba no podía describirse con palabra.

—Sí, no es lo que usted piensa —apoyó esta dispuesta a hacer lo que sea para arreglar lo que hizo; no porque quisiera que ellos se arreglaran, pero si todo se arruinaba, Elliot la mataría y ella no quería morir—. Sucede que...

—Oh, no vaya a mencionar de nuevo la obra, por favor. Sé que no parezco la más inteligente de las mujeres, pero tampoco soy tonta. Escuchen, los cotilleos y la difamación no van con mi personalidad, así que pueden quedarse tranquilos. Lo que sea que sucede entre ustedes está a salvo conmigo.

—Lo lamento, milady —se disculpó Elliot—. De verdad yo no...

—Sinceramente, no lo creo un hombre capaz de jugar con el tiempo y las ilusiones de una dama de esa manera, lord Coventry; por ello, supondré que este asunto... —Miró a Angeline como si ella representara el asunto—, sea cual sea, se escapó de sus manos. No se preocupe, hablaré con mi padre y afirmaré haber sido yo la que rechazó la propuesta. Creo ser capaz de inventar una excusa creíble. —Observó de nuevo a Angeline como si quisiera recalcarle el pésimo intento de mentira que quiso decirles—. Hasta luego.

—Espere...—Angeline la tomó por el brazo para que no se fuera—.

Gracias. Aun así, le juro que entre nosotros no hay nada...es decir no...yo no...¡Todo es culpa de él! —Señaló a Elliot, enfurruñada por ser incapaz de formular una excusa. Oyó como él comenzaba una cuenta progresiva. Ese sería su último día de vida de todas formas, así que, ¿por qué no seguir hablando? —. En un futuro me lo agradecerá, se lo aseguró. Él no la quiere, y por lo que veo, usted tampoco a él. Cuando encuentren a la persona indicada, irán a llevarme flores a mi casa. —*O a mi tumba*, pesó al percatarse de la mirada de Elliot sobre ella—. En agradecimiento.

—Claro. —La mujer la miró como si Angeline estuviera diciendo algo sin sentido, cosa que no escapaba del todo de la verdad.

—Si quiere —continuó Angeline sin soltarle la mano y haciendo caso omiso de que Elliot parecía a punto de explotar—, le puedo presentar a uno de mis hermanos...

—No, gracias—aseguró de inmediato y Angeline podría jurar que casi se hace la señal de la cruz—. Estoy perfectamente bien por ahora. Sé que encontraré a alguien más. Hasta pronto.

Retrocedió tan rápido que tropezó con una de las piedras que rodeaban la fuente y perdió el equilibrio. Angeline intentó sostenerla pero la mujer terminó en el agua sin que se pudiera evitar.

La pareja se quedó tan sorprendida que tardó en reaccionar, y cuando lady Georgiana se paró con su vestido de fiesta lila chorreando agua, casi abrieron la boca el asombro al escuchar a la correcta dama soltar una maldición.

—Oh, mi madre me lo advirtió —aseguró colocándose un mojado mechón tras la oreja—. *Georgiana, no pases más de cinco minutos con un Allen o sucederá algo malo* —citó. Angeline pensó en lo gracioso que

resultaba eso. ¿Tan mala era su reputación que las madres le advertían a sus hijos que no pasaran con los Allen mas de cinco minutos?—. Por eso nunca se desobedece a una madre. ¿Qué se supone que diré ahora?

Elliot se apresuró a ayudar a la mujer a salir de la fuente y Angeline aprovechó ese momento para emprender su huida. Quizás pudiera convencer a su cuñada de que se fueran antes. Escuchó que Elliot la llamaba con tono que prometía represalias, por lo que ella apresuró el paso. En diez minutos había arruinado una propuesta de matrimonio, e inconscientemente había sido causante de que lady Georgiana terminara en la fuente. ¿Podría salir viva de esa? No, Elliot la mataría, y no solo por haber arruinado sus planes de la peor manera, sino que además había tenido el descaro de asegurar que se lo agradecería. ¿En qué cabeza cabía?

Entró al salón a toda prisa, esquivando a las personas que se le atravesaban. Pensó en ocultarse en el servicio de damas, pero estaba al otro lado de la estancia y tendría que pasar por donde debía venir Elliot. Sabía que él no iba a armar un escándalo en medio del salón, eso era impensable aun para las circunstancias, de igual forma, Angeline no quería arriesgarse. Dio con las puertas que conducían al jardín trasero. Podía esconderse ahí mientras al hombre se le enfriaba la ira buscándola, si eso sucedía, pues con su suerte, solo conseguía ponerlo de peor humor.

Llegó al jardín deseando ver algún matorral que la ocultara, por desgracia, duró mucho buscándolo, porque al minuto sintió como una mano de hierro le aprisionaba el brazo. No necesitó girarse para saber quién era, y se preguntó si sería muy tarde para pedir perdón por sus pecados. ¿Todavía podría ser recibida en el cielo?

Respiró hondo, se armó de valor y se enfrentó a Elliot. Cuando sus ojos verdes se encontraron con esos fríos ojos negros, Angeline hizo lo único

que podía hacer en ese tipo de circunstancias.

—¡Fue culpa del apellido! Te juro que yo no quería

Elliot no la soltó pero hizo varias inhalaciones como si quisiera controlarse para no asesinarla, cosa que no estaba muy lejos de la verdad.

—Se puede saber, Angeline —dijo con el tono más calmado que pudo conseguir—, ¿qué has hecho?

Arruinó su propuesta de matrimonio y consiguió que lady Georgiana terminara en la fuente. Ese podría ser un buen resumen, pero no creía que a Elliot le gustara que se lo recordaran.

—Deberías agradecer que lady Georgiana está dispuesta a asumir toda la responsabilidad, aunque eso no ayuda mucho. ¿Tienes idea del escándalo que igual se formará? La gente ya nos creía comprometidos, que el anuncio oficial no estuviera hecho, no significaba que no lo esperasen. Nuestras reputaciones quedarán afectadas después de esto, la de ella más que la mía.

—Oh vamos. No creo que un escándalo acabe con su vida social. Yo vivo en ellos y todavía soy invitada ¿no?

El agarre en su brazo se profundizó. Angeline decidió optar por el silencio como medio de supervivencia.

—Dios. No recuerdo haber cometido pecado tan grande en mi vida para merecer esto. ¿Por qué lo has hecho? Sabía que no tenías fe en este matrimonio, pero nunca te creí capaz de algo semejante.

—¡No lo hice a propósito! —exclamó, ofendida por la posibilidad de que él lo creyera así—. Sabes que jamás haría una cosa semejante.

—Entonces, ¿qué fue todo esto?, ¿casualidad?

—Sí —afirmó ella zafándose de su agarre—. No había visto a lady

Georgiana cuando comencé a hablar y estaba tan molesta que después no me percaté. No tienes ningún derecho a amonestarme cuando el causante de todo has sido tú —dijo sintiendo como la rabia anterior se iba apoderando de nuevo de ella haciéndole ganar valor para enfrentarlo—. Tú fuiste quien me besó en mi habitación. Tú fuiste quién causó todo este coraje; ¡así que tú eres indirectamente el culpable!

Elliot se quedó tan conmocionado que tardó en responder. Las palabras de Angeline hicieron mella en su cerebro. Su conciencia empezó a aguijonearlo recordándole que lo que ella decía era verdad. Se puso una mano en su cabeza y empezó a dar vueltas. ¿Cómo había llegado a esa situación? ¿Qué sucedería de ahora en adelante? ¿Qué le estaba pasando? Él jamás hubiera entrado en la habitación de una dama como lo hizo en la de ella. Él nunca hubiera besado a una joven soltera con la que no lo unía ningún compromiso formal. ¿A dónde iban a parar todos sus principios morales cuando de Angeline se trataba? ¿Su ética intachable y su sentido del honor dónde quedaban?

—Puede que todo esto haya sido mi culpa —admitió Angeline—, pero en el fondo, también fue tuya —dijo en voz baja y se alejó del lugar.

Elliot se quedó ahí por al menos una hora más intentando ordenar sus pensamientos y emociones. ¿Qué le pasaba? Era la pregunta constante que rondaba su mente, sin ninguna solución lógica a parte de una posible locura. Al final solo terminó preguntándose cuándo su vida se había vuelto ese desastre, o más importante, ¿tendría solución?

Angeline no regresó a la fiesta, bordeó la casa y terminó en el jardín principal. Los invitados empezaban a llegar. Ella decidió ocultarse entre unos matorrales y sentarse en un pequeño banco a pensar.

Lo de Elliot y ella no podría ser ni ahora ni nunca. Él estaba

demasiado preocupado por el escándalo y su reputación. Angeline era todo eso. Tenía que olvidarse de él a como diera lugar. Debía empezar a hacerlo ya. No había tiempo que perder. Elliot Miller no era para ella, pero alguien más sí. Estaba decidida a encontrarlo aunque se le fuera la vida en ello. Adiós a ese absurdo enamoramiento que solo le causaba dolor. Adiós a todos los dolores de cabeza que provocaba esa relación prohibida; y sobre todo, adiós a Elliot Miller y lo que representaba.

Capítulo 15.

Cuando Angeline regresó a la fiesta, media hora más tarde, la duquesa de Richmore parecía estar buscándola con desesperación. No había rastro de Elliot ni de los Londonderry. Tampoco se escuchaban susurros sobre una mujer empapada. Angeline no podía imaginar lo que debió inventar lady Georgiana, pero le estaba profundamente agradecida. No estaba segura de que su reputación sobreviviese un escándalo más.

Lady Richmore mostró su desconforme por la ausencia de Elliot y la joven se encontró pensando en la mejor manera de hacerla desistir del asunto. No podía olvidarse de él si tenía a alguien empeñada en juntarlos. Quiso buscar a Emerald para contarle lo sucedido, pero esta también había desaparecido de la fiesta, según le contó la duquesa, Topacio, la prima de Emerald y Sapphire, la había llevado a casa. Por lo que a Angeline respectaba, se encontraba sola en aquella velada.

Desanimada, bailó algunas piezas con unos caballeros, sin embargo, ninguno pudo borrarle la imagen de Elliot de su cabeza, como si la tuviera dibujada en su mente y fuera lo único que su cerebro podía procesar y mostrar.

A mitad de la velada estaba desaminada y por más que intentó inmiscuirse en una conversación con otras jóvenes solteras, no pudo. Estaba segura de que no hubiese podido aguantar si no fuera porque alguien entró en ese momento en la sala, llamando la atención de todos.

El salón se quedó en silencio para recibir con curiosidad a un trío de hombres que se movían por el camino de entrada como si el mundo estuviera a sus pies. Los susodichos no eran mayores que la misma Angeline, y debían apenas haber salido de Oxford, pero a su corta edad causaban sensación, pues eran hombres muy apuestos, demasiado para que cualquiera con la capacidad

de ver pudiera ignorarlo. El del centro era el que más llamaba la atención, sus cabellos castaños claros daban la impresión de la melena de un león. Desde donde ella estaba, no podía describir con exactitud sus rasgos, y aun así no podía negar su apostura ni su porte seguro. Las mujeres que estaban con ella, todas no mayores de veinte, años suspiraron.

—Te aseguro que me casaré con él —aseguró una a su amiga de al lado, refiriéndose al joven del centro.

—Dudo que piense en casarse. Mi madre dice que un hombre no toma en serio sus responsabilidades hasta después de los veinticinco —respondió la joven.

—Puede hacerlo, si cae perdidamente enamorado —dijo otra, y las mujeres asintieron en conformidad

—¿Quién es? —preguntó Angeline, sintiéndose ignorante.

Las jóvenes la miraron como si fuera un bicho raro.

—Es el señor Burton, Roland Burton —respondió la joven a su lado —, hijo primogénito de los vizcondes de Torrington.

—Es un granuja encantador —añadió otra.

—Dicen que es amante del peligro.

—Que no le tiene miedo a nada.

—Que su pasión son los escándalos —informó una rubia y Angeline se encontró pensando lo injusto que era que eso se festejara en un hombre y se reprochara en una mujer.

—Se comenta que le dijo a la señora Belmont que hablaba más que una cacatúa en su propia cara.

—Dicen que le manchó de vino a lord Lucas solo por diversión.

—Se estipula que no pasará más de un año antes de que la sociedad le dé la espalda por mal comportamiento.

Ella seguía ahí, puede que él durara más de un año.

Las mujeres suspiraron al mismo tiempo.

—Mi madre jamás me dejará acercarme.

—Ni la mía, pero podemos verlo, al menos.

Angeline blanqueó los ojos y se alejó. El hombre era poco más que un crío y ya recibía miradas. No se imaginaba que pasaría en unos años.

Olvidándose de él, caminó dispuesta a inventarse una excusa que la sacara de esa fiesta. Como cosa extraña, no logró encontrar a las personas responsables de ella. ¿De qué valía traer acompañantes si estos parecían desaparecer en el momento más inoportuno? Para eso venía sola a la fiesta. Se dijo que quizás podrían entablar conversación con una de las primas de Emerald; pero tampoco las encontró. Angeline movió los brazos con exasperación hasta que sintió que golpeaba algo y un quejido sonó a sus espaldas.

—Me habían comentado que lady Angeline Allen tenía buena derecha, no obstante, nunca creí experimentarla en carne propia.

Angeline giró temerosa y se encontró con el hombre que había causado tanto revuelo hace poco, que se frotaba la mejilla. De inmediato miró a los lados, para ver si alguien más había sido testigo de su imprudencia, pero parecía que la vida no tenía ganas de torturarla más ese día. Se fijó en el hombre frente a sí y comprobó su primera impresión. Era muy apuesto. Además de un cabello castaño que parecía indomable, poseía unos ojos

avellana bastantes bonitos. Sus rasgos eran firmes y suaves a la vez, dando como resultado una mezcla hermosa sin llegar a ser femenina. Su mandíbula era cuadrada y su cuerpo estaba bien formado.

—Me presento —dijo el hombre de repente—, mi nombre es Roland Burton, a su servicio, milady. —Hizo una perfecta inclinación y besó su mano—. Soy consciente de lo inadecuada de esta presentación, sucede que no podía esperar para conocer a uno de los famosos Allen, esos que tratan mi tema favorito: escándalo.

Angeline frunció el ceño y lo miró con desconfianza. ¿Habría escuchado bien?

—No me mire así —pidió el hombre, sus labios formando una sonrisa pícaro—. Siempre he querido conocer a un Allen. Puede decirse que son mi modelo a seguir. Claro que no esperé ser recibido con un golpe...

Angeline se ruborizó.

—Tiene usted muy raros modelos a seguir.

—No soy común, lo admito. No hay nada que me divierta más que un buen escándalo y ustedes parecen vivir en ellos. «La familia problemas», les dicen.

—Es inconsciente. No lo hacemos a propósito —se defendió.

—¿No? —Él pareció decepcionado, pero luego se encogió de hombros—. Es una lástima. No hay nada más interesante que escandalizar a alguien.

—Su manera de tratar el tema, con tanta naturalidad, me lo confirma —respondió ella, sin darse cuenta que el hombre le había provocado una sonrisa—. No creo que comenzar una conversación con «adoro los escándalos» sea lo mejor. Las damas se horrorizarían.

—Ah, pero usted no es cualquier dama —aseguró él—, usted es la dama que le dejó los ojos morados al señor Cooper. Ahí radicó mi interés. Le aseguro que si hubiera sido otra dama, no me hubiera tomado la molestia de acercarme.

—Es todo un halago —dijo con sarcástica y el hombre sonrió—. ¿Siempre es tan impertinente?

Él se encogió de hombros.

—Nunca he entendido la necesidad de poner filtros a las palabras para no herir la frágil sensibilidad de la gente. Ellos no tienen reparo en destrozarse a alguien a sus espaldas, ¿por qué no decirles las cosas de frente?

Ella no podía estar más de acuerdo.

—Una buena lógica, señor Burton. Lamento no ser la persona que esperaba.

—¿Acaso sabe qué esperaba? —Arqueó una ceja.

—¿Alguien que estuviera en problemas por voluntad propia?

—Sí —admitió—, pero que lo haga de manera inconsciente no significa que me deje de causar curiosidad usted y su familia entera. Supongo que tanto tiempo provocando desmayos de horror a la sociedad han conseguido que le tomen cierta gracia al asunto, ¿me equivoco?

Angeline dudó un segundo pero al final negó con la cabeza.

—No, no se equivoca. En cierta forma resulta divertido.

—¡Ve! —El hombre parecía ahora emocionado—. Eso es lo que quería conseguir. Alguien que supiera divertirse entre tanta frivolidad. Ni siquiera mis amigos pueden darme el consuelo de algo interesante.

Angeline se recostó en una de las columnas y observó al hombre con curiosidad. Le empezaba a agradar.

—No lo veo como el tipo de hombre que disfruta de las veladas, y sin duda no está aquí para buscar esposa. Entonces, ¿qué hace acá si afirma no encontrar a nadie interesante?

—He venido obligado —dijo con un tono contundente. Angeline frunció el ceño.

—¿Obligado? ¿No está un poco mayor para que lo obliguen a algo?

—Uno nunca está demasiado mayor para caer en la táctica más vieja usada por una madre que quiere ver a su hijo por el camino del bien: manipulación.

Angeline no pudo evitar reírse.

—¿Lo han manipulado, señor Burton?

—Y de la peor manera —aseguró con fingida seriedad—. Me ha dicho: *Roland, ten piedad de tu pobre madre, ¿sabes las excusas que tengo que inventar a todos cuando no apareces en ningún evento de sociedad? Algunos ya dudan de tu existencia. Si tengo que soportar más preguntas indiscretas, me dará una apoplejía y tú serás el culpable* —citó con voz aguda. Angeline no pudo evitar soltar una carcajada—. Si me hubiese negado, para mañana estaría fingiendo alguna enfermedad de los nervios y echándome la culpa. Es una buena actriz, si la sociedad no las condenara, estoy seguro que resaltaría en el escenario.

—Oh, pobre señor Burton —se burló—. ¿Así que lo han condenado a pasar un tiempo en sociedad?

—Una semana, nada menos —se lamentó—. Creo que lo que de

verdad quiere es buscarme esposa. ¿Puede creerlo? Acabo de cumplir veintitrés y ya quiere casarme. Que Dios se apiade de mí. ¿Cómo lograré escapar unos años más?

Angeline pensó que si lady Torrington era la mitad de insistente que Rowena, no podría.

—Tendré que conseguir la manera de hacerlo. Mientras tanto, me enfocaré en escapar de esas cacatúas que quieren presentarme a sus hijas a pesar de lo que se dice de mí. Me he encontrado hace poco con lady...—Se detuvo un momento intentando recordar el nombre que buscaba, al final no lo consiguió e hizo un gesto con la mano en señal de rendición—. Llámosla lady Loro. Esa mujer que solo repite lo que los demás dicen y tiene dos hijas que parecen buitres persiguiendo carne fresca.

Angeline se mordió el labio, pero aun así no pudo reprimir del todo la ruidosa carcajada que provocó ese loco comentario.

—Bien, como le decía —continuó aparentemente ajeno a que la pobre mujer debían de dolerle las costillas—, apenas he escapado de ellas y me preocupa lo que será de mí en un futuro. Sin embargo, ya habrá tiempo de pensar en eso —aseguró—. Por ahora, ¿me concede el placer de su compañía un tiempo? La invitaría a bailar pero la danza no es mi fuerte y temo termine usted con varias pisadas de mi parte.

Ella volvió a reír.

—Se lo concedo, aunque lamento decirle que no le resultará tan interesante como espera —dijo casi esperando que le salieran lágrimas por la risa. ¿Cómo había pasado de su mal humor a ese estado?

—¡Claro que sí! Si usted me relata y confirma todas las locuras que he escuchado de los Allen, seguramente me la pasaré a las mil maravillas.

Reírme de la alta sociedad y sus desventuras es uno de mis pasatiempos favoritos.

Ahora no lo dudaba.

—Hay demasiado por dónde empezar. ¿Ha escuchado que mis hermanos mellizos soltaron a los perros de caza en el almuerzo de lady Milford hace cuatro años?

—¡Por supuesto!, ¡lady Milford es mi tía!, y yo me encontraba ahí. ¿Cómo olvidarlo?, creo que casi le da una apoplejía a la pobre mujer después de eso. Cuando todos se fueron empezó a maldecir en todos los idiomas que conocía y cabe destacar que mi tía siempre ha sido una mujer calmada, de buenas maneras. No sabe cuanta admiración siento por sus hermanos después de eso. Me hubiera gustado tener unos hermanos así.

A Angeline le brillaron los ojos.

—¿No se los quiere llevar consigo? Uno está en Eton, pero la otra es macabra por los dos y aún vive en la casa. Si quiere, mi hermano estará encantado...

Ahora fue él quién soltó una carajada.

—Oh, el amor de hermanos, siempre tan incondicional —se burló—. Yo quise regalar al mío hace algunos años, solo que nadie se lo quiso llevar y eso que es la perfección y tranquilidad en persona. En fin, ¿aun después de esta interesante conversación se atreve a afirmar que no sería buena compañía? Me ha caído usted de maravilla, lady Angeline, aunque creo que a uno de sus pretendientes no le agrada que la acompañe.

—¿De qué está hablan...? —comenzó, pero se interrumpió al sentir el ya familiar cosquilleo en la nuca. Se giró y comprobó que el que la estaba mirando era Elliot, con una expresión no muy agradable. ¿Aun después de la

conversación seguía molesto con ella? Como fuera, Angeline se negaba a dejar que le arruinara el momento. Había sido una suerte que ese hombre se apareciera en su camino como una tabla de salvación para su desasosiego, no dejaría que Elliot lo arruinara con su amargura—. Se equivoca —le dijo al señor Burton—. Él no es mi pretendiente.

—¿Su prometido?

Angeline no supo si reír o llorar. Nada más lejos de la verdad.

—Tampoco. No tiene nada que ver conmigo.

—Discúlpeme si disiento. Su forma de mirarnos no deja duda...

—Elliot solo está amargado y quiere amargarnos a nosotros — interrumpió Angeline, molesta. Muy tarde se dio cuenta de que lo había llamado por su nombre. Vio que el señor Burton sonreía. Hubiera sido demasiado esperar que no notara ese desliz.

Un caballero hubiera pasado el tema por alto y hubiera buscado la forma de disipar la incomodidad del momento, pero por si le había quedado alguna duda, ese hombre no era del todo un caballero.

—Así que ¿Elliot? Demasiada familiaridad para afirmar que no tienen nada que ver. No obstante, no soy quién para juzgar, en cambio, me gustaría ayudar.

Angeline se ruborizó por haber sido descubierta, y lo miró con extrañeza.

—Verá —continuó el hombre como si entendiera su desconcierto—, como ya le he mencionado, me divierto llevando al límite de su resistencia a la sociedad londinense. Ya que esta semana estaré mortalmente aburrido, me ofrezco como voluntario para que ponga celoso al conde de Coventry.

Solo los buenos modales inculcados durante años consiguieron que Angeline lograra mantener la boca cerrada. ¿Había escuchado mal?, ¿o el hombre de verdad había tenido el descaro de decir eso? Si le preguntaban, la idea no era mala y puede que la hubiese tenido en consideración si tuviera la certeza de que iba a dar resultado y no sería una pérdida de tiempo. Elliot estaba muy molesto con ella en ese momento, y el grado de importancia que le concedía no era suficiente para despertar celos en él. El señor Burton había malinterpretado su mirada. Él solo quería ahórcala pero no podía hacerlo en público, nada más.

—Temo que está usted en un error —manifestó Angeline—. No hay motivo alguno por el que yo desee poner celoso a lord Coventry.

—¿Ya no es Elliot? —preguntó con burla. Angeline quiso golpearlo—. No me interesa lo que haya entre ustedes. Quiero divertirme y yo sé que usted desea hacer lo que le propongo. Lo veo en sus ojos —la tentó—. Vamos, ¿a quién haremos daño? Solo será una semana y puedo afirmar que todo traerá consecuencias positivas. Es más, para hacerlo más interesante, ¿qué tal si apostamos?

Angeline lo miró con desconfianza.

—¿Qué clase de apuesta?

—Si yo gano, usted me deberá un favor que cobraré cuando me convenga.

—¿Un favor? Primero tengo que saber que tipo de favor.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Ya le dije que lo cobraré cuando lo necesite. No la mandaré a matar a alguien si es lo que le preocupa. Simplemente será un favor. Me gusta que la gente me deba favores, así puedo salir de problemas graves

en los que me meta en un futuro.

—¡Ajá! —Ella lo apuntó con un dedo acusador—. Entonces no me quiere ayudar, solo desea que yo le deba un favor.

Él se encogió de hombros, pero no negó la afirmación. Angeline sospechaba que los motivos del hombre se dividían entre la diversión y la necesidad de obtener un favor para un futuro.

—Es usted un manipulador —dijo con tono serio, aunque luego sonrió—. A algunos miembros de mi familia les caería bien. Acepto la apuesta, pero solo para demostrarle que está en un error, y si gano, como sucederá, usted irá a cenar a mi casa.

Ahora le tocó a él fruncir el ceño.

—¿A su casa? ¿Por qué querría yo ir a cenar a su casa?

—No se me ocurre más nada —admitió Angeline—. Además, ¿no dice que le gusta el peligro? Una cena en mi casa le encantará. En los dos casos sale ganando usted.

Él lo pensó un momento como si sospechara que era demasiado bueno para ser cierto y desconfiara de ello. Al final ganó esa necesidad primaria de peligro.

—Está bien. Entonces tenemos un trato. Tomo dos copas de oporto de la bandeja de un lacayo y le tendió una a ella—. ¿Brindamos?

Angeline miró extrañada la copa y luego a él. A una dama soltera no se le permitía tomar, por ende, estaba más que claro que un caballero jamás debería ofrecer alcohol a una dama. No obstante, el futuro vizconde no parecía tener inconveniente con eso y Angeline se encontró simpatizando más con él.

—Brindemos. —Alzó la copa sin importar quién la viera. ¿Qué más

daba otro escándalo?

Entrechocaron las copas y tomaron de ellas causando más de una murmuración. Ella intentó no girar para comprobar si Elliot seguía ahí porque estaba segura que eso que harían no sería más que un juego. Ella no le interesaba y él no perdería su tiempo con algo tan absurdo como los celos. Solo sería algo con qué entretenerse esa semana. Tal vez si lo hubiese volteado a ver, sabría que posiblemente terminaría debiéndole un favor al señor Burton.

Capítulo 16.

Durante los días que siguieron, Angeline descubrió dos cosas. La primera, que el señor Burton era el hombre más encantador y simpático que hubiera conocido jamás. El joven se había tomado muy en serio su papel de querer sacar de sus casillas al serio conde de Coventry, por lo que no perdía oportunidad para acercarse a ella en un baile o evento. La hacía reír, y al contrario de lo que le dijo la primera vez, sí bailaba, y muy bien. Parecía tener especial interés en lograr su objetivo. A pesar de que Angeline le aseguró en varias ocasiones que perdían el tiempo, el futuro vizconde insistía en que ya casi lo lograban. Ella no se lo reprochó; y quizás, si su corazón no perteneciera a otro y el hombre estuviera dispuesto a casarse, ella misma le pediría matrimonio. Era el complemento que un Allen necesitaba. Alguien que amaba los problemas y no se espantaba con facilidad. Lamentablemente el señor Burton hizo su presencia muy tarde.

Angeline sabía que con ese teatro estaban causando más de una murmuración, pero no le importaba y al futuro vizconde, por lo visto, tampoco. Además su protagonismo no era tanto, pues estaba dividido con el rumor de que el barón de Clifton, famosa paria londinense, regresaba a sociedad y la pequeña de las Louthy parecía no querer despegársele. Emerald se estaba pasando de indiscreta cuando se trataba de demostrar su afecto. Angeline incluso sentía lástima por el pobre barón que no sabía que la boda ya estaba planeada y solo faltaba su aprobación.

La segunda cosa que Angeline descubrió, aproximadamente el quinto y último día en que se vería con el señor Burton, era que Elliot se mostraba un poco más molesto de lo normal. Ella estaba segura de que seguía enojado por lo de lady Georgiana, aunque una pequeña parte dentro de sí no podía evitar preguntarse si el señor Burton no tendría razón y él estaba celoso. No quería

darse esperanzas, pero ¿podría ser eso?, ¿o sería acaso que le molestaba que ella estuviera con alguien después de haber arruinado su futuro? Trató de convencerse de que era la última hipótesis, sin embargo, la semilla de la duda quedó y su nuevo pretendiente no ayudó a disiparla.

—Venga conmigo a dar un paseo —le dijo el hombre y Angeline frunció el ceño.

—¿Solos?

Claro que solos, no creía que el hombre fuera fiel defensor de las carabinas. Aun así dudó. No era correcto.

—Por supuesto. —El echó una mirada a lord Coventry que estaba en la otra esquina con la vista fija en ellos—. Hoy es mi último día en un salón de baile por mucho tiempo, y no pienso perder la apuesta.

Angeline negó con la cabeza negándose a dejar crecer la esperanza.

—Temo que lo hará.

—Claro que no —insistió el hombre, seguro de sí mismo—. Mírelo, está al límite de su contención. Será muy divertido ver cuando explote. Solo espero no se ponga violento, las peleas no son mi deporte preferido.

—Está bien, vamos. Quiero demostrarle que se equivoca. Eso sí, le recuerdo que esto es por completo idea suya y yo tengo muy mala suerte, por lo que si alguien nos encuentra, sea consciente de que usted mismo se echó la soga al cuello, yo se lo advertí.

—Ya le dije, mi querida dama —dijo él ofreciéndole el brazo—, que yo adoro el peligro.

Salieron de la fiesta con el mayor disimulo posible. Ya que Angeline contaba con tan malas carabinas, no hubo problema alguno, pues tanto Rowena

como el resto de la sociedad parecían estar más interesados en el vals que compartían en ese momento su amiga y el barón de Clifton. Salieron al balcón, Angeline sintió como el aire fresco le golpeaba la cara. Se recostó en la baranda y el señor Burton se apoyó a su lado; ambos mirando los jardines iluminados por el resplandor gris de la luna llena.

El ruido de la orquesta y las personas llegaba amortiguado a sus oídos, por lo que podría decirse que gozaban de cierta paz.

—Me alegra haberlo conocido, señor Burton. —Angeline decidió aprovechar ese momento para despedirse, podría pasar tiempo antes de que lo pudiera volver a ver—. Es usted una persona única.

Él sonrió.

—Lo sé —respondió, provocando que ella blanqueara los ojos ante su arrogancia—. Lo mismo puedo decir yo, lady Angeline. Un placer haberla conocido. Un consejo, cuando se case con Coventry, no deje que su carácter pasivo mengue ese espíritu suyo. Sé que dicen que los problemas de los Allen vienen de una maldición hacia el apellido, pero de todas formas. Sería una pena que se perdiera alguien así.

Angeline se tensó cuando el mencionó boda. Era más insistente que la duquesa de Richmore. Como desearía que fuera verdad.

—No va a haber boda —insistió ella, más para convencerse a sí misma que a él.

El señor Burton se encogió de hombros, echó un vistazo hacia atrás, se inclinó hacia ella y la besó sin previo aviso.

Angeline se quedó tan sorprendida que por unos segundos fue incapaz de reaccionar, cuando por fin el instinto iba a apartarlo, él se alejó, justo en el momento en que una voz decía:

—¿Interrumpo?

Angeline se ruborizó y dio gracias a Dios de que estuviera lo suficiente oscuro para que Elliot no lo notara. Una parte instintiva quiso decirle que eso no era lo que él pensaba, pero el señor Burton se adelantó:

—¿Sinceramente? Sí, interrumpe, Coventry. Su sentido de la oportunidad deja mucho que desear.

Angeline ahogó un jadeo. Él no había dicho eso, no pudo haberlo dicho. Por la cara de Elliot, estaba claro que así era.

—Perdóneme si no podía quedarme observando como estaba a punto de comprometer la reputación de una dama —habló Elliot con voz en apariencia calmada, sin embargo, sus ojos negros decían solos lo que su actitud no; ojos que, por cierto, se posaron en Angeline—. ¿Es él? —preguntó.

Angeline tardó al menos medio minuto en entender la pregunta, cuando lo hizo, quiso darse de cabezazos con la puerta para ver si todo eso era un mal sueño. Elliot le estaba preguntando si Roland era el amor imaginario que se había inventado para salir de aquel problema de la carta. Acorralada, Angeline solo tenía una opción: mentir de nuevo y decir que sí, pues, ¿qué pensaría de ella si afirmaba amar a otro y se besaba con dos hombre distintos en la semana? El problema, que nunca podía faltar, radicaba en que si decía que sí, la conversación podía girar a ese tema y Roland podría terminar descubriéndola. Entonces, tendría que explicar muchas cosas.

Elevó una corta plegaria al cielo y prometió que se metería a un convento si era necesario, pero por favor, que saliera de ese problema.

—Sí —respondió con un hilo de voz. Vio de reojo como el señor Burton fruncía el ceño. Gracias a Dios no dijo nada, aún.

Elliot volvió la mirada hacia el señor Burton.

—¿No le da vergüenza? —preguntó

Mientras, Angeline pensaba la mejor forma de salir de ese lío. Por eso no eran buenas las mentiras, pero en aquella situación era su única salvación y Dios lo sabía. ¿Por qué ahora le hacía eso?

—Ilusiona a una dama, la compromete, y estoy seguro no tiene ninguna intención de casarse con ella.

Oh, vamos. ¿Ahora quería ponerse en el papel de su defensor? Admitía que la idea le resultaba halagadora, solo que mientras más rápido terminara eso, mejor.

—Lord Coventry, creo que...—comenzó ella, pero Roland interrumpió.

—Si solo han sido unos cuantos besos —dijo con una sonrisa inocente. Angeline quiso golpearlo. ¿Uno cuantos besos? ¡Solo había sido uno! ¿En qué momento le pareció una buena idea aceptar su apuesta? Estaba claro que el hombre no descansaría hasta ver a Elliot echando humo.

Elliot apretó los puños y ella decidió poner a trabajar más rápido su cerebro antes de que las cosas se complicaran.

—Saben, no creo que...

—¿Le parece gracioso? —intervino Elliot como si ella no hubiera hablado—. ¿Qué clase de hombre es usted? ¡Solo quiere aprovecharse de ella!

—¿Y eso por qué le molesta? —provocó Roland.

Elliot dio un paso adelante. Burton no se acobardó, al contrario, sonreía con más regocijo.

—¡Ya basta! —exclamó Angeline con ese tono que usaba cuando quería hacerse oír entre tres hermanos—. Creo que lo mejor será que

regresemos todos a la fiesta.

—No pienses que dejaré esto así, Angeline —dijo Elliot. Angeline casi se pone una mano en la cara como señal de exasperación. ¡La había llamado por su nombre de pila! Debía estar muy molesto para hacerlo delante de terceros, lo peor es que al señor Burton no se le paso desapercibido porque sonrió—. Lleva semanas ilusionando a esta dama. Le hace creer que se casará con ella, usa a su familia y la reputación de esta para mantenerla a raya. Está claro que nada más es un juego para usted.

El señor Burton perdió la sonrisa y la miró, pero ella solo atinó a ver el piso de la terraza. Si prometía no volver a mentir en su vida, ¿sería que el altísimo la sacaría de esa situación?

—Elliot —habló sin importarle ya las formalidades—. Esto no te incumbe.

—A ti tampoco te incumbía mi relación lady Georgiana y no tuviste ningún reparo en demostrar lo que pensabas al respecto —cortó él para luego girarse de nuevo al señor Burton—. Usted, ¿al menos tiene pensado responder?

El señor Burton abrió y cerró la boca, como alguien que no tenía mucha idea de qué decir. La confianza de hacía un rato había desaparecido, ahora solo había confusión en su rostro. El hombre debía estar debatiendo la mejor forma de proceder mientras Angeline buscaba la manera de desaparecer de Inglaterra e irse a vivir a la India.

Cuando vio que Elliot iba a continuar, y que posiblemente haría caso omiso de cualquier intervención de su parte, a Angeline solo le quedó recurrir a la actuación para salvarse.

—Oigan, yo...—comenzó, y cuando vio que tenía la atención de

ambos, fingió un desmayo asegurándose de estar cerca de ellos para que pudieran atraparla.

Con su mala suerte, casi hubiera esperado caer al piso; gracias a Dios, uno de los dos fue lo suficiente rápido para evitar que se diera un fuerte golpe en la cabeza. Mantuvo su actuación esperando ser convincente y sintió como la sentaba en uno de los bancos de la terraza.

—Vaya a buscar unas sales —ordenó Elliot a Roland, que no se movió.

—¿Por qué no va usted?

—No la pienso dejar sola con usted.

—¿Y con usted está más a salvo?

—Sí —respondió cortante—. Vaya por las sales.

Angeline rogó que el señor Burton siguiera persistente y no se fuera. No se quería quedar a solas con Elliot, además de que con él para nada estaría a salvo, necesitaba hablar con Roland y explicarle.

No obstante, Angeline debió saber que su fiel compañera, la mala suerte, jamás la abandonaría, pues no tardó en escuchar los pasos del futuro vizconde alejarse. Contuvo un suspiro de decepción. Lo mejor sería planear el argumento con el que convencería a Julian de sacarla del continente por unos meses. Tal vez si le decía que mató accidentalmente a alguien...

—Abre los ojos, Angeline.

Ella se tensó de forma involuntaria. Él no podía saber que estaba despierta, su actuación había sido muy buena.

—Sé que estás despierta.

¡Maldición! Juraba que se casaba con el primer hombre que apareciera

solo para cambiar de apellido. Ya no aguantaba más su mala suerte. Quizás se metiera a un convento. Sí, el convento sería buena idea. ¿Qué clase de problemas podría causar en un convento?

Temerosa, abrió un ojo y la mirada de Elliot bastó para que volviera a cerrarlo. Suspiró, echó la cabeza hacia atrás en rendición, y preguntó si sería mucho pedir que alguna de sus carabinas se percatara de su ausencia y decidiera ir en su búsqueda.

—Angeline...

Su tono de voz le indicó que empezaba a impacientarse, así que abrió los ojos y con una valentía digna de un guerrero medieval, se enfrentó a la mirada fría de Elliot.

—Una explicación. Ahora —ordenó. Ella se intimidó ante su tono. Estaba un poco...muy molesto.

—¿El apellido?

Elliot cerró los ojos y usó la infalible táctica de Sapphire: contar para calmarse.

—Una explicación. Ahora —repitió con calma forzada luego de haber llegado a diez.

Angeline se envaró en pose defensiva.

—Yo no tengo nada que explicarte.

—¿Ah, no? ¿Qué tal si comienzas por qué has finido un desmayo?

—Para evitar un escándalo, por supuesto —respondió con rapidez. Se dijo que eso de mentir con facilidad se estaba volviendo costumbre—. Si seguían peleando tarde o temprano llamarían la atención. ¿Qué explicación darían cuando la gente empezara a curiosear? ¿Qué explicación daría yo para

justificar mi presencia con dos hombres sin ninguna carabina?

Él le lanzó una mirada irónica.

—¿Angeline Allen preocupada por el escándalo? Eso es que novedad —dijo con sarcasmo—. Sobre la explicación, supongo que la misma que hubieras dado si alguien que no hubiera sido yo los encontraba besándose en medio del balcón. ¿Qué estabas pensando, Angeline? Ese hombre no está dispuesto a casarse contigo. ¿Tienes la mínima idea de a lo que te expusiste?

El tono de voz fue elevándose con cada sílaba, lo que le indicó a Angeline que debía ir con cuidado porque él se estaba molestando. No obstante, ya había quedado claro que la prudencia no formaba parte de sus pocas virtudes.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —lo provocó siguiendo el consejo de un diablillo en su hombro que tenía la cara del señor Burton. Estaba cansada de que él siempre creyera tener la razón. Le divirtió pensar en su reacción si supiera que su amor imaginario no era Roland y que todo eso solo era un juego. Por supuesto jamás se lo diría, aunque tuviera que inventarse otro cuento para salir de ese problema. Tal vez cuando se mudara de continente podría ganarse la vida como escritora.

—¡Es obvio! —Elliot empezaba a exasperarse y ella decidió tener más cuidado—. Sé que estas enamorada, pero tienes que ver la realidad.

—Hablas como un hombre celoso —replicó sin pensar, y una vez dichas las palabras, se encontró esperando la respuesta. ¿Sería que el señor Burton tenía razón?

Elliot no respondió de inmediato, sino que se tomó unos segundos para meditar sus palabras.

—Estoy preocupado por ti. Eso es todo. Deberías agradecer que

todavía lo haga considerando lo que me has hecho.

Con esa respuesta se fueron todas sus esperanzas. Decidió refugiarse en la rabia en lugar de caer en la tristeza.

—Lo que te he hecho tarde o temprano me lo agradecerás —espetó—. Piénsalo —dijo con sarcasmo—, las cosas siempre pasan con algo. No estaban destinados y punto. Ya que después de esto el s... —Paró un momento y decidió llamarlo por su nombre de pila para que pareciera más creíble el teatro—. Roland no querrá volver a verme, estamos a mano. —Se levantó y pasó a su lado dispuesta a irse lo más pronto posible. Todo eso ya se estaba saliendo de control. Sus emociones estaban a punto de desbordarse, así que lo mejor sería irse si no quería terminar llorando, o tal vez riendo como una histérica.

—Angeline. —Elliot la tomó del brazo y ella dio un tirón para zafarse.

No funcionó.

—Dejémoslo así, Elliot —murmuró con voz cansada—. Creo que lo mejor será dejar todo así. Ya no podemos enmendar los errores cometidos, pero si evitar formar más. Soy un problema andante, tú mismo lo dijiste. No te traigo más que problemas y mala suerte. Lo más conveniente es que no nos volvamos a hablar e ignorarnos si nos conseguimos en algún lugar. —Su voz empezaba a volverse ahogada y se liberó de un tirón. Deseaba escapar antes de que sus sentimientos se exteriorizaran—. Adiós —culminó y ambos supieron que esa era una despedida definitiva.

Capítulo 17.

—Emerald, ¿no es aquel el barón de Clifton?

Angeline observó divertida como su amiga se erguía ante la información y giraba su cabeza con la presteza de un búho para localizar a su amor.

Ese día su familia había decidido asistir, junto con los duques Richmore, los duques de Rutland, y los marqueses de Aberdeen, a los jardines de Vauxhall para cambiar un poco el ambiente.

Vauxhall era el único lugar donde la clase alta se podía mezclar con todo aquel que fuera capaz de pagar tres chelines por la entrada. Ahí no había distinción social y los entretenimientos eran bastantes buenos; además de ofrecer una excelente comida. Era el lugar idóneo para distraer la mente de Angeline de todo lo que la atormentaba. La despedida definitiva del día anterior la había dejado bastante deprimida. Lo único bueno que había pasado fue que pudo aclararle las cosas al señor Burton y quedar en buenos términos, de resto, todo estaba mal y necesitaba con urgencia algo que la pudiera sacar de ese letargo de melancolía. Observar como su amiga perseguía al barón podía ser una buena opción.

—¡Tony! —exclamó Emerald cuando lo localizó. Acto seguido, se levantó y casi corrió hasta su presa.

A la duquesa de Richmore, que era fiel defensora de las buenas normas, no le quedó otra opción que ir tras ella.

—Sabes Topacio —comentó Sapphire a su prima, la duquesa de Rutland, que había hecho el comentario—, creo que el barón no quería hacer saber a Emerald de su presencia.

La duquesa de Rutland sonrió de esa forma cínica que siempre la caracterizaba.

—Ya lo sé, ¿por qué crees que se lo he dicho?

Sapphire se limitó a blanquear los ojos y dejó el tema.

Sapphire, Ruby, Topacio y Emerald Louthy, eran un caso perdido. Si los Allen eran raros, a esas cuatro les faltaba cordura, pues eran las mujeres más extrañas y admirables que Angeline hubiera tenido el placer de conocer, además de ser tan distintas tanto exterior como interiormente. A la duquesa de Rutland se le conocía por todo Londres como una víbora con lengua venenosa, de esas que no en dudaba en decirte lo que pensaba en la cara aunque rayara en la mala educación. Su lengua era tan afilada y su sentido del humor tan sardónico que difícilmente un hombre se le acercaba, a pesar de que su belleza casi sobrenatural dejaba con la boca abierta a más de uno. Cómo terminó casándose con uno de los mejores partidos de aquella temporada, el duque de Rutland, era una historia muy larga de contar, pero que tenía el final feliz que a Angeline tanto le gustaba.

Ruby, hermana de Emerald y actual marquesa de Aberdeen, podía decirse que era la más tranquila de las cuatro —o al menos eso creía, con las antiguas Louthy nunca se podía dar nada por sentado—. Era simpática, a veces histérica, muy buena persona. Angeline lloró un día entero cuando se casó con Aberdeen, pues hubo un tiempo en que se creyó enamorada de él, pero el capricho y la decepción le duró poco menos de una semana. Cómo desearía que su asunto con Elliot fuera igual de rápido.

Sapphire era Sapphire. Se suponía que era la más sensata de todas, aunque terminó casándose con su hermano, y el que se casaba con un Allen tenía todo menos sensatez. No se le podía achacar tampoco mucha culpa, es decir, por motivos especiales, no le había quedado otra opción. Además no se

enteró del apellido hasta que iban de camino a Gretna Green.

Por último estaba Emerald, quién sí estaba loca, aunque otros prefirieran llamar persistencia a su manía de perseguir al barón. A pesar de eso, a Angeline le caían muy bien todas.

Se acomodó mejor en la silla del recinto privado donde se encontraba, y observó conteniendo la risa cómo el barón había sido acorralado por las dos mujeres. Ahora se dirigía hacia ellos con la actitud de alguien que no sabía si era mejor escapar, o seguir las buenas normas que le impedían rechazar la propuesta de cenar con ellos, que la duquesa tan hábilmente consiguió que aceptara.

Cuando llegó, saludó a los presentes. Topacio, siempre tan ávida de buscar diversión a costa de los demás, no dudó en hacerle saber que era ella la causante de su presencia ahí. Luego se inició una pequeña conversación, que debió haberle dejado claro al barón lo rara que era la familia a la que todavía no sabía que se uniría.

Después se inició una plática bastante amena y entretenida que logró disipar gran parte del mal humor de Angeline. Todo iba perfecto, al menos hasta que lady Richmore dijo:

—¿Ese es lord Coventry?, ¿creen que querría acompañarnos? Todavía tenemos un asiento libre.

Angeline, que estaba tomando una limonada, se atragantó con ella. Después de toser un poco fue que pudo responder.

—No creo. —Intentó forzar el tono más natural que pudo. Pidió un poco de clemencia al cielo, aunque ya debería saber que no era la predilecta del altísimo, porque nunca la escuchaba.

—Tonterías —replicó la duquesa con una sonrisa calculadora—. He

escuchado que ya no corteja a lady Georgiana. ¿No es maravilloso? Angeline, querida, todavía puede haber esperanza.

¿Era posible sentir más vergüenza que en esos momentos? Su cara debía de estar más rojas que los tomates. Oyó que Julian soltaba una carcajada a su lado y le dio un duro golpe en el hombro, aunque no consiguió más que hacerlo disimular un poco.

—Es una excelente idea —dijo su hermano, animado, a pesar de que Angeline le dio otro golpe. Esta vez consiguió que hiciera una mueca, pero el desgraciado no se calló, al contrario—, Elliot aceptará encantado. ¿Sabía que somos vecinos?

—No, no lo sabía —comentó Rowena y arrugó el entrecejo, como si fuera imperdonable que Angeline no le hubiera dado esa información—. Bien, iré decirle.

—Rowena — comenzó a decir Emerald, en respuesta a la mirada de súplica de su amiga—, mejor en otra ocasión.

La duquesa soltó un chasquido.

—Tonterías, es la oportunidad perfecta. —Se levantó—. ¿No creen?

—Pienso que es una excelente idea —opinó lord Clifton.

Angeline decidió que el hombre le caía mal.

Lo fulminó con la mirada, pero la famosa paria no pareció intimidarse en lo más mínimo y la ignoró. ¿Es que todos conspiraban en su contra?

Conteniendo las ganas de lamentarse en voz alta, Angeline vio como la duquesa se acercaba al conde. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar preguntarse si algo podía salirle peor.

Elliot supo, en el instante que vio a la duquesa de Richmore levantarse,

que venía hacia él; y aunque hubiera sido inteligente de su parte alejarse, no lo hizo por dos razones: La primera, porque era imposible escapar de esa mujer que casi poseía poderes sobrenaturales para atrapar caballeros aceptables; la segunda, en el fondo no quería huir.

Era sencillo, desde el día anterior había estado pensando en lo sucedido en aquel último encuentro con Angeline, y se dijo que las cosas no podían quedar así. No sabía que se había apoderado de él cuando armó todo ese espectáculo en medio del balcón. Podría asegurar que era solo preocupación hacia una amiga, aunque se estaría mintiendo a sí mismo. El hecho era que le había dado mil vueltas al asunto y no había llegado a una conclusión lógica. Lo único que sabía con certeza era que había actuado mal, pero por Dios que no se disculparía. Primero, porque no se arrepentía, y segundo, porque seguía molesto con ella. ¡Había arruinado su compromiso! En cierta forma era justo que él hubiera acabado con lo que sea que tenía con ese hombre, y de verdad esperaba haber acabado con ello, pues la idea de Angeline con Roland Burton no le agradaba en absoluto.

Se había tomado la molestia de hacer unas investigaciones sobre el hombre, y lo que estas habían arrojado no le gustó nada. ¿Qué clase de hombre con la reputación horrenda de Roland Burton podía afirmar que no quería que su familia se enterase que cortejaba a una Allen? Sabía de buena fuente que los vizcondes eran una pareja de buen comportamiento, pero por medio Londres era conocido que el hijo había salido descarrilado y que lo que sus padres quisieran de él le importaba poco. Entonces, solo había dos opciones para el caso, o Burton no quería nada serio con Angeline —como suponía— o había algo más detrás de ese asunto que él desconocía.

La duquesa llegó a él con una radiante sonrisa y le ofreció acompañarlos a cenar. Elliot aceptó y caminó hacia el recinto privado donde

se encontraban los duques de Rutland y Richmore, los marqueses de Aberdeen, los condes de Granard, Angeline y la señorita Louthy. También estaba...¿ese era Anthony Price, barón de Clifton? Vaya, eso sí que era una sorpresa, aunque debió suponerlo, pues según había escuchado, el hombre había empezado a cortejar a la señorita Louthy, aunque, por como miraba esta al barón, parecía lo contrario.

Saludó a los presentes sus ojos se detuvieron más de lo debido en Angeline Allen. Su mirada decía claramente: *tenemos que hablar*, pero ella la desvió. Elliot se sentó al lado de barón y esperó a que terminaran de servir la cena.

Mientras comían, se instaló una conversación agradable y amena entre todo el grupo. Elliot respondía de forma automática pues su mente y su vista siempre estaban en la rubia que parecía evitarlo cada vez que sus miradas se encontraban. No sabía si ese hecho debería molestarlo o aliviarlo. Solo cuando el barón manifestó su interés de hablar con él en alguna ocasión, fue que pudo desviar sus ojos de ella, y solo porque el tono del hombre delataba que de verdad tenía algo importante que decirle. No obstante, cuando el barón se retiró de improvisto de la mesa por un asunto al que no le prestó atención, sus ojos volvieron de nuevo a Angeline.

La idea inicial por la que accedió a esa cena había sido aclarar las cosas, pero si lo pensaba bien, solo fue la excusa, pues bien debió haber sabido que no podía hablar con ella con tanta gente alrededor. Tal vez si dejaba de mentirse a sí mismo descubriera que lo que de verdad quería era verla, analizarla, descubrir por qué no se la podía sacar de la cabeza, y qué le había hecho para voltear su mundo patas arriba.

—Dígame, lord Coventry —dijo lady Richmore con una sonrisa que lo puso alerta—, ¿no le parece que lady Angeline se ve hermosa esta noche?

Angeline se ruborizó hasta los pies y miró la mesa considerando la posibilidad de golpearse la cabeza con ella hasta perder el sentido. En defensa de su cordura, podía decir que incluso Sapphire se había ruborizado por la imprudencia de lady Richmore. Julian en cambio, salvó a Elliot de responder cuando se atragantó con el vino que tomaba, y no es que haya fingido a propósito porque fuera un buen hermano y quisiera salvarlos, no, era que la duquesa hizo el comentario cuando él estaba tomando el líquido y no pudo evitar el acceso de tos provocado por la carcajada que le surgió.

Angeline, como buena hermana, le dio un duro golpe en la espalda para que se recuperara.

—Sinceramente —continuó lady Richmore mientras Angeline pidió al altísimo clemencia—, no entiendo como todavía no se ha casado.

—Yo tampoco —apoyó Julian conteniendo a duras penas la risa—, si es un encanto de persona. Un dechado de amabilidad y ternura.

Angeline se dijo que era una pérdida de tiempo fulminarlo con la mirada. Julian Allen no cambiaría.

La duquesa volvió a abrir la boca y Angeline buscó con desesperación una excusa para escapar del próximo comentario. Cuando la encontró, no dudó en usarla.

—¿Dónde está Emerald? —preguntó y todos dirigieron la mirada al puesto vacío de la joven.

La duquesa masculló algo en voz baja, murmuró una disculpa, se levantó y se fue en busca de su descarrilada pupila.

Cuando la vio alejarse, Angeline no pudo hacer menos que suspirar aliviada.

—¡Pero que amiga tan formidable eres! —exclamó su hermano después de que la duquesa desapareció—. Echaste de cabeza a tu amiga para salvarte tú.

—Emerald hubiera hecho lo mismo —se defendió, y las antiguas Louthy, benditas fueran, asintieron en conformidad.

—Lo lamento mucho, lord Coventry —dijo Sapphire al conde—, no sé que le está pasando. Últimamente anda más... efusiva.

Elliot asintió y parecía que iba a hablar cuando alguien se adelantó:

—Buenas noches —saludó una voz bastante familiar en la entrada del recinto—. La he visto a lo lejos y me he tomado la libertad de venir a saludarla. Lady Angeline, un que alegría verla por acá. —El señor Burton hizo una perfecta reverencia a la vez que los otros lo miraban sin disimulo.

Angeline no supo si sentirse aliviado o irritada por la presencia del hombre. El día anterior había logrado hablar con él y explicarle hasta cierto punto la situación. Por supuesto no le había dicho los verdaderos motivos por los que se inventó ese pretendiente imaginario, pero si le había explicado una parte y él se había mostrado no solo comprensivo, sino también divertido por el asunto. Ahora, Angeline tenía una leve idea de lo que quería y no parecía importarle pasar más tiempo en sociedad que lo acordado con su madre solo para seguir molestando a Elliot. En resumen, tenía otro problema entre manos.

Sin esperar invitación, el señor Burton se sentó al lado de Elliot, en el puesto vacío que había dejado el barón.

—Buenas noches, lord Coventry —saludó con una sonrisa de perversa diversión.

Elliot murmuró una respuesta amable, pero su semblante desmentía cualquier cortesía.

—Señor Burton —dijo Julian sin poder ocultar su sorpresa—, no sabía que conocía a mi hermana.

—Nos conocemos desde hace un tiempo. Lady Richmore nos presentó —respondió.

Angeline admitió que había sido una respuesta inteligente, ya que la duquesa no estaba para confirmar o negar esa afirmación, y aunque estuviera, le había presentado a tantos hombres que posiblemente no se acordaría de uno más o uno menos.

Vio que Elliot fruncía el ceño como si algo no le cuadrara, y Angeline rogó que no empezara a sacar conclusiones.

—Permítame decirle, milord, que su hermana es una dama encantadora.

Julian frunció el ceño.

—¿Angeline? —preguntó como para asegurarse que no hablaban de dos personas distintas.

—Por supuesto —afirmó con una sonrisa—, ¿quién si no?

Julian negó con la cabeza como si no comprendiera. Por suerte, se abstuvo de hacer cualquier otro comentario; en cambio, evaluó al hombre con interés.

—Es una dama adorable —continuó Burton valiéndose de que todos los presentes lo miraban con curiosidad—, ¿no está de acuerdo conmigo, Coventry?

La mirada de Elliot bien podía haber intimidado a uno más cobarde. La sonrisa perenne en la boca de Roland indicaba que no era de esos.

—En efecto. Veo que la tiene en muy alta estima.

—¿Cómo no hacerlo? —prosiguió el hombre con tanta facilidad que a alguien poco observador debía de parecerle un pretendiente muy enamorado—. Una joven fresca entre tantas damas frías. Lady Angeline es como el sol que se abre paso entre las nubes para dar calor en una mañana de invierno.

Angeline casi se queda con la boca abierta. ¿Qué diablos...?

—Así que ha resultado ser todo un poeta —dijo Elliot sin poder ocultar el tono crispado de su voz—, no es algo que se espere de alguien tan joven como usted. Supongo que eso quiere decir que es un hombre responsable, dispuesto a cumplir desde temprana edad con sus deberes. ¿Busca esposa, señor Burton?

El joven se tensó. Angeline pensó que lo tenía merecido por meterse dónde no lo llamaban. Ahora que buscara la forma de salir de esa.

—Pues...—comenzó con una lentitud que delataba el tiempo que estaba empleando en pensar en una respuesta adecuada—, efectivamente, me tendré que casar algún día. Sin embargo...

—¿Busca esposa, señor Burton? ¡Eso es maravilloso! —exclamó con optimismo lady Richmore, que acaba de llegar.

Angeline se debatió entre reír a carcajadas o sentir pena por el señor Burton. Un simple no pudo haberlo salvado.

La duquesa tomó nuevamente asiento seguida de una Emerald con cara de soñadora. Una vez acomodada, miró con ojos calculadores al señor Burton, luego a Elliot, y de nuevo al señor Burton, para terminar sonriendo de una forma que asustó a Angeline. Lo bueno era que al menos todos podían confirmar la teoría de que lady Richmore los había presentado, pues la mujer se veía tan interesada en ver como sacaba provecho de la situación que poco le importaba indagar cómo se conocieron.

—Bueno yo...—intentó intervenir el futuro vizconde, presintiendo sin duda el peligro en que se encontraba, pero la mujer no lo dejó terminar.

—¡No sabe cuánto me ha alegrado escuchar esas palabras! No es común que alguien a su edad ya busque esposa.

El tono de piel del señor Burton bajó dos tonos.

—Dígame, señor Burton, ¿no le parece Angeline una joven encantadora?

En esta ocasión, Angeline no se ruborizó. Le daba demasiada risa la cara de miedo del joven, así que todos sus esfuerzos estaban concentrados en no reír a carcajada abierta.

—Sin duda, lo es, sí, pero...

—¡Ve, lord Coventry!, se lo dije. Un encanto. No entiendo como es que esta niña sigue soltera. Le sobran virtudes.

El humor desapareció del rostro de Angeline al escuchar semejante afirmación, y se sonrojó al ser el centro de atención. Su hermano, por su parte, emitió una serie de fuertes toses para intentar camuflar la risa.

—Disculpen —dijo Julian levantándose y tendiéndole una mano a su esposa—, creo que necesito un poco de aire fresco. ¿Paseamos, mi amor?

Sapphire se ruborizó ante el apelativo cariñoso, pero asintió. Pronto, las otras dos parejas, los duques de Rutland y los marqueses de Aberdeen, siguieron el ejemplo y en el recinto solo quedaron una Emerald perdida en otro mundo, los duques de Richmore, Elliot, el señor Burton y ella.

—¿Qué clase de cualidades busca en una esposa, señor Burton? —preguntó lady Richmore sin prestarle mucha atención a la partida de los demás. Ella tenía un objetivo claro.

—Pues...

—Yo supongo que un hombre tan centrado en sus objetivos, como lo está usted, debe tener los ideales claros —comentó Elliot con una mirada perspicaz, estaba listo para atrapar al hombre a la mínima equivocación que cometiera. Para su desgracia, Roland era como los mellizos, tenía una mente demasiado maquiavélica para dejarse engañar.

—Perfectamente claros —respondió sin importarle que estuviera terminándose de hundir, pues con eso Rowena ya lo tendría en la mira—. Busco una mujer que sobresalga entre las demás. No quiero la típica flor inglesa, sumisa y sin opinión propia, eso es muy aburrido. Quiero a alguien especial —concluyó, y lo dijo con tal veracidad, que Angeline supo que eso era lo que él buscaría en un futuro, o quién sabe, lo que buscaba ahora y no sabía.

A Elliot no pareció gustarle mucho la respuesta porque frunció el ceño. O tal vez estuviera considerando como un hombre que decía eso podía querer ocultarla a su familia. Angeline elevó otra corta plegaria al cielo. Por eso las mentiras no eran buenas, aunque, pensó con molestia, el señor Burton no debía dar ese tipo de respuesta si estaba enterado de todo el cuento que le había inventado a Elliot, solo lo haría dudar de la veracidad de su historia.

—Admito que hace poco ese no era el ideal que tenía —continuó el hombre que se acaba de dar cuenta que no había dicho lo más sensato—, pero es de humanos equivocarse y de sabios enmendar errores. —Hablaba con tal facilidad que Angeline se sorprendió. No conocía a nadie más aparte de los mellizos que mintiera con semejante soltura—. Después de reflexionar, me di cuenta que una vida convencional es aburrida.

—Por su comportamiento, yo juraría que siempre lo tuvo claro —espetó Elliot sin poder ocultar el desdén en su voz.

El futuro vizconde no le hizo caso y prosiguió.

—Por ello, una pareja convencional también lo sería. Dime, Coventry, ¿qué sentido tiene vivir de las reglas y ser perfecto, si al final te condenas a una vida monótona y te pasas por alto la mayor parte de los placeres de la vida, o lo que de verdad quieres?

Las palabras del joven consiguieron que un silencio tenso se instalara entre los presentes. Para alguien menos inteligente y poco observador, esa frase no hubiera sido más que un simple comentario acorde a la conversación, para otros, que daban más uso a la parte analítica del cerebro, eso no podía describirse como otra cosa que como una indirecta, al menos, a Elliot le sonó como tal, siendo lo peor que las palabras le quedaron rondando en la mente. Era ilógico o imposible que el señor Burton dijera eso a propósito, no debía ser más que un argumento que justificaba su cambio de opinión con respecto a su relación con Angeline —que aún no tenía muy claro cuál era— pero no podía quitarse la duda de que significaba algo más.

—¡Que tarde se ha hecho! —exclamó el joven para romper la tensión que él mismo había causado—. Prometí a mi madre encontrarme con ella en la velada de los Crawley, así que me despido. Excelencia. —Hizo una reverencia—. Fue un placer haber compartido un rato con usted. Lay Angeline, señorita Louthy, un gusto verlas. Hasta luego —se despidió de los caballeros con una inclinación de cabeza y se marchó.

—Creo a que a mí también me gustaría dar un paseo —opinó Angeline para aligerar el ambiente—. ¿Qué opinan?

—¡Maravillosa idea! —exclamó la duquesa olvidándose de la situación extraña que acababa de acontecer—. Estoy segura que lord Coventry estará encantado de acompañante.

Y con eso, la posibilidad de escapar se esfumó de la mente de Angeline. Elliot hizo una mueca como alguien que está cansado de que hablen por él, pero como de costumbre, fiel a la educación, no protestó ni puso excusa.

—Yo los acompañaré, por supuesto —continuó la duquesa.

A Angeline eso no le supuso ningún consuelo.

Lady Richmore se levantó obligando a los caballeros a hacerlo también. Miró a Emerald como si no estuviera segura de dejarla sola y luego volvió la vista hacia Angeline. Parecía evaluar cuál era la prioridad y al final dijo a su esposo:

—William, querido, quédate acompañando a Emerald, o paseen un rato si quieren. Yo regresaré pronto. —Entre líneas quería decir: *no la dejes sola*

Con una resignación digna de alguien que sabe que no puede hacer más por su situación, Angeline se levantó y aceptó el brazo de Elliot. Pasearon un rato siendo lady Richmore la principal conversadora y apenas llevaban caminando cinco minutos cuando la susodicha dijo:

—Oh, miren, es lady Aldrich. Llevo mucho tiempo sin saber de ella, iré a saludarla. Si quieren, sigan paseando, yo los veré desde aquí.

Angeline y Elliot se echaron una mirada y dijeron casi al mismo tiempo:

—No creo que...

—¿Haya problema? —aventuró lady Richmore—. Claro que no lo hay, vayan, vayan, yo los veré desde aquí. —Los despachó como quien le da permiso a un niño para que fuera a jugar.

Pero ella no los miró, de hecho, no les prestó la mínima atención y

pronto se encontraron caminando solos por Vauxhall. La gente los miraba, comentaban algo con el de al lado, y luego volvía a mirarlos. Cual fuera el entretenimiento en esos momentos, no tenía tanta atención como ellos. Angeline suponía que Elliot debía estar disgustado de ser el centro de murmuraciones que seguramente se cuestionaban como un caballero intachable paseaba con una dama sin compañía, por eso, no se pudo quedar más sorprendida cuando en vez del comentario mordaz que esperaba, dijo:

—Veo que tu relación con el señor Burton no sufrió ningún percance.

Al parecer no, pensó ella con sarcasmo, sin detallar en el tono crispado de él. Angeline ya no sabía si Roland pretendía ganar la apuesta, o solo deseaba demostrar que su teoría principal era cierta. Como no quería seguir mintiendo, decidió no dar una respuesta directa a la pregunta.

—Parecieras celoso —replicó con humor, pero la cara de Elliot se ensombreció. ¿Sería posible...?

—No me convence su repentino cambio de actitud.

—Él es un buen hombre —lo defendió Angeline—. ¿Por qué tanta desconfianza hacia él? No lo conoces bien.

—Tú tampoco.

Era cierto, en realidad, no solo porque lo acababa de conocer, sino porque Roland Burton le parecía alguien mucho más profundo de lo que aparentaba. Un ser con una personalidad difícil de desentrañar que se ocultaba bajo una faceta irónica y divertida. Pero ¿Quién era ella para juzgar sus secretos, si los tenía?

—Ese hombre no es para ti, Angeline.

No, pero no es que él fuera el más indicado para decírselo. A Angeline

le empezaba a molestar.

—Entonces, ¿quién lo sería? —objetó ella y él no respondió, se había quedado pensativo.

Angeline no insistió más en el asunto, siguieron caminando pero ninguno de los dos se percataba de hacia donde iban. El camino que tenían en frente no era más que un lugar donde sus pies podían encontrar apoyo mientras sus mentes divagaban por sus propios lares. No fue hasta que la oscuridad los cernió que se percataron que había entrado a uno de los famosos «paseos oscuros» de Vauxhall.

Los paseos oscuros de Vauxhall no eran más que caminos privados de toda iluminación que no fuera la luz de la luna que se colaba por los árboles. En ellos solían reunirse amantes para pasar un rato, y también se escondían carteristas para robar a esos amantes. Ni Angeline ni Elliot sabían como llegaron ahí, pero tenían claro dos cosas: La primera, que si alguien los vio entrar al lugar, sus reputaciones estarían irremediablemente arruinadas; y la segunda, la peor de todas, que no tenían ni la menor idea de como regresar.

Capítulo 18.

—Elliot, ¿dónde estamos? ¿Sabes cómo regresar?

Angeline se acercó instintivamente al cuerpo del hombre cuando escuchó un ruido extraño, e intentó que sus ojos se adaptaran a la oscuridad.

Elliot giró la cabeza, vio en todas las direcciones, y negó con la cabeza.

—No tengo la menor idea de como hemos llegado aquí, ni el camino de regreso.

—¿Cómo que no? ¿No se supone que tú eres el que guiabas? —chilló Angeline intentando no asustarse.

—¿Yo? ¿No se supone que tú también deberías estar pendiente del camino?

Angeline agradeció que la oscuridad le cubriera el sonrojo.

—Bien, no importa como llegamos, lo importante es salir —dijo evasiva—. Venimos de allá. —Señaló un lugar detrás de ella—. Supongo que la salida debe ser por allá. —Elliot asintió, entonces emprendieron el camino de regreso.

Pero no era por ahí. O habían venido de otra dirección, o la oscuridad había hecho que se desviarán del que se supone era el camino, lo que daba como resultado estar más perdidos que antes.

Los paseos oscuros del Vauxhall eran como un laberinto de caminos que se entrecruzaban, si no sabías la dirección exacta por donde entraste, salir era complejo. Además, ya no se escuchaba el sonido de la orquesta central, por lo que debían estar bastante lejos.

—Creo que estamos en problemas —manifestó ella y se apoyó en el

primer árbol que encontró. Estaba cansada de caminar.

Elliot resopló.

—No sé por qué no lo supuse, esa palabra y tu nombre vienen de la mano, son inseparables.

Ella lo hubiera fulminado con la mirada si él no hubiera tenido razón.

—Tal vez el apellido Burton en un futuro haga que «Angeline» y «problemas» puedan decirse por separado.

Angeline no supo que la impulsó a decir eso. Tenía claro desde hacía rato que Elliot no se pondría celoso por ella, pero un pequeño demonio en su hombro izquierdo, que seguía teniendo la voz del señor Burton, le susurró al oído y la instó a provocarlo. Casi esperó que no tuviera reacción para así deshacer cualquier atisbo de esperanza.

De nuevo, la decepcionó.

—Todavía no puedo creer que tengas pensado casarte con ese hombre —espetó—. ¿No entiendes que no te quiere?

La vehemencia con la que lo dijo dejó a Angeline un tanto extrañada. ¿Sería de verdad posible que Elliot estuviera celoso?, ¿o solo era preocupación? Recordó todas las cosas que dijo en contra de su supuesto romance con el futuro vizconde, y se dio cuenta, no supo si con pesar o alegría, que si parecían palabras de un hombre celoso. Elliot Miller estaba celoso, aunque posiblemente ni él mismo lo supiera.

Ella no quería hacerse esperanzas, pero estas empezaban a crecer a medida que la idea se afianzaba en su cabeza. ¿Sería cierto o una mera ilusión de una mujer enamorada?

—Entonces ¿con quién debería casarme? ¿Quién me quiere? —

preguntó con suavidad y esperó la respuesta como si su vida dependiera de ello.

Elliot se acercó a ella. Sus ojos negros pasaban desapercibidos con la oscuridad de la noche, aunque el brillo extraño, atrayente y provocador de estos solo resaltaba más. Parecía comunicarle algo que no se podía explicar con palabras, algo que provocaba que el cuerpo de Angeline temblara con una extraña anticipación. Ninguno hablaba, pero la tensión era evidente, agradable, expectante. Él abrió la boca para responder, sin embargo la cerró como si no supiera que decir.

Después de minutos de interminable silencio, él la besó.

Elliot estaba cansado. Cansado de luchar contra la atracción que ella le inspiraba. Agotado de buscarse mil excusas para justificar todas y cada unas de sus acciones cuando estaba con ella, y sobre todo, fatigado de luchar consigo mismo y los sentimientos que Angeline le provocaba.

Desde aquel día que la rescató del árbol, debió saber que su vida no volvería a ser normal, aunque nunca llegó a imaginar hasta que punto. Lo peor era que ya no quería que volviera a la normalidad por más que fuera eso lo que de él se exigía. Por una vez en su vida no quería ser perfecto, deseaba olvidar todas las exigencias de su padre con respecto al buen comportamiento y ser él mismo, quería ser libre. Libre para poder besar esos labios que ahora acariciaba cada vez que desease, para hacer lo que quisiera y no lo que de él se esperaba, para lanzar las convenciones sociales por la borda y vivir como deseaba. Pero, ¿podía ser libre? ¿Podía dejar atrás todas las responsabilidades con las que le enseñaron a vivir y lanzarse a ese mar desconocido que quería arrastrarlo desde hacía unos meses para acá? Eso era algo que se debatiría más adelante, por ahora, solo deseaba beber de esos labios como si del mejor vino se tratara. Deseaba probar esa boca y sentir el

cuerpo de la mujer pegado al suyo, sentía que ahí, en medio de la oscuridad, podían hacer lo que tal vez nunca podrían atreverse a hacer de nuevo.

Estaba mal, sabía que estaba mal besarla cuando ella amaba a otro, pero ¡Dios!, no podía evitarlo. La sola idea de ella con el señor Burton no dejaba de atormentarle y era, quizás, lo que lo había hecho reflexionar sobre los fuertes sentimientos que lo ataban a esa dama. Durante horas intentó convencerse de que era solo preocupación de amigo, pero el argumento, por más que lo repetía, no terminaba de encajar y casi podía oír una voz en su cabeza riéndose de lo absurdo que sonaba.

Eran celos, no había otra palabra en el lenguaje que describiera el sentimiento, tanto tiempo negándose solo había servido para evitar plantearse el asunto con todas sus letras, pues admitir que estaba celoso hubiera sido admitir que el sentimiento que lo unía a esa muchacha era más profundo de lo que le habría gustado. De igual forma, Elliot no quería pensar en eso, no ahora ni en ese momento, solo deseaba que cada segundo mientras sus labios se tocaran fuera eterno, que cada minuto fuera una hora y que el beso nunca terminase aunque el aire empezara a faltar.

Sus bocas se entremezclaron en una danza donde sus lenguas bailaban al compás de la necesidad que iba incrementando poco a poco. El aire ya no parecía ser suficiente y los pulmones hacían un esfuerzo sobre humano para recogerlo y evitar interrumpir el beso, pues la sensación que recorría cada fibra de ambos cuerpos era algo de lo que no se quería escapar, algo que deseaban aumentar hasta que llegara a la cumbre. Lamentablemente para ambos, la necesidad de oxígeno los obligó a separarse, pero en ningún momento apartaron la vista del otro, pues sabían que al hacerlo, ese mágico hechizo en el que estaban envueltos se rompería, la realidad se impondría de nuevo ante el ambiente de ensueño y los problemas volverían a salir a flote

arruinando todo. Temían hasta pestañear, y justo cuando consideraban la posibilidad de juntar sus labios otra vez, para escapar más tiempo del mundo, un ruído proveniente de alguna parte los hizo volver a con brusquedad al presente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Angeline con la respiración aún jadeante.

Elliot parpadeó para volver al presente. Hizo un esfuerzo para apartar el deseo y agudizar el oído. El ruido se repitió, así que tomó a Angeline del brazo y comenzó a arrastrarla hacia el lado contrario.

Varias veces tuvo ella que sostenerse para evitar tropezar y cuando parecía que iba a regresar con todo el vestido rasgado, Elliot se detuvo y escuchó otra vez.

—Creo que eran carteristas —le informó al no escuchar nada—. Lo mejor es que no vayamos.

Sí, eso era lo mejor, pero una parte de ella se mostraba reacia a abandonar el lugar donde por primera vez las emociones superaron a la razón. Hacerlo sería quedar igual que antes, preguntándose que tanto habría significado ese beso.

Caminaron sin rumbo por unos minutos más hasta que al fin un destello de luz les indicó la salida del paseo. Rápidamente se dirigieron ahí. Elliot, después de asegurarse de que no había nadie cerca, instó a Angeline a salir. A ella ya no le interesaba si alguien los había visto entrar o salir, lo que le quería era saber de una vez por todas qué pasaría con su vida, qué sucedería con eso. ¿Sería Elliot tan cruel de jugar con sus sentimientos de esa manera aunque no supiera que lo estaba haciendo? ¿A dónde pararían si seguían así? Cuando la gente se empezó a divisar a los lejos y la imagen de la duquesa

buscándolos se materializó, supieron que era el momento de separarse y volver al mundo.

Angeline ya se estaba haciendo a la idea de pasar toda la noche con insomnio, pensando en el beso para luego llegar a la conclusión de que no había sido nada, cuando Elliot dijo algo que la sorprendió:

—Mañana hablaremos de esto —prometió.

Ella hubiera pensado que él se disculparía de nuevo si no fuera porque le dio un tierno y rápido beso en la frente antes de llevarla con la duquesa. Sí, esa noche sería una larga noche.

Cuando Elliot regresó a su casa eran alrededor de las doce de la noche. En otra ocasión se hubiera echado a dormir, pero como era su costumbre últimamente, se dedicó a pensar, esta vez en su nuevo descubrimiento y en las repercusiones que este tendría.

Desde que era niño, se acordaba cuando su padre le hablaba de los Allen. Siempre le había recordado que eran la «la familia problemas», y por ende, todo aquello que debía evitar. Desde muy joven le fue inculcado que su deber era mantener la reputación intachable que siempre los caracterizó para que todos se sintieran orgullosos. Le repitieron hasta el cansancio que cualquier asomo de escándalo era una deshonra para la familia y su deber como primogénito era evitarlo. En la actualidad, no solo había sido víctima de murmuraciones debido a su abrupta ruptura con lady Georgiana, sino que estaba enamorado de la persona más problemática y escandalosa de Gran Bretaña.

Seguir negando los sentimientos significaba una pérdida de tiempo. Estaba enamorado, no había otro nombre. Ella había entrado en su vida como un huracán, arrasando con todo, con su reputación, sus normas y su corazón. Su

espíritu libre, su manera fascinante de enfrentar las situaciones, su optimismo o pesimismo según fuera su humor, e incluso su excesivo dramatismo y la capacidad de ponerlo siempre en un aprieto había conseguido en algún momento derribar todas las barreras, y aunque por mucho tiempo, cuando se engañaba a sí mismo, intento reconstruirlas, no pudo. Cada beso, cada contacto, cada mirada habían sido un golpe letal a todas sus defensas. Angeline había vuelto su mundo de cabeza, lo metió en más problemas de los que pudo imaginar, pero nada de aquello había importado cuando su corazón decidió elegir. Quizás fue eso lo que influyó. Ella le mostraba el mundo libre que siempre le estuvo vetado, le enseñaba otra forma de vivir en donde la opinión de la gente no valía. El problema, algo que nunca podía faltar cuando se hablaba de Angeline Allen, era: ¿estaba dispuesto a dejar a un lado todo lo que se esperaba de él? ¿Podía echar a la calle todos los principios y enseñanzas de su padre, que seguramente se estaría revolcando en la tumba solo por los pensamientos de Elliot en ese momento? ¿Valía la pena?

¿Qué sentido tiene vivir de las reglas y ser perfecto si al final te condenas a una vida monótona, y te pasas por alto la mayor parte de los placeres de la vida o lo que de verdad quieres? Esas fueron las palabras exactas que le había dicho el señor Burton esa noche y no paraban de darle vueltas en la cabeza, siendo lo peor que el hombre tenía toda la razón.

Elliot pasó las manos por su cara y miró al techo hasta que los ojos empezaron a cerrársele por el cansancio. Ese era el tipo de dilema en el que no se tenía la menor idea de qué hacer, entonces se esperaba que una señal divina le indicara el camino, solo que él no creía que una señal fuera a hacer acto de presencia esa noche ni en los próximos días, por lo que la decisión la tenía que tomar él, y debía hacerlo pronto. No podía seguir jugando así con Angeline si no estaba seguro de casarse con ella. Tenía que decidir pronto que era más importante y debía tomar la decisión correcta. El cansancio casi lo

vencía, así que Elliot se dijo que mañana pensaría mejor en el asunto, por ahora descansaría, pues tenía el presentimiento que el día siguiente sería un día muy largo.

Capítulo 19.

Era el almuerzo más largo de su vida.

Desde hacía años Elliot había asistido a incontables almuerzos, cenas, veladas y fiestas, pero ninguna se le había hecho tan eterna como esa, y es que la espera para que terminara y tener así la oportunidad de hablar con Angeline se le estaba haciendo muy larga, un tanto irónico considerando que aún no sabía que le iba a decir.

Había pasado toda la mañana, y parte de ese almuerzo pensando en cuál era la decisión que tomaría, sin llegar a nada en concreto. Los principios morales seguían debatiéndose con los sentimientos en una batalla campal, donde ninguno de los dos bandos quería dar su brazo a torcer. Intentó hacer una balanza y esta había terminado igualada, sin embargo, no podía quedarse con los dos, o era la reputación, o era Angeline.

A una persona romántica le hubiera parecido absurdo tener que tomar una decisión al respecto cuando la respuesta debería de ser obvia, no obstante, no es que sus sentimientos fueran débiles, sino que las enseñanzas y los deberes eran difíciles de olvidar. Si traicionaba esa parte suya sentiría que estaba traicionando a su padre, decepcionándolo, y no solo a él, sino a todos los que anteriormente se preocuparon por mantener limpio el apellido a costa de todo. No estaba seguro de poder vivir con eso en su conciencia, y sin embargo, tampoco creía poder vivir sin ella en su vida.

Le lanzó una mirada desde la mesa y como si estuvieran conectados, ella alzó la vista y se encontró con la suya. Se observaron por unos segundos hasta que ella la volvió a bajar y Elliot suspiró. Pensar estaba demás, ya tenía claro que era la más importante.

El almuerzo terminó y los invitados interactuaron unos con otros en los

jardines de lady Darmouth. Elliot, por su parte, buscó a su objetivo con la vista y la encontró cerca de unos árboles observando todo desde lejos. Diciéndose que esa era oportunidad, se acercó a ella y de camino le hizo una discreta seña para indicarle que se encontraran en los jardines de atrás. Ella asintió, y cuidando que nadie le prestara atención, se escabulló hacia la parte de trasera la casa. Elliot esperó unos minutos y luego se fue a reunir con ella.

—Angeline, tenemos que hablar.

Angeline asintió sin decir palabra, no porque no tuviera nada que decir, pues su mente quería expresar miles de cosas, sino que no sabía qué expresar y creyó conveniente mantener el silencio. De hecho, aunque una parte de ella deseaba esa conversación, otra ansiaba huir, ya que no soportaría que él se disculpara de nuevo por lo del beso, que le dijera que no debió suceder o que no volvería a pasar, pues aunque sabía que no había sido lo correcto besarlo cuando se suponía que quería olvidarse de él, y además estaba «enamorada de otro» fue algo que no pudo ni quiso evitar, por lo que no se arrepentía de ello. Había sido un beso mágico, y si no creyera que la oscuridad le había jugado una mala pasada, puede que incluso pudiera afirmar que algo cambió en él. Hubo algo en sus ojos, en su tono de decirle que hoy hablarían del asunto, que le hizo pensar que quizás, solo quizás, pudo haber cambiado su forma de pensar; pero no era más que una esperanza que bien pudo ser producto de su imaginación.

Por si acaso, se mentalizó para escuchar otra disculpa.

—Tenías razón.

Angeline no pudo quedarse más sorprendida.

Esas palabras, normalmente causantes de una alegría en todos los que fueran sus receptores, dejaron a Angeline muy confusa. ¿En qué tenía razón?, y

¿qué tenía que ver eso con el beso?

Como si presintiera su confusión, le explicó.

—Tenías razón cuando dijiste que tarde o temprano terminaría arrepentido de casarme con lady Georgiana, y aunque tus métodos siguen pareciéndome bastante drásticos, creo que ahora te lo agradezco.

Si no hubiera quedado patidifusa, Angeline hubiera sonreído y respondido con el tan jocoso y satisfactorio «te lo dije» pero el significado de esas palabras era demasiado profundo para pasarlo por alto y perder el tiempo en esas nimiedades. Si el orgulloso conde de Coventry había admitido que ella tenía razón, era porque algo lo había hecho reflexionar, la incógnita era ¿qué? Solo podía haber una razón lógica a su parecer, que estuviera interesado en alguien más, ¿podría ser ella?, ¿o eran ilusiones de su marchito corazón y en realidad era otra? También podía ser que ella estuviera divagando y él solo haya pensado bien el asunto.

—¿No vas a decir nada? —apremió él al ver que ella se quedaba sin palabra, parecía que no tenía nada más que decir.

—¿Te lo dije? —La satisfacción de esas palabras era tan grande como lo suponía, pero no podía perder mucho tiempo regodeándose en ellas pues había algo más importante que requería su atención—. ¿Cómo te has dado cuenta?

Él se pasó una mano por los cabello y no respondió de inmediato. Se acercó varios pasos a ella y meditó bien sus palabras sin estar muy seguro de qué decir. Los sentimientos eran tan recientes, y él de por sí bastante reservado, que no se veía en capacidad de expresarlos de forma abierta, al menos no tan rápido, cuando sabía que los sentimientos de ella pertenecía a otro. Ese era otro problema, él podía haber tomado una decisión, pero la

respuesta de ella podía no ser la esperada, de hecho, ahora que lo pensaba con detenimiento, seguramente no sería la esperada, entonces, ¿valía la pena? Quién sabe, lo que si sabía era que debía intentarlo. No había pasado tanto tiempo debatiéndose para no hacerlo.

Cuando estuvo a punto de hablar, dudó por una milésima de segundo, en la que el destino, fiel compañero de ambos y que siempre parecía estar al pendiente de sus acciones para jugar alguna pasada, decidió hacer otra de las suyas tomando irremediabilmente la decisión por ambos.

—¿Qué tenemos aquí? —habló alguien a sus espaldas—. ¿Acaso interrumpo una cita amorosa?

Ambos giraron para encontrarse con la odiosa mirada del señor Cooper, cuyos ojos tenían ese brillo malicioso que se tenía cuando alguien tiene puesta en frente el arma para la venganza. Angeline se había olvidado de todo lo referente a aquel hombre e incluso se olvidó de advertirles a sus hermanos de su tendencia a molestarla. Mal hecho.

—Que novedad —siguió el hombre con satisfacción—, lady Angeline Allen teniendo una cita amorosa con lord Coventry, sin ninguna carabina. Eso no se hace, lady Angeline, ¿sabe lo que puede sucederle a su reputación si alguien los ve?

Angeline respiró hondo y vio como Elliot intentaba controlar la rabia que mostraba su semblante. ¿Así que el hombre pensaba terminar de acabar con su maltrecha reputación afirmando haberlos visto juntos?, ¿o montaría una escena para que otros fueran a verlos? Ahora de verdad jamás se casaría.

—No creo que sea para tanto —indicó Elliot en tono pacífico—. Lady Angeline y yo estamos comprometidos. Solo

discutíamos la mejor forma de hacer el anuncio oficial en la velada de mañana por la noche.

Faltó poco para que la mandíbula de Angeline tocara el piso. ¿Comprometidos? ¿Qué se había perdido? Ah, sí, ¡la proposición!

El señor Cooper arrugó el entrecejo como alguien a quien le había puesto un delicioso postre en frente y se lo acababan de quitar. No era para menos, si Elliot afirmaba que ellos estaban comprometidos, el escándalo sería menor, es decir, habría escándalo, eso era inevitable, se hablaría de ellos por un buen tiempo; pero mientras hubiera compromiso y boda de por medio, todo entraba en un término medianamente aceptable. El detalle estaba en que si quería salir de esa se tendría que comprometer de verdad. Oh Dios mío.

—Así que yo le estaría agradecido, señor Cooper, si no nos quitara el placer de dar la buena noticia mañana. —Su tono era una clara advertencia. Elliot no era la clase de personas que se considerara agresiva o capaz de dañar a alguien, y aun así, la amenaza en su tono era muy seria. El hombre debió percibirla como tal, porque retrocedió un paso y se marchó mascullando algo.

—¿Qué has hecho, Elliot? ¿Qué has hecho?

En otras circunstancias, la noticia del matrimonio la hubiera puesto a dar saltos de alegría, pero no en este caso. Ella quería matrimonio, sí, solo que no por obligación, no para salvaguardar la reputación. No había nada peor que una boda en donde una de las partes era obligada, y eso era lo que acababa de suceder. Estúpido apellido. Al menos, pensó con optimismo, lo cambiaría pronto.

—Al parecer nos acabamos de comprometer —respondió él con una calma que hizo que ella lo observara con curiosidad. ¿Por qué no parecía

molesto o aunque fuera mínimamente irritado? Cierto que la situación se salió de sus manos y ya no se podía hacer nada, pero no esperó tal tranquilidad de su parte cuando su reputación estaba a punto de irse por la borda solo por comprometerse con «la chica problemas» —. Creo que debería hablar con tu hermano...

Ella alzó la mano para que se detuviera, no lo obligaría a eso, lo quería demasiado, y se quería demasiado a sí misma para obligarlo a eso.

—No será necesario. Verás, debido a...otros problemas, se me había olvidado mencionarles a mis hermanos el pequeño inconveniente con el señor Cooper, estoy segura de que si hablo con ellos, conseguirán la manera de solucionar esto. Quién sabe, puede que lo pongan en un barco con rumbo a Francia, o lo maten en un duelo, Alexander es buen tirador. Quizás solo baste amenazarlos con mandarle a los mellizos...

—Basta —interrumpió Elliot, esta vez sí tenía un leve tono irritado. ¿Ahora sí se irritaba?, ¿cuándo quería salvarlo? Quién lo entendía, y después afirmaban que las mujeres eran complicadas—. Sabes que no es así de sencillo, Angeline. Ya he afirmado un compromiso, mañana en la noche lo anunciaremos, no hay vuelta atrás. Sé que tal vez te veas reacia por esa extraña relación con el señor Burton y...

Angeline suspiró y se dijo que había llegado el momento de contarlo todo. Total, ya había roto con lady Georgiana y con toda probabilidad se casarían. Además esa mentira había llegado muy lejos y ahora cada vez que la recordaba se sentía mal. Lo peor que podía pasar era enviudar antes de casarse, o que él enviudara.

—Sobre eso...

Luego de inhalar profundamente, Angeline le relató de forma resumida

todo, desde los motivos por los que se escondió en su armario, hasta su relación con el señor Burton y la tonta apuesta que el hombre le había instado a aceptar. Por supuesto, en ningún momento mencionó sus sentimientos hacia él, y le hizo creer que su interés en que rompiera con lady Georgiana no era más que motivado por la amistad, así como el interés de él para que ella rompiera con el señor Burton. No obstante, eso no ayudó a aplacar la furia que se reflejaba en ese momento en la cara Elliot, ya no tanto por el compromiso roto, sino por haber sido víctima de una apuesta

—Te juro que no es mi culpa —culminó ella—, es...

—Culpa del apellido —finalizó él con ironía.

—En realidad, es así. También es culpa del señor Burton, es demasiado persuasivo. Te juro que después, todo se salió de mis manos. Una mentira llevó a otra y al final no podía decir la verdad. Lo siento mucho, Elliot, también lo de la apuesta, pero vamos, yo estaba segura de que no caerías. ¿No lo hiciste, verdad?

Elliot había iniciado una cuenta progresiva y ella vio eso como la señal para escapar. De Sapphire había aprendido que si una persona empezaba a contar, era porque la paciencia había llegado a su límite.

Para su fortuna, que por primera vez hacía acto de presencia en su vida, no fue necesario inventar una excusa inverosímil para escapar, pues el futuro prometido de Emerald, el barón de Clifton, que ahora si le empezaba a caer bien, apareció, y sin percatarse de su presencia, dijo:

—Coventry, necesito hablar urgentemente contigo.

Angeline aprovechó entonces para escabullirse del lugar y regresar con los invitados. Elliot la vio, pero no hizo amago de detenerla y le prestó toda su atención al barón, cuyo tono de voz le indicaba la importancia del

asunto que estaba a punto de comunicarle. ¿Por qué tenía el presentimiento que no le gustaría nada lo que le iba a decir y las cosas se pondrían peor?

Capítulo 20.

Elliot contuvo con mucho esfuerzo la tentación de darse golcitos en el oído y pedirle al barón que repitiera lo dicho solo para asegurarse de que no había escuchado mal, pero es que debía haber escuchado mal, pues lo que el barón de Clifton le acaba de contar era algo que podía poner en tela de juicio todo lo que alguna vez creyó cierto.

—Déjeme ver si entendí bien —dijo Elliot sintiendo la necesidad de confirmar que se había equivocado al analizar las palabras del hombre—, ¿me está diciendo que mi padre era poseedor de unas cartas de su madre ya que mantenían una estrecha comunicación?

El barón de Clifton asintió como si eso fuera lo más normal del mundo, y Elliot sintió que la cabeza le empezaba a doler.

Todo el mundo sabía que la baronesa de Clifton era una mujer de vida alocada, que se había fugado hacía unos veinte años con un hombre, y dejó abandonados a su esposo y a su hijo. Todos desconocían donde estaba o si seguía viva; sí se sabía, en cambio, que su falta era una de las cosas más imperdonables que se podía hacer ante la sociedad, por lo que la categoría en la que habían colocado a la baronesa desde su fuga no era nada halagadora. Era el tipo de mujer que si reaparecía, cualquiera que se atreviera a juntarse con ella caería en el ostracismo social. Eso y mucho más era lo que hacía que Elliot se negara a creer que su siempre perfecto padre mantuvo correspondencia con esa dama, y no es que él la juzgara, pues ni siquiera la conocía, pero si ellos habían mantenido correspondencia, era por una sola razón que no le gustaba nada.

—Es imposible —le aseguró con convicción—, debe estar confundido.

Anthony Price negó con la cabeza.

—Si no me cree, pregúntele a su mayordomo y a su ama de llaves, no creo que se atrevan a mentirle.

¿Y ellos que tenían que ver?

De pronto Elliot se vio con la necesidad de tomar algo para calmarse. Eso no podía ser cierto, ella no podía haber sido la amante de su padre, él jamás hubiera hecho algo así.

Calmándose un poco, miró a Clifton buscando con desesperación una señal de que todo eso fuera una mala broma, cosa que dudaba, el barón podía ser lo que fuera, pero no era de ese tipo de personas. Aun así no pudo evitar indagar más.

—¿Cómo sabe usted sobre eso?

Él se encogió de hombros.

—Díganos que tengo contactos y unas extrañas ganas de encontrar a mi progenitora. Pero eso no es importante, ¿me va a ayudar?

Elliot asintió, y no por solidaridad ciudadana, sino porque ahora ese asunto tenía un tinte personal.

—Gracias —dijo el barón y parecía contento por haber conseguido lo que quería, el asunto debía ser importante para él—. Te daré la dirección de una taberna donde podremos hablar sin oídos indiscretos.

Elliot volvió a asentir y el barón le dio la dirección de una taberna en Covent Garden llamada los «Ángeles del placer» Elliot no era fanático de ese tipo de lugares, solo accedió por la curiosidad que le causaba el asunto. Mientras se despedía del barón, escuchó un ruido tras ellos, y se percataron de que la pequeña de las Louthy, Emerald, estaba ahí. No había que ser un genio para saber que había ido a buscar al barón y tampoco ser muy inteligente para

darse cuenta de que este se empezaba a exasperar con su presencia. Elliot decidió no ponerse a analizar los motivos por los que la muchacha arriesgaba su reputación de esa manera, así que solo le hizo una inclinación de cabeza como despedida y se retiró dejándolo solos. Al fin y al cabo, lo que sucediera con esos dos no era de su incumbencia, él ya tenía demasiados problemas encima, de los cuales, la mitad eran por culpa de aquel problema andante del cual había tenido el mal tino de enamorarse.

Nunca en su vida había llegado a debatirse entre besar a una persona o matarla. Aún le sorprendía que Angeline Allen fuera capaz de provocar en él emociones tan contradictorias. Todavía no podía creer todo lo que le había contado, y de solo recordarlo una furia inconmensurable se había apoderado de él. ¡Había sido víctima de una apuesta! ¡Por el amor de Dios! Eso era un duro golpe a su orgullo del que no creía recuperarse, y aunque ella no lo había hecho con mala intención, pues tenía que admitir que la mujer solo tenía una mala suerte nada envidiable, seguía molestándole todo lo que pasó por la creencia de que ella y el señor Burton tenían una relación.

Pensándolo bien, ese era el único lado bueno del asunto. Ella no estaba enamorada de otro ni mantuvo una relación secreta con nadie. El alivio de esa certeza era indescriptible, pero no por ello hacía menos imperdonable todo ese teatro.

Por otro lado, estaba la supuesta infidelidad de su padre. Ser infiel no era extraño entre la alta sociedad, de hecho, era el pan de cada día y se podía esperar de cualquiera; no obstante, se le hacía difícil creer que alguien que lo educó inculcándole los más fieros principios morales y de lealtad, haya llegado a eso, pues solo significaría que todo lo que alguna vez le enseñó no eran más que mentiras, hipocresía.

Se dijo que debía haber una explicación razonable, y esa noche la

obtendría, ahora solo tenía que buscar las cartas. Después, resolvería el asunto de su futura boda.

No había dicho nada.

El señor Cooper no había comentado nada y eso solo podía significar que el hombre se había creído la historia de su compromiso con Elliot. Si los creía comprometidos, sabría que la satisfacción de verla arruinada no duraría mucho y no valdría la pena. Ahora, quizás, y solo quizás, no tendrían que llegar al extremo de celebrar una boda, bien podían quedarse como estaban y después del momento inicial, el señor Cooper no podría decir nada pues la gente podría tomarlo como un simple desquite...o no. En realidad eso no sucedería, y ella lo sabía. Si había posibilidad de escándalo, la alta sociedad se creía cualquier cosa y más si de ella se trataba. No creía que su reputación sobreviviera a un rumor más. No había otra salida, y aunque admitía que esta no era una que le disgustara en sobre manera, tampoco quería que fuera así, por obligación. Eso distaba mucho del matrimonio que siempre soñó.

Suspirando y murmurando algo de por qué las cosas no podían ser más sencillas, Angeline se acercó a Emerald que parecía regresar del jardín trasero.

—¿Sucede algo? —preguntó al ver su cara melancólica.

.Emerald, siempre ávida de desahogarse, le contó el motivo de su descontento. Al parecer, ella quería ir con su futuro prometido a una taberna en Convent Garden. Emerald le había contado con anterioridad que alguien no tenía en mucho aprecio al barón de Clifton y había intentado en contadas ocasiones mandarlo al otro mundo, por lo que se habían involucrado en una serie de investigaciones que tendría discusión esa noche en el lugar al que no

se le tenía permitido asistir. No es que alguien culpara al barón de Clifton por negarle ir, pues sacando lo inapropiado que era salir sola de noche con un hombre, estaban hablando de Covent Garden, el famoso mercado que de noche era tan peligroso como el East End. En cierto modo, Angeline entendía la impotencia de su amiga. Por ser mujeres eran y serían siempre un blanco fácil; no obstante, ese no debería ser motivo para negarse la diversión de conocer nuevos lugares y tener una aventura.

Sonrió cuando se le ocurrió una idea. Ella no debería hacer eso, pero...

—¿Por qué no vas? —sugirió luego de que Emerald terminó de hablar.

—¿Acaso no me has oído?, sería una locura ir sin compañía, Covent Garden contiene a lo peor de Londres. ¿Imaginas lo que le podría pasar a una joven que va sola?

—Podrías disfrazarte —propuso—. Tu escasa altura ayudará a que te confundan con un jovencito de los muchos que hay en ese lugar, solo debemos rasgar la ropa y ensuciarla un poco para que pases desapercibida. ¡Es una idea excelente!, ¿no crees? —dijo entusiasmada.

Los ojos de Emerald empezaron a brillar de emoción, aunque intentó ocultarla.

—No puedo...

—Sí puedes —instó Angeline—, será interesante. Puedo proporcionarte ropa que dejó Edwin antes de irse a Eton, te quedará perfecta.

Velo de esta forma: conocerás al amigo de tu enamorado, y vivirás una aventura. Iría contigo, pero no quieres arriesgarte a que mi mala suerte haga acto de presencia.

Angeline se iba a ir al infierno por estar tentando a su amiga a una

aventura demasiado peligrosa incluso para el más aventurero. Admitía que una parte suya era la que quería vivir algo que la distrajera de todos los problemas que tenía encima, pero lo que le había dicho a Emerald era verdad, si ella iba, podía sucederles cualquier cosa, y ninguna buena. Así pues, satisfacía su deseo infructuoso mandando a su amiga a la cueva de los lobos. Aunque, si quería aligerar su conciencia, diría que Emerald hubiera cometido una locura de todas formas. No era el tipo de persona que se quedaba tranquila cuando deseaban algo o existía una situación que la inquietara. Solo le estaba proponiendo un plan factible, y salvándola de que su creativa mente ideara opciones más peligrosas; y sí, podía haber algo más peligroso que ir a Convent Garden disfrazada de niño, solo había que dejar pensando a Emerald un tiempo para descubrirlo.

—Supongamos que decido ir —dijo su amiga que sentía como las ganas de hacerlo ya eran demasiado grandes para ignorarlas—, ¿cómo llegaría? Jamás podré tomar un coche de alquiler vestido como un ladronzuelo, y dicho sea de paso, dudo que un carruaje se aventure hasta allá.

—Róbale a lord James un abrigo —Lord James era el hermano del tutor de Emerald—. Lo usas para cubrirte la ropa mientras tomas un carruaje que te lleve hasta Drury Lane, luego... Espera, mejor ve directo a la casa de Lord Clifton y la vigila hasta que él salga. Cuando lo haga, lo sigues, así podrás llegar al lugar sin complicaciones, y en caso de que surja alguna, lo llamas para que te socorra.

—Querrás decir para que me termine de matar —replicó con sarcasmo—. No lo sé, todo esto es muy riesgoso...

Claro que lo sabía, y sí, era una mala amiga por seguir insistiendo en el tema. Debería acallar al diablo que tenía en el hombro y que susurraba tan perversas ideas. Debería.

—Pero una vida sin riesgos es aburrida —concluyó Emerald, y luego sonrió—. Lo haré.

—¡Excelente! —Los ojos de Angeline brillaban de triunfo—. Enviaré más tarde la ropa de Edwin bien oculta. Sapphire me llama —dijo viendo a su cuñada haciendo señas—. Hasta pronto, y mucha suerte.

Solo esperaba que no hubiera problemas.

Solo que los hubo. Bueno, no supo si Emerald los tuvo, pero ella, y la decisión que había tomado rato después en su casa, si desencadenaron consecuencias nada favorables.

Al principio, todo había sido como acordaron, Angeline se encargó de enviar lo necesario a casa de Emerald y supuso que esta había seguido el plan. El problema radicó en que, cuando miraba por la ventana y recapacitaba sobre todo lo sucedido ese día, se le antojó con demasiada fuerza la idea de vivir ella también una aventura. No podía explicarlo, eran unas repentinas ganas de liberar la tensión, de dejar de pensar. Quería preocuparse por otra cosa que no fuera el hecho de que de pronto estaría comprometida con el amor de su vida, que no la amaba a ella y solo se casaba por honor. Pensó que, quizás un paseo por Convent Garden pudiera despejar su mente. O puede que solo consiguiera acabar con su vida, y bueno, al menos así dejaría de pensar...para siempre. Así fue como se le ocurrió la magnífica idea de buscar ropa para ella y alcanzar a Emerald, y así fue también como terminó perdida por Convent Garden y en serios, muy serios problemas.

A pesar de que esa debía ser sin duda la idea más loca que se le pudo haber ocurrido en toda su vida —y había cometido muchas locuras— Angeline no estaba arrepentida, pues la adrenalina del peligro conseguía el objetivo inicial: hacer que su cabeza se preocupara de otras cosas. Puede que su posible muerte en ese barrio de los mil y un callejones no fuera con exactitud

la clase de distracciones que deseaba, aunque prefería no recapacitar mucho el asunto o terminaría reprendiéndose de nuevo, y no era la idea. Estaba perdida en medio de Covent Garden y expuesta a miles de peligros, sí, pero al menos Elliot ya no era el eje central sobre el que giraban sus pensamientos y eso valía cualquier riesgo.

Con esa idea en mente, y en lugar de escuchar la parte sensata de su cerebro que le aconsejaba buscar la forma de regresar a la seguridad de su casa, Angeline siguió buscando el lugar llamado «Ángeles del placer» Entre varias vueltas en las que milagrosamente nadie la asaltó, golpeó, o mató —quizás Dios si la apreciaba un poco—terminó dando con el lugar. Lo vio a unos metros suyos, y sonrió satisfecha. Al parecer el destino se había cansado de torturarla y decidió que le sucediera algo bueno para variar. O eso pensó hasta que, distraída, tropezó con alguien en el camino que la llevaría taberna y su sombrero calló al suelo, dejando desprotegido su rostro y rubio cabello atado en un rodete. Levantó la vista para ver que quién había sido el causante de que su identidad fuera revelada, y se quedó de piedra. En definitiva, aquel que manejara los hilos del destino debía estar en ese momento frotándose las manos y riendo ante su infortunio, pues la persona con la que había tropezado, no era otra que Elliot.

Comprendió entonces que el único motivo por el que había llegado viva ahí era porque su destino era morir a manos del amor de su vida.

¿Podía pasar algo más?

No lo preguntes, Angeline, no lo preguntes

.

Capítulo 21.

Elliot observó el rostro de la persona con la que acababa de tropezar y rogó que su obsesión por Angeline Allen le estuviera causando alucinaciones, pues de no ser así, se quedaba viudo antes del matrimonio. ¿Qué hacía, por todos los santos, esa mujer en Convét Garden arriesgando de esa manera su vida? Al parecer, Emerald Louthy, a quien acababa de ver en «Ángeles del placer», no era la única que había perdido el sentido común. Es más, se atrevía a adivinar quién había sido el autor intelectual de esa alocada idea.

Casi soltó un gruñido de exasperación. Ese día nada estaba saliendo bien para ahora sumarle eso. Recordó con una mueca lo que había pasado.

A la hora acordada, Elliot se había presentado en la taberna, y sin decir palabra, le tiró el fajo de cartas al barón, que tomaba despreocupadamente una copa de licor.

Su expresión decía mucho de lo que sentía al haber comprobado, por medio de unos sirvientes asustados, que su padre no solo mantenía correspondencia con esa mujer, sino que guardaba las cartas en la caja fuerte como si de un tesoro se tratase. Además, había ordenado destruirlas a su muerte para no dejar pruebas de su delito, fuera cuál fuera.

Por la mente de Elliot bulleron muchas ideas durante las horas de espera, pero a pesar de que estaba en todo su derecho de revisarlas primero, decidió entregárselas al barón sin abrir. Algo le decía que era mejor no verlas aún.

—¿Las leíste? —preguntó mientras ojeaba las cartas.

—No —respondió—. Decidí que usted las viera primero. Admito que no estoy ansioso por saber el motivo por el que mi padre mantenía correspondencia continua con una mujer casada. No me gusta la idea que tengo

en mente.

No gustarle era poco, odiaba la idea. Que eso fuera verdad solo significaba que había vivido toda su vida en una burbuja de moralidad que era mentira. Que no existía. Todo lo que siempre le dijeron eran solo palabras sin sentido.

—Aunque no lo crea, no es lo que está pensando —comentó el barón sin apartar la vista de las hojas.

Elliot arqueó una ceja.

—¿No? ¿Hay, entonces, una explicación aceptable para esto?

Lord Clifton asintió, pero no respondió. Empezó a ver las cartas, y después de minutos interminables en los que pasaron distintas expresiones por su rostro, apartó unas cartas y le devolvió las demás.

—Quédate con estas —dijo acabando el líquido de la copa que había dejado a un lado—, encontré lo que buscaba.

Elliot, incapaz de contener la curiosidad por saber qué tenía que ver su padre con una mujer casada, abrió una de las cartas. La primera frase casi hace que se quede con la boca abierta.

Querido hermano

—¿Hermano? ¿Qué diablos...?

No alzó la vista, siguió leyendo buscando una explicación, pero no decía nada más que aclarara la frase inicial. Alzó la cabeza y miró al hombre que tenía en frente buscando una respuesta.

—Es una larga historia —respondió Anthony como si le leyera la mente. Después de pedir a una guapa camarera otra copa, se giró hacia lord Coventry—. Todo comenzó cuando la cuarta condesa de Coventry enviudó, su

padre era muy joven, aunque ya tenía edad suficiente para hacerse cargo del título; así que ella optó por irse a vivir al campo. Contra todo pronóstico, tuvo una aventura con el médico del pueblo, y como era una mujer rondaba los cuarenta, jamás pensó que pudiera quedar embarazada, por desgracia, eso fue lo que pasó. El médico tenía esposa, no había nada que se pudiera hacer para evitar que la joven naciera bastarda y eso es algo que la sociedad no perdona. El escándalo era inminente.

«Dado que los Miller eran una familia de intachable reputación, un escándalo era imperdonable, así que el difunto conde tomó en sus manos el asunto. A los días de nacida, le dio a la niña a una prima lejana para que la cuidara y la hiciera pasar por su hija. La mujer acababa de enviudar y había estado embarazada, pero perdió a la criatura en el parto, por lo que, en su tristeza, aceptó gustosa a la niña, sobre todo porque así se libraría de la compasión de la gente cuando se corriera el rumor. Evangeline, mi madre, creció allí. La mujer era una vizcondesa viuda, tenía contactos, y cuando la joven llegó a la edad casadera, la llevó a Londres para una temporada. Lord Coventry se enteró, y preso del remordimiento, le contó la verdad a su hermana. Él debía tener unos treinta y cinco años entonces, y se acababa de casar. Ambos acordaron guardar el secreto para conservar las apariencias, pero mantuvieron una buena relación. Eso fue lo que me contó el amante con el que mi madre huyó. Me lo encontré en Vauxhall»

Elliot hizo un gran esfuerzo para mantener la boca cerrada. Su cerebro asimiló cada palabra con una lentitud impresionante, solo para asegurarse de que el oído no había procesado mal las oraciones y todo lo que comprendió no era un error. No podía creerlo, regalar a su propia hermana... ¡Su padre regaló a su propia hermana para evitar el escándalo! Y él que creía que no había nada peor que pensar que se consiguiera una amante. Pero eso sobrepasaba todos los límites. ¿Qué clase de ser humano hacía algo semejante? Desprenderse de

su propia sangre para que la sociedad no hablara.

Elliot apuró el contenido de su copa y dejó que el licor le quemara la garganta con la esperanza de que sus pensamientos se aclarasen.

—¿Mi padre regaló a su propia hermana solo para evitar las malditas habladurías? —preguntó casi deseando escuchar una negativa.

—Si lo dice de esa manera —comentó Anthony—, suena muy mal.

—¡Lo es! —exclamó, aún atontado por la noticia—. Se deshizo de su propia sangre. ¡Por evitar el maldito escándalo!

Se puso unas manos en la cabeza como si así pudiera mitigar el dolor que empezaba atenazarlo. No solo había vivido bajo una serie de principios que eran falsos, sino que también rayaban en la hipocresía absoluta. ¿Cómo era capaz el hombre que le dio la vida de pregonar de esa forma el buen comportamiento cuando cargaba semejante peso a sus espaldas? Eso era algo que nunca entraría en su comprensión.

—No debes ser tan duro —dijo el barón, intentando defender al que resultó ser su tío—. Usted más que nadie debe ser consciente de qué hubiera pasado si eso se llegaba a saber.

Elliot se pasó las manos por los cabellos. No respondió. No le estaba prestando atención a nada más que el fraude que había sido su vida.

—Toda este tiempo —expresó—, he estado todo este tiempo intentando alejarme de escándalo, debía mantener limpio el apellido, porque era mi deber, ¿solo para enterarme que en realidad si hubo un escándalo, que nunca se supo, pero escándalo en fin?

—Se le da mucha importancia a las reglas que impone la alta sociedad. Nadie es perfecto, y por más que intenten ocultarlo, todos tenemos algún

secreto del que nos podemos avergonzar. Vivimos en un mundo lleno de gente que critica los fallos ajenos, cuando todos hemos cometido errores. Para ser feliz, debemos aprender a ignorar a todos y no dejar que gobiernen tu vida.

Elliot lo miró, y esbozó una pequeña sonrisa. Era conocido por todos que al barón de Clifton no le importaba la opinión de la gente. Hacía lo que quería y vivir de boca en boca no le suponía ningún problema. Por eso era considerado una paria.

—¿Ha sido feliz haciéndolo? —preguntó, curioso.

—Supongo que sí —respondió, aunque no se veía totalmente convencido—. Vea este asunto desde el lado positivo: su familia en realidad no es intachable, así que usted no tiene la obligación moral de seguir comportándose para mantener las apariencias. El apellido está manchado, aunque nadie lo sepa. Haga lo que desea y a la larga verá que la vida se vuelve más sencilla y feliz.

Elliot consideró el asunto unos minutos, y decidió que lo pensaría mejor luego. Optó desviar el tema.

—¿Qué hay Srta. Louthy, se casará con ella?

El barón se atragantó con la bebida.

—¡No! ¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

Elliot no respondió, era obvio.

—No es lo que parece —se apuró decir—. Sucede que...

Elliot hizo un gesto con la mano, indicándole que no era necesario que le diera explicaciones.

—No importa. Angeline comentó en una ocasión que la señorita Louthy era un poco intensa. Todas los son. Por ello, lo lamento por usted.

—¿Qué quiere decir ?

Elliot sonrió.

—¿Acaso no se ha dado cuenta de cómo lo observa? Medio Londres debe saber que va tras usted.

—Eso es una tontería —espetó Anthony. Elliot notó que estaba en ese estado de terquedad del que él mismo había salido hace poco—. Es una muchacha demasiado bien posicionada, puede aspirar a un partido mejor. ¿Por qué habría de preferirme a mí? Tendría que estar loca.

Bueno, no es que se pudiera decir que Emerald Louthy fuera sensata. Era una Louthy, ninguna lo era. Además, era amiga de Angeline.

—Todos saben que esa familia en particular carece de sentido común.

—Aun así, ella no...—Se detuvo cuando su vista se posó en la entrada del bar.

Elliot siguió su mirada y vio a un muchacho parado en medio del lugar. Tenía el aspecto de carterista, nada que llamara la atención en un sitio como ese. Cuando Anthony soltó, dos minutos después, una maldición en voz alta, se fijó un poco más y la cara se le antojó familiar. Achicó los ojos, pero no descubrió la identidad del aparente carterista hasta que Anthony dijo:

—Tenía razón. Todas las Louthy están locas, y la pequeña se ha llevado la mayor porción. Creo que es mejor que dejemos esto hasta aquí.

Elliot tardó un segundo en comprender. A pesar de todo, el único gesto de sorpresa que demostró fue abrir ligeramente los ojos. Asintió ante lo dicho por Anthony, y se levantó. Cuando pasaba al lado del «muchacho» le lanzó una mirada escéptica y salió murmurando algo sobre insensatez.

Una vez fuera del local, se tomó unos minutos para recordar cual era el

camino de regreso hasta su carruaje. Aún asimilando la presencia de Emerald Louthy en un lugar que era mitad club de juego y mitad prostíbulo, no se percató la delgada figura que también venía algo distraída, hasta que tropezó con ella.

Elliot sacudió la cabeza para alejar los recuerdos, le dirigió una mirada a Angeline dejaba muy claros sus pensamientos, tan claros, que la joven echó a correr en dirección contraria después de que pasó el estado de sorpresa.

Angeline corrió todo lo que su cuerpo y vestuario se lo permitió, como si su vida dependiera de ello, y es que literal, dependía de ello. Dependía de llegar a Drury Lane y tomar un coche de alquiler que la llevara a casa antes de que Elliot la viera bien. Entonces, solo si la suerte se apiadaba de ella y decidía hacerle compañía al día siguiente, se inventaría algo que lo convenciera de que no era ella la persona que él había visto. Esa era la mejor idea que se le había ocurrido mientras él parecía inmerso en sus pensamientos, y en realidad, era la única opción que tenía. Era eso, o quedarse ahí esperando pacientemente su muerte.

Tropezó varias veces, e incluso cayó en un charco que dejó su ropa con un olor desagradable, pero no se detuvo. No tenía mucha idea de por donde iba, ni siquiera si estaba tomando el camino correcto, solo quería llegar viva al día siguiente. Sentía pasos detrás de sí y aceleró el trote. Sí podía, si lo haría y...una mano de hierro sujetó su brazo frustrando todas sus esperanzas. Cerró los y los volvió a abrir para encontrarse con la gélida mirada de Elliot, que parecía debatir en la mejor manera de hacerla desaparecer de ese mundo.

Respiró hondo y lo enfrentó.

—Supongo que esta vez no puedo echarle la culpa al apellido, ¿cierto?

El agarre en su brazo se intensificó y eso le dio la respuesta. Solo agradeció no tener bienes que dejar organizados antes de su muerte. Esa sería una larga noche.

Capítulo 22.

Angeline observó por la ventanilla del carruaje cómo se alejaban de Drury Lane, y consideró seriamente la posibilidad de abrir la puerta y tirarse a la calle. Podía fracturarse un tobillo o romperse algo, pero al menos había altas posibilidades de salir viva, cosa que no podría afirmar cuando terminara su encuentro con Elliot.

Poco después de que la encontrara había aparecido también el barón de Clifton, que incitado por Emerald, fue a comprobar que el conde no iba a decir nada sobre el asunto. Cuando la vio a ella, no mostró ningún signo de sorpresa —al parecer, ya se esperaba cualquier cosa—, y le preguntó a Elliot si la llevaría sana y salva a su casa, este solo respondió que la llevaría a casa. Cabe acotar que, por la forma en que lo dijo, bien podía llevarla a casa con su cuerpo convertido en un cadáver.

Hasta ahora, en los cinco minutos que llevaban viajando, no había dicho palabra, cosa un tanto extra considerando que ella creyó recibir un sermón apenas se encontraran en un lugar seguro; pero no. Él no decía nada ni parecía tener intención de hacerlo, de hecho, Angeline creía que estaba en su propio mundo. Quizás pensaba como esconder su cuerpo para que nadie lo encontrara.

Sabía que lo que iba a hacer a continuación era un suicidio, pero él se veía tan distraído que ella se preocupó.

—Elliot, ¿estás bien?

Él alzó entonces la mirada.

—Perfectamente. ¿Por qué?

Pues...ella seguía viva, eso era un motivo para confirmar que él no

estaba bien.

—Te ves distraído.

Él la miró con frialdad.

—Perdóname si no reacciono acorde a la situación, nunca imaginé encontrar a mi prometida vagando por las calles de Covent Garden vestida de hombre.

Así que todavía estaban prometidos. Para ese punto, creía que se olvidaría de su honor solo por librarse de ella. Miró al piso y se preparó para escuchar lo que venía en tres, dos, uno...

—¿Se puede saber en qué pensaban?! —exclamó con furia renovada—. ¿Tienes acaso la mínima idea de lo que les pudo haber sucedido? ¡Incluso pudieron haber muerto! ¿Acaso no tienen un mínimo de sentido común? No, claro que no, eso estuvo claro siempre —espetó y luego suspiró—. Estás loca y me vas a volver loco a mí también.

—La vida no es divertida sin un poco de locura.

Él la miró con frialdad y ella casi esperó otro reproche. No era el comentario más inteligente que pudo haber dicho cuando el hombre estaba a un paso de prender en fuego todo el carruaje solo con su rabia, pero no lo pudo evitar. Por eso se sorprendió cuando, después de unos segundos, su expresión se suavizó de repente.

—No, supongo que no —dijo.

Angeline abrió la boca con sorpresa.

No dijeron más durante el trayecto y ella prefirió no tentar a su suerte y guardar silencio.

Elliot, por su parte, tenía un bullicio entero de pensamientos en su

mente. Su vida había dado tantas vueltas en un día. Primero, se había comprometido con la mujer menos esperada, después, se enteró que su padre no era quién parecía y que resultó ser primo de la peor paria de la sociedad, y tercero, se encuentra a su prometida vestida de hombre en un barrio de mala muerte. Ese tipo de cosas no le sucedía a alguien normal y él debía haber pasado demasiado tiempo con Angeline para tener semejante suerte, solo que ¿acaso importaba ya? ¿No acababa de descubrir que todo por lo que alguna vez se esforzó no tenía ningún fundamento? ¿No pasó meses negando sus sentimientos para nada? Toda su vida, toda una vida con un buen comportamiento ¿para qué? ¿Para agradar a una sociedad hipócrita?, ¿para mantener limpio el linaje que alguien más ya había ensuciado con el peor de los pecados como es negar a un familiar? Tarde se daba cuenta de que había dejado de vivir simplemente para ser algo que no valía la pena ser. ¿Podría remediarlo aún?

Miró a la mujer que tenía en frente, la que desde hace unos meses no había hecho más que causarle problemas. Hubo un momento en que la vio como un castigo, pero ahora se daba cuenta de que había sido enviada para hacerlo vivir, para hacerlo reaccionar. De alguna manera, experimentar todas esas situaciones que casi rayaban en lo inverosímil había transformado su vida, ella lo había transformado.

Observó su forma de recostarse en la puerta y como los pantalones se ceñían a sus piernas. Se hacía una idea de dónde había sacado el cómico atuendo, y aunque no dejaba de molestarle el hecho de que hubiese puesto su vida en peligro, tenía que admitir que era bastante gracioso verla así. Era un disfraz muy bueno, que podía pasar desapercibido ante la oscuridad de la noche, pero no diría que fuera irreconocibles si se miraban de cerca. De hecho, un solo vistazo a esa melena rubia hubiera bastado para sacar de dudas a cualquiera.

De pronto, le entró el irremediable impulso de tomar uno de esos mechones entre los dedos y sentir su suavidad. Quizás lo hubiera hecho si ella no lo hubiera visto con el ceño fruncido. No sabía que cara tenía, pero sin duda no debía ser la normal.

—¿Estás seguro de que estás bien?

Él estuvo a punto de soltar una carcajada. Nada de lo sucedido ese día podía describirse como algo bueno para decir que estaba bien, no obstante, lo estaba; de hecho, se sentía mejor que bien. Se sentía libre, y eso era una sensación que superaba el significado de bienestar. No había ataduras, nunca las hubo, solo unas imaginarias que ya no existían. La sociedad podía decir lo que quisiera, él se casaría con Angeline Allen aunque su estancia entre los cuerdos tuviera sus días contados por eso.

—Perfectamente.

Ella lo examinó como si no estuviera convencida.

—Elliot, si es por lo del compromiso, no...

—Hablaré mañana con tu hermano —informó sin dejarla terminar—, no creo que se oponga.

¿Julian? Imposible. Angeline juraba que incluso incluiría en la dote una casa en la frontera con Escocia solo para no tenerla de vecina ni verla tanto.

—No, claro que no, pero...

—Entonces no hay inconveniente, ¿o sí? —Arqueó una ceja y tomó una de sus manos entre las suyas—. ¿No te quieres casar, Angeline? Creo que puedo hacerte feliz.

Angeline sintió un nudo en la garganta.

—Oh, Elliot, eso no lo dudo, solo que...—Se calló cuando se dio cuenta de lo que había dicho. Por supuesto, fue demasiado esperar que él lo pasara por alto.

—¿No lo dudas? ¿Qué quieres decir, Angeline?

Angeline miró del techo al carruaje buscando arreglar el error.

—Pues...es decir, yo...—suspiró y se rindió—. Sé que me harías feliz, pero yo no quiero hacerte a ti desgraciado. No quiero una boda por obligación, Elliot, creo que todo aún se puede arreglar.

Angeline hubiera esperado ver una expresión pensativa, o al menos un signo de duda en sus facciones, por lo que no pudo ser mayor su sorpresa cuando él sonrió.

—Tú jamás me harías infeliz —declaró—, me volverás loco, posiblemente sí; pero no me harás infeliz. Nunca.

La vehemencia de sus palabras la dejó tan sorprendida que no pudo reaccionar, solo consiguió quedárselo mirando como tonta por varios minutos.

—Elliot, ¿de verdad estás...?

—Estoy muy bien —respondió él con una pequeña sonrisa.

—Entonces no entiendo —dijo.

Si él no tuviera su mano sujeta, se hubiera cruzado de brazos. No entendía esa actitud. No comprendía a ese Elliot.

—Yo tampoco entendía —admitió—. Tuve que pasar mucho para hacerlo, pero ¿quieres saber que me pasa? —Ella asintió—. Me enamoré —confesó—, me enamoré de ti. No sé cuándo ni cómo, pero sucedió. Cada vez que ponías mi mundo de cabeza, en cada ocasión que estuve a punto de volverme loco por tu culpa, me mostrabas algo que desconocía y te ganabas

sin saberlo, un lugar en mi corazón. Fuiste como ese rayo de luz que da esperanza entre la oscuridad, y que al final se hacía imposible sobrevivir sin él. Te amo, Angeline Allen, así seas problemática, impulsiva, estés loca y carezcas de sentido común, te amo porque no puede ser de otra manera. ¿Tardé mucho en darme cuenta? Sí, tan solo creo que es momento de recuperar el tiempo perdido, así que como no te hice una verdadera propuesta esta mañana, te la hago ahora. ¿Quieres casarte conmigo?

Angeline tuvo que parpadear para espantar las lágrimas de emoción que causó cada palabra. Asimiló cada una como si quisiera saborearlas y asegurarse de que no alucinaba. Cuando estuvo convencida, se lanzó hacia él y se sentó en su regazo para abrazarlo mejor.

—Oh, Elliot, ¡yo también te amo! Desde los catorce, creo, cuando ayudaste a desenredar mi pelo de aquel mismo árbol. Admito que también me lo negué por un tiempo, pero desde hace semanas tengo la certeza y... ¡claro que me quiero casar contigo! ¿Qué sería de mí sin ti? Posiblemente no llegaría viva a los treinta. Eres mi héroe, mi complemento. Estoy segura de que seremos muy, muy felices juntos.

Como toda respuesta, él la besó.

Fue un beso suave y con poca pasión, lleno de ternura, destinado al disfrute más que a excitar, como el sello de las promesas que se acaban de hacer. Sus labios se saludaron como si se conocieran de toda la vida, y disfrutaron del contacto hasta que el cochero se detuvo frente a la casa de Elliot.

—Ven —le dijo y la ayudó a bajar.

Angeline, al ver que él abría la puerta y la arrastraba a dentro, detuvo el avance a medio pasillo.

—Elliot, mi casa es la de al lado. Prometiste llevarme —recordó y él sonrió. ¿Y si todavía quería matarla?

—Lo sé, estarás ahí más tarde, te lo aseguro. Mira tu aspecto. Buscaremos algo de ropa para cambiarte y que te limpies un poco. No creo que convenga que haya manchas de barro por toda tu casa mañana —respondió y siguió llevándola esta vez escaleras arriba.

Angeline se dijo que tenía razón. Además, olía de forma espantosa, y deshacerse de esas prendas al día siguiente le sería bastante complicado. Resultaría más sencillo si Elliot la ayudaba.

Una vez en el cuarto que conocía a la perfección, Elliot encendió la chimenea, la invitó a sentarse y le dijo que regresaría en un momento. No queriendo arruinar nada de esa perfecta estancia, Angeline decidió permanecer de pie y esperar.

Observó con meticulosidad el lugar y se dio cuenta de que la decoración iba bastante con Elliot. Las paredes estaban forradas de damasco gris. Los muebles frente a la chimenea, eran de azul rey, igual que las cortinas de la gran cama de dosel ubicada en el centro de estancia. Sí, todo era demasiado sobrio, serio. Todo era demasiado Elliot.

Pasaron varios minutos hasta que Elliot regresó con una jofaina llena de agua y un trapo limpió. Fue a colocarlo en lo que supuso, era el cuarto de baño, y luego se dirigió a su armario y examinó lo que había dentro.

—Toda mi ropa te va a quedar inmensa —declaró y negó con la cabeza—. No hay manera de que te pongas uno de mis pantalones sin que se te resbale.

—Podría usar solo la camisa —sugirió Angeline observando las prendas pulcramente colgadas—, me debe de llegar como hasta las rodillas.

—¿Te has vuelto loca?! —exclamó con tal vehemencia que ella se sobresaltó—. No pienso dejar que salgas a la calle con las pantorrillas descubiertas.

—Es de noche —argumentó Angeline—, y la casa está al lado. No es como si fuera a caminar una cuadra así.

—De todas formas, no pienso permitirlo —se empeñó, pues solo imaginar que alguien pudiera llegar a verla...

—Puedo ponerme un abrigo encima —sugirió para tranquilizarlo.

Elliot lo consideró, y al final, terminó asintiendo un poco receloso.

—Yo te acompañaré hasta la puerta.

Angeline quiso blanquear los ojos por su extrema sobreprotección, pero supuso que el gesto podía enfadarlo, y ya había arriesgado su vida demasiadas veces esa noche. Ansiosa por quitarse esa ropa sucia de encima, asintió ante su exigencia, tomó una camisa del armario y entró al cuarto de baño.

Colocó la ropa limpia en un perchero a un metro suyo y se empezó a desvestirse. Primero se deshizo de la ya desgastada camisa, luego de los pantalones, y al final se quitó las botas. Cuando estuvo completamente desnuda, apartó las prendas de una patada para limpiarse a comodidad. Remojó la tela limpia en la jofaina y se la pasó por todo su cuerpo, eliminando cualquier rastro de suciedad que pudiera haber quedado. Miró su imagen en el espejo justo en frente de ella y comprobó que en su cabello no hubiera manchas que eliminar. Observó que tenía una mancha en la parte lateral del cuello y volvió a tomar la jofaina para remojar otro poco la tela, pero como no se estaba fijando bien en lo que hacía, esta resbaló de sus manos y terminó cayendo al piso rompiéndose en varios pedazos.

—¿Angeline? — indagó Elliot, pero ella no respondió, demasiado

concentrada en alejarse de los pedazos de vidrio

—Maldita sea —masculló dando pasos hacia atrás, y en uno de esos, resbaló con el agua y perdió el equilibrio. Un grito salió de su boca antes de caer de bruces al piso.

—¡Angeline! —volvió a decir Elliot, segundos después, la puerta se abrió.

Elliot se quedó estático cuando la vio, ahí, sentada en el suelo completamente desnuda, y ella solo pudo ahogar un jadeo por la sorpresa.

—Maldita sea —dijo él sin poder apartar la vista de su esbelta y bien proporcionada figura.

Era tal y como se la había imaginado en sus sueños más perversos y prohibidos. Igual de hermosa. Igual de perfecta. Sintió una punzada de deseo recorrer su cuerpo y centrarse en su entrepierna. Era la tentación en persona. Por varios segundos, Elliot no pudo hacer más que mirarla. Admirar cada curva de su cuerpo, cada porción de piel blanca expuesta solamente para él; deleitarse con la redondez de sus pechos y la cima oscura de sus pezones. Sabía que no era correcto, que debería apartar la vista, pero no podía. ¡Por Dios que no! Hacerlo parecía un sacrificio demasiado grande. Un sacrilegio.

Angeline sabía que debió de haberse cubierto con los brazos, o al menos hacer el intento de no quedar tan expuesta, sin embargo, el calor que la mirada intensa de él le proporcionaba a su cuerpo era demasiado exquisito que su cerebro se negó a renunciar a él. Hizo caso omiso al sentido común, y le sostuvo la mirada, inmersa en un hechizo, envueltos en un mundo paralelo donde no había nada ni nadie más que ellos dos. No había circunstancias, no había tiempo ni espacio, solo dos miradas conectadas.

—A-Angeline —logró decir con esfuerzo.

Ella sacudió la cabeza, y solo en ese momento fue capaz de reaccionar. Aunque fuera un poco tarde, cruzó los brazos alrededor de su pecho y el sonrojo debió haberle cubierto todo el cuerpo. Elliot, también más recuperado, se dio la vuelta para darle oportunidad de adecentarse, pero cuando Angeline intentó pararse, el piso resbaloso, y los músculos, aún contraídos por el dolor de la primera caída, provocaron que terminara nuevamente en el suelo.

Al escuchar otro quejido lastimero, Elliot se giró y sin pensarlo mucho la tomó de la cintura y la alzó. Cuando los pies de ella amenazaron con volver a caer, él pasó un brazo por su espalda y la pegó contra su cuerpo. Los senos de ella presionando su pecho y su vientre casi rozando su entrepierna fue su perdición. En un impulso que no pudo contener, se apoderó de su boca. Al principio con algo de salvajismo, y luego con más suavidad. Disfrutaba de su sabor, de su esencia. La alzó y la sacó del cuarto de baño para apoyarla contra una de las paredes. Se pegó a ella, queriendo sentir por completo ese cuerpo que amenazaba con acabar con su cordura, e introdujo la lengua en su boca deseando explorar a fondo. Sentía como su deseo crecía a momentos, pero ninguna de las normas de lo correcto tuvieron suficiente peso para hacer que su boca se separara, o para evitar que una de sus manos no fuera a parar a uno de sus pechos y lo acariciara con delicadeza.

Angeline gimió contra su boca cuando sintió los dedos de él entretenerse con uno de sus pezones, e instintivamente, su cuerpo se restregó contra el suyo intentando aliviar el calor que amenazaba con quemarla en viva. Jamás en su vida había sentido algo similar y no sabía a que se debía, pero era muy agradable, demasiado para dejarlo. Cuando la boca de él por fin se separó, ella emitió un gemido de protesta, a pesar de que sus pulmones necesitaban con urgencia aire.

—Angeline...—murmuró él contra su boca con voz ronca. Su respiración estaba también muy agitada, y hacía serios esfuerzos por no perder el control—. Esto no está bien —dijo, pero parecía querer convencerse más a él, que a ella.

La mano en su pecho había dejado de emitir las placenteras caricias y ella se sintió frustrada. La necesidad de pronto pareció crecer más, y sin darle tiempo a poner en orden sus pensamientos, rodeó el cuello con sus brazos y lo volvió a besar.

Elliot lo intentó, de verdad intentó separarse y poner fin a aquello que era incorrecto mientras no los uniera el lazo del matrimonio. Juraba que lo intentó, pero no pudo. Tenía a una mujer desnuda pegada a su cuerpo, besándolo con avidez. ¡Por el amor a Cristo!, ¡no era un monje! Si por algún motivo se apartaba, se tendría ganado el cielo.

—Angeline —susurró en el pequeño intervalo en que sus labios se separaron de su boca, para empezar a esparcir besos por el cuello femenino —, esto no es correcto, lo sabes ¿verdad?

Ella echó la cabeza hacia atrás para ofrecerse mejor, y pequeños gemidos salían de su boca cada vez que esos labios hacían contacto con su piel.

—Estoy segura de que no he hecho nada más correcto en mi vida.

—Nos podemos meter en problemas —advirtió mientras bajaba las manos de los pechos a la cintura, y de la cintura a las caderas, que atrajo hacia él para que rozaran su miembro erecto. Eso pudo haberla asustado, pero solo consiguió que el calor se incrementara y que creciera la necesidad. Incluso se frotó contra él, ansiosa por una liberación desconocida.

—¿Te-te importa? —preguntó con esfuerzo.

Él detuvo un segundo todo lo que estaba haciendo. Solo un segundo que fue lo que necesitó para decidir su respuesta.

—No. En este preciso momento, no.

La levantó en vilo y la llevó hasta la cama, en donde la depositó con suavidad. Posteriormente, se dispuso a quitarse sus propias prendas antes de reunirse con ella.

Ella observó con curiosidad como se iba despojando del abrigo, luego del chAlexandero. Se desató el lazo para por fin sacarse la camisa. Su piel blanca, tersa, con brillos dorados provocados por las luces de la chimenea, la incitó a tocarlo. Tenía un torso delgado pero firme. Sus hombros eran anchos, y sus brazos bien formados. Él no le despegó la vista en ningún momento, y Angeline se ruborizó por hacer tan descarado escrutinio. Lo peor era que se sentía muy rara, expectante. Tenía una punzada de molestia entre los mulos, que la instaba a frotarlos para intentar aliviarla.

Él se deshizo de sus zapatos. Angeline sintió un temblor de anticipación cuando lo vio desatar los botones de su pantalón. Sin embargo, él pareció cambiar de parecer a último momento, y no se los quitó de inmediato, sino que se acostó a su lado. Pasó el dedo índice por la mejilla de la joven, en un contacto destinado más a tranquilizar que a otra cosa. No obstante, su sola cercanía hacía que el cuerpo de ella emitiera un calor muy delicioso. Quería estar más cerca, aún más.

—Elliot...—musitó con una voz tan ronca, que no reconoció como suya.

Como si supiera lo que deseaba, él le rodeó la cintura y la pegó contra su cuerpo. Inició suaves caricias desde su espalda hasta el inicio de sus nalgas y de regreso. Angeline cada vez se sentía más febril. Anhelaba algo que no

sabía cómo pedir.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó por última vez. Sus labios ubicaron un punto sensible entre el cuello y la garganta, y la respuesta fue un largo gemido.

—Sí —respondió con un hilo de voz—. Así me aseguraré de que no te arrepientas.

Él soltó un sonido parecido a una carcajada, y giró con ella hasta quedar encima de su cuerpo. Una pierna le separaba ligeramente los muslos. Su mano inició un descenso hasta su pecho izquierdo, lo acarició, lo apretó con suavidad, y jugó sin llegar a tocar el duro pezón. Angeline quiso gritar de frustración. Él sabía donde ella anhelaba la caricia, pero no la complacía. Hizo lo mismo con el otro pecho, provocándola hasta un punto casi insoportable. Estaba a punto de gritar cuando su boca descendió y se apoderó del necesitado capullo. Mientras, su mano se encargaba de calmar el otro.

Gimió muy alto, y pasó una mano por sus cabellos para que mantuviera su boca ahí. Sus muslos se frotaron de forma instintiva contra la rodilla que estaba entre ellos. Él liberó un pezón y se dedicó al otro. Jugó de la misma manera, chupó y lamió el delicado capullo hasta que la tuvo pidiendo piedad. Se separó y sopló la cima mojada. Por irónico que sonase, ese aire frío solo consiguió calentarla más.

Él se levantó un poco para observarla. Su intensa mirada estaba llena de ternura y deseo contenido. Bajó las manos hasta su cintura, trazó círculos con los dedos en su abdomen, y siguió explorando más abajo. Ella se tensó cuando una de sus manos invadió esa parte de su cuerpo que más ansiaba liberación. Supuso que debería decir algo, pero no se atrevió. Un instinto primitivo se negaba a detenerlo a pesar de la vergüenza.

—Tranquila —susurró él contra su oído. Su lengua acarició el lóbulo de la oreja. El cuerpo de ella se arqueó—. Es lo que necesitas, relájate.

Luego de sus palabras, la mano invasora encontró su objetivo. Atravesó la capa de bello rubio y encontró los pliegues húmedos de necesidad. Al igual que hizo con sus pechos, pasó sus dedos por toda la feminidad, obviando con deliberación el punto que más gritaba caricias.

¿Sería esa una forma de vengarse por tantos problemas que le causó? Oh, era muy injusto. Ella no lo había torturado de esa manera.

Cuando al fin se dignó a tocarla donde ella necesitaba, Angeline soltó un grito de satisfacción. Las caricias incrementaron el calor, su pelvis se movió contra su mano. Su cuerpo pareció acumular una presión que a cada caricia amenazaba con explotar, hasta que al fin lo logró. La liberación sacudió su cuerpo dejándola saciada, exhausta. Sintió vagamente como él le daba un beso en su mejilla, y bajaba por su cuello. Se percató también de un dedo invasor en su interior. No era incómodo, de hecho, se sintió bien hasta que él intentó introducir un segundo dedo, ahí fue cuando su cuerpo empezó a oponer resistencia.

Angeline no sabía mucho del acto, aunque tenía suficientes miembros masculinos en su familia para al menos tener un conocimiento general de qué se trataba. También acababa de entender porque se mantenía en la ignorancia a tantas jóvenes. Era tan fácil pecar y pagar luego las consecuencias.

Elliot logró introducir el segundo dedo y los movió con gentileza. Había cierta incomodidad, pero pasados los segundos, esta fue remitiendo y una sensación de sentirse llena suplantó su lugar. Su cuerpo, hace unos instantes absolutamente saciado, comenzó de nuevo a responder a esos dedos que se movían en su interior, mientras la otra mano se posaba en su pecho casi con devoción.

—Te haré daño —advirtió él casi con pensar, antes de esparcir una serie de cortos besos desde su mejilla hasta su mandíbula.

Angeline solo asintió, haciéndole saber que ya lo sabía. Tenía los ojos cerrados, y soltó un quejido cuando sus manos la abandonaron poco completo. Abrió los ojos y se percató de que se estaba quitando los pantalones. Ruborizada pero incapaz de apartar la mirada, observó el miembro erecto, grande grueso, y comprendió con un estremecimiento de temor que sí le haría daño. Aun así, no sintió ganas de huir o de posponer todo, al contrario, una necesidad primaria, curiosa, quiso tocar esa parte tan peculiar del cuerpo masculino y acariciarla. ¿Sería que podía?

Elliot se subió en la cama, y se arrodilló entre sus piernas. Ella no pudo evitar el impulso y extendió su mano. Cuando rodeó con cuidado el miembro entre sus dedos, se deleitó con su dureza y suavidad. ¿Cómo podía haber algo tan paradójico? Empezó un movimiento ascendente y descendente, ansiosa de explorarlo.

Un sonido extraño salió de la boca de él, y por un momento, ella temió haber hecho algo mal. Avergonzada, alzó la vista, y efectivamente, su rostro reflejaba agonía.

—¿Hice algo mal? —preguntó temerosa.

Él negó con la cabeza, tenía la respiración acelerada.

—No, no, por Dios que no —musitó antes de abrirle los muslos y situarse entre ellos.

El roce del miembro masculino con la delicada zona femenina provocó una nueva ansiedad. Ese lugar sensible parecía reclamarlo, y él no tardó en complacerle.

El dolor fue fuerte. Sintió que algo se partía dentro de ella y la carne

se resistía a la invasión. Él avanzó con lentitud, deteniéndose cada tanto para que ella se acostumbrara a la sensación. Logró hundirse todo lo que pudo, y acarició con ternura el ceño contraído por el dolor.

—Lo siento —murmuró sobre su boca.

Con paciencia, la besó y tocó esos lugares sensibles, para hacer que se relajara. Cuando ella pareció tranquilizarse un poco, comenzó a moverse con lentas embestidas. La carne de ella se estiraba para recibirla, y pronto el dolor intenso se convirtió solo en una persistente molestia que no podía opacar las sensaciones subsiguientes.

Por primera vez, Angeline se dijo que una aventura no había terminado en problemas.

Capítulo 23.

Un cosquilleo en su brazo hizo que Angeline despertara. Con pereza, abrió los ojos y se encontró con una profunda mirada negra que la observaban con ternura.

—Buenos días —saludó él con una sonrisa. Ella se estiró y se apretó contra su cuerpo, como si quisiera comprobar que era real y todo no había sido un sueño.

—Buenos días —respondió. De repente, pareció consciente de qué significaba esa frase—. ¿Qué hora es?

Elliot apartó una de las cortinas de la cama y miró el reloj que estaba encima de la chimenea. Las llamas habían sido avivadas recientemente, así que la habitación estaba bien iluminada

—Las cuatro. Todavía es demasiado temprano para que alguien te eche en falta.

Ella se relajó y volvió a ponerse cómoda. Con su dedo índice, empezó a delinear los pómulos de él.

—Aún no lo puedo creer. De hecho, todavía dudo de que seas Elliot, el perfecto e incorruptible Elliot. ¿Puedo saber a que se debe un cambio tan brusco de personalidad?

Él rio y se colocó de espaldas con las manos en la cabeza. Ella se acomodó en su hombro.

—Es una larga historia.

Entonces, él procedió a contarle los celos causados por el señor Burton y el reciente descubrimiento de que su familia no era tan perfecta como creyó en un principio.

—No puedo creer que tu padre haya sido capaz de regalar a su propia hermana— murmuró Angeline analizando la historia.

—Ni yo.

—Y ella, ¿crees que viva?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Clifton la está buscando, pero hasta ahora no ha dado con nada. Le ofreceré mi ayuda, sería interesante conocer a mi tía. ¿No te parece irónico que al final haya resultado ser primo de la peor paria londinense?

Angeline asintió.

—La vida suele tener un sentido del humor bastante agrio —concordó ella.

Él tomó uno de los mechones rubios entre sus dedos y jugó con él un rato.

—Te amo —le dijo y le dio un beso en la sien—. No puedo creer que haya tardado tanto en darme cuenta.

—Oh, mi querido Elliot, como diría Emerald, no tienen la culpa de ser lentos de entendimiento.

Elliot frunció el ceño, sin embargo, luego decidió que no valía la pena discutir el asunto. Sonrió y la besó.

Rato más tarde, Angeline descubrió que hubiese podido ganarse con facilidad la vida adivinando el futuro, pues su querido hermano no solo se mostró encantado ante la boda, sino sugirió que se mudaran sin ningún pudor en sus palabras.

—No creo que sea bueno vivir tan cerca de la familia política —

comentó Julian haciendo caso omiso de la mirada amenazante de su hermana —. Entiendo que la propiedad ligada al título no se pueda vender, pero ¿tienen que pasar ahí el invierno? No podrían...

Si no supiera que estaba bromeando —o eso esperaba— ella lo hubiese golpeado.

—Bien —dijo al final—, mis más sinceras felicitaciones.

Al menos, pensó Angeline, se abstuvo de darle las condolencias a Elliot, y es que en la cara se le veían las ganas de lanzar esa pulla, pero Sapphire, que algún momento debería tener el título de Santa, entró en ese instante y se lo impidió con solo una mirada de advertencia. Así que se conformó con decir:

—Al menos eso me hace tener esperanza con Clarice.

Clarice Allen, que resultó estar escondida detrás de uno de los sillones, salió de su escondite, dejó el libro Reivindicación de los derechos de una mujer a un lado y miró a su hermano.

—Ya que Angeline se va a casar con el vecino, significa que si me puedo casar con un inglés. ¿Traerán a Edwin para la boda? ¡No lo pueden excluir de la boda! ¡A ninguno de los dos!

Los presentes se miraron con miedo y después de un suspiro de resignación, se pusieron a pensar en la mejor forma de que los mellizos asistieran sin que todo terminara en caos.

Una vez Elliot y Angeline salieron del despacho, Sapphire miró a su esposo, pensativa.

—Nunca me lo hubiera esperado.

El conde de Granard sonrió.

—Yo sí. Aunque prefiero no averiguar que instó a Coventry a decidirse por el matrimonio. Creí que preferiría la muerte a una boda escandalosa con Angeline. Yo lo hubiera preferido, en realidad.

Ese comentario le ganó una mirada reprobatoria de su esposa.

—Si les interesa la información —añadió Clarice recordándoles su presencia—, los vi entrar por la puerta de servicio como a eso de las cinco. Ella llevaba un abrigo de hombre.

Sapphire se ruborizó, y Julian solo se mostró sorprendido.

—¿Por qué nos cuentas esto? —indagó—. ¿No te quisieron pagar por tu silencio?

Clarice se encogió de hombros aparentando indiferencia, pero su ceño se frunció.

—No —respondió—. Estaba tan embobada, que ignoró mis amenazas.

Julian rió, a pesar de que debió haberla reprendido.

—¿Debería preguntar qué hacías despierta tan temprano?

Clarice sonrió.

—No lo creo.

—Necesitamos una boda rápida.

—No cuentes con que Rowena acepte eso —advirtió Sapphire.

Tal y como se acordó, darían la noticia en la velada de esa noche, mientras, almorzarían con los Richmore.

Los días antes de la boda fueron los más largos de su vida. ¡Dos

meses! Tuvieron que esperar dos meses antes de casarse, tanto ella como Emerald —que al fin había conseguido su objetivo— para no darle un disgusto a la duquesa de Richmore que, a pesar del sorpresivo estado de embarazo que descubrieron el mismo día del almuerzo, no desistió en preparar dos de las mejores bodas de la temporada. Que importaba que el médico haya mandado un reposo excesivo por la edad avanzada de la duquesa, si a ella le hacía feliz organizar bodas, nadie se lo negaría, pues el disgusto de no hacerlo podría ser peor que la falta de descanso.

Por fin, después de esos interminables días, Angeline encontró diciendo el *sí* frente al altar y bailando la primera pieza con su ahora esposo.

Nada pudo haber sido más perfecto. Hubo un pequeño inconveniente con los mellizos, lady Milford, y una espada de esgrima, pero nada que arruinara el agradable ambiente de la boda, la boda de sus sueños. En realidad, debía agradecerle eso a la duquesa. Hacía verdadera magia cuando de celebraciones se traba, y hasta el mínimo detalle fue planificado.

—Creo, señor Burton, que al final le debo más de un favor —le dijo Angeline cuando tuvo la oportunidad de bailar con el hombre.

—Se lo dije, pero no se preocupe, puede que nunca se lo llegue a cobrar. Me voy de viaje el sábado.

—¿Ah, sí? ¿A dónde?, si se puede saber.

Él se encogió de hombros.

—Visitaré un poco de todos lados. Conoceré nuevos lugares, exploraré tierras salvajes, algo que satisfaga mi necesidad de aventura y peligro. Quién sabe y en unos años regrese casado con una española, o una americana, quizás un francesa o escocesa.

—¿En tan poca estima tiene a las inglesas que ni siquiera las toma en

consideración?

—Creo que son demasiado frías para mis gustos. Hay excepciones por supuesto —se apresuró a añadir—, pero el destino decidirá. Tal vez nunca me case y el título pase a otras manos.

Angeline rió.

—Encontraré a la mujer deseada, estoy segura.

—Esperemos.

La pieza terminó y el señor Burton la llevó a donde se encontraba Elliot, que los miraba con el ceño fruncido.

—Hasta luego, Coventry, y felicidades —expresó el futuro vizconde con una sonrisa y se retiró.

Elliot gruñó y Angeline lo reprendió por ser tan grosero.

—Mis más sinceras felicitaciones —dijo una voz femenina a sus espaldas—. Deseo que sean muy felices.

Ambos se giraron para encontrarse con la dulce sonrisa de lady Georgiana que parecía haberse acercado con cierto recelo, sobre todo cuando vio a Angeline. Los Londonderry habían sido invitados, por supuesto, aunque jamás creyeron que aceptarían la invitación. Serían demasiadas las murmuraciones al respecto. No obstante, lady Georgiana había aceptado la invitación, pero solo en nombre de ella y de su hermano mayor, el futuro conde.

—Mis padres se disculpan por no haber podido asistir —explicó ella por educación, aunque se abstuvo de decir que le mandaban felicitaciones. No era tan hipócrita.

—No se preocupe —respondió Elliot cortés—, y gracias. Espero que

disfrute de la velada.

—Mucho. Gracias —murmuró algo incómoda. Farfulló una despedida y se retiró.

—Espero que encuentre a alguien que la haga feliz —comentó Angeline viendo a la joven alejarse—, es una buena persona.

Elliot asintió y continuaron disfrutando de la velada.

Mas tarde, después de haber disfrutado de una maravillosa noche de bodas, Angeline estaba recostada sobre él acariciando su pecho con el dedo índice.

—Ya que acabo de cambiar el apellido, ¿crees que se acaben los problemas? —preguntó con una sonrisa.

—Si Dios tiene un poco de piedad por mí...

Ella rió.

—Creí que no eras hombre de mucha fe.

—Hay casos en que es mejor serlo.

—Vamos, Elliot. Admítelo, te gustaban nuestros problemas.

Él blanqueó los ojos.

—Estuviste a punto de mandarme al manicomio.

—Una vida sin locura no es vida —declaró y lo abrazó.

—Una vida sin ti no sería vida —corrigió él y le dio un corto beso en la boca—. Te amo, mi problema andante, y creo que es bien aceptada la locura mientras sea a tu lado.

—Yo también te amo —respondió ella y se impulsó para besarlo,

sellando así un futuro perfecto, pero sobre todo, libre de problemas, o al menos eso esperaban.

Epílogo.

—Elliot, tenemos un problema —informó Angeline entrando al despacho de marido y sentándose directamente en su regazo.

Elliot escudriñó su cara para determinar la magnitud del lío, pero la expresión de Angeline en vez de angustiada, era más bien nerviosa, incluso algo ansiosa. No había matado a alguien por accidente, eso seguro, así que supuso que todo lo demás tendría solución.

—¿No se acaban cambiando el apellido? —inquirió y arqueó una ceja.

—Bueno sí, y creo que fue así pero...no es un problema, solo en cierta parte. Verás, creo que estoy embarazada.

Angeline disfrutó ver como la cara de su esposo mostraba una inigualable sorpresa, para que después sus ojos se llenaran de infinita ternura y una sonrisa de total alegría iluminara su rostro.

—¿Cómo va a ser eso un problema? ¡Es una noticia maravillosa!

—¡Claro que sí! Solo que, llevamos una semana de casados, Elliot. Hay muchas posibilidades de que para la sociedad, el bebé nazca de siete meses.

A Elliot se le borró la sonrisa de la cara a medida que la comprensión iluminaba su rostro.

—Supongo que por eso no se deben romper las reglas. Lo tengo merecido por aprovecharme de ti antes de la boda.

—Tonterías —replicó ella—, es culpa del apellido que todavía llevaba en ese momento.

Él no pudo evitar reír.

—Creo que deberíamos irnos una temporada al campo. Así nadie sabrá con exactitud la fecha de nacimiento del niño.

—Vámonos a la propiedad que Julian no regaló cerca de Escocia — sugirió—. Será perfecta. Sin embargo, que nazca ante no es mi mayor preocupación.

—¿No? ¿Cuál es, entonces?

—¿Qué tal si saca mi mala suerte?, o peor, ¿qué sucederá si son mellizos o gemelos? Dios. ¿Sabías que mi familia tiene tendencia a embarazos múltiples?

Elliot rio.

—No creo que la mala suerte sea hereditaria, querida. Sobre si son mellizos, podremos lidiar con ello. Sea lo que sea, no creo que resulten mayor problema que su madre.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Yo ya dejé de ser un problema —afirmó ofendida, pero una sonrisa se le escapó—. En dado caso, soy un problema que adoras. —Sonrió con suficiencia.

—Cierto, querida, cierto —admitió—. Eres un maravilloso problema.

Nota de autora.

Primero que nada, me gustaría darles mis agradecimientos.

Muchas gracias a todos aquellos que leyeron el libro. Espero sinceramente que les haya gustado, y que hayan pasado un buen rato, pues esa era mi intención.

Gracias a mi familia, por apoyarme con la publicación.

Gracias a mis amigas, que me apoyaron con todas las dudas y otros aspectos.

Quiero comentarles que los personajes aquí mencionados, Julian y Sapphire, Emerald y Anthony, y las primas de Sapphire: Ruby y Topacio, tienen sus propias historias, pertenecientes a la serie *joyas de la nobleza* y pueden encontrarlas también en Amazon con los siguientes títulos:

Una noche con Ruby

Los secretos de Topacio.

Un hombre para Sapphire.

La conquista de Emerald.

El amante de Jade.